



LA
CANCIÓN
DEL CAUTIVO

MIGUEL ALE

LA CANCIÓN DEL CAUTIVO

La Memoria Es Lo Que Prueba La Existencia Del Tiempo

Miguel Ale

*Cuando odiamos a alguien,
no estamos más que odiando
algo que está dentro de nosotros.*

HERMANN HESSE

Índice

INTRODUCCIÓN

I

“¡Mirad, mirad qué hermosa la cascada!”

II

“Yo sé que él escucha; él está en esta canción”

III

“Te vi ayer. ¿Vos hacías de Cristo? ¡Qué maravilla!”

IV

“¿Así que Damián no tiene sangre?”

V

“¿Te gustaría trabajar con nosotros?”

VI

“¡No te puedo creer! ¡Con lo hermoso que sos!”

VII

“Muchos perros abandonados, contemporáneos a Damián, habían solucionado sus problemas de inmediato.”

VIII

“O'er the glad waters of the dark blue sea”

IX

“¿No era que mi madre ya no era cautiva?”

X

“Quedate tranquilo, nunca voy a decirle a nadie que te vi”

XI

“Personalmente creo que la justicia debe llegar por otro lado.”

XII

“¡Otros para engordar caranchos!”

XII (Bis)

“Si yo aprendí a sonreír, voy a lograr que él también lo haga”

XIV

“¿Ves esa casa pintada de rosado, con altillo?”

XV

“¿Ustedes se acuerdan de la madre de Damián?”

XVI

“Este muchacho no se salva del paredón así sea hijo de Mitre”

INTRODUCCIÓN

En el verano de 1985, después de sucederme una serie de hechos triviales, se fue incubando en mi memoria una idea, que muchos años después permitió que elaborara esta historia.

Aconteció que una tarde, mientras jugábamos al fútbol entre chicos del barrio, ocupando la calle, tras el despeje violento de un gordo que jugaba en la defensa, la pelota, después de hacer una arqueada comba, fue a caer dentro de la propiedad de un vecino misterioso, conceptuado como hermético y antisociable, del que la mayoría desconocía su nombre y apodaban “El brasilero”, sin ñ, como hablamos nosotros, los de esa zona.

Como yo ignoraba que este tipo, como norma, no devolvía nunca los balones que caían dentro de los límites de su propiedad, fui con inocencia y desprejuicio y llamé, golpeando las manos; ¡vamos!, aplaudiendo, como se acostumbraba a hacer donde no había timbre ni puerta en concreto.

La abertura estaba resguardada por un armazón rectangular de gruesas rejas, sujeto a un marco por tres enormes bisagras que permitían el vaivén. Del otro lado, un pasador que tenía una manija con ranura y se deslizaba por un andarivel, se introducía en un tubo de hierro incrustado en el muro. Una pestaña de hierro con un agujero se colaba por la ranura y, el gancho de un candado amarillento aseguraba un acceso infranqueable. Ver esto, hizo que recordara las películas que mostraban las celdas de delincuentes peligrosos.

Desde un costado, el tipo apareció. Sin preguntarme qué quería y sin alzar la voz, pero con tono firme, ordenó que me fuera. Con el reclamo ahogado, opté por retirarme. Mis compañeros de juego, ciegos de indignación, decidieron atacar la amurallada residencia. Para ello, cada uno se armó con la mayor cantidad que pudo de naranjas amargas, arrancadas de las varias plantas diseminadas en algunas cuadras.

Yo me opuse con firmeza a que llevaran a cabo semejante acción, no entendí bien porqué, ya que era amigo de prenderme en acciones vandálicas. Pero la furia se había generalizado y nadie atendió mis palabras persuasivas. Entonces, en un inesperado acto de arrojo, dispuesto a evitar complicaciones

mayores, me puse contra la puerta de rejas con los brazos abiertos, onda crucificado, a salvaguardar el único resquicio del alto muro por donde podrían ingresar los eventuales proyectiles.

Ingenuamente creí que con este proceder haría desistir a mis exaltados compañeros, de su plan justiciero. Craso error. Lejos de eso, nunca supe si mi actitud no le agregó al operativo un tinte adicional de diversión. Me empezaron a llover naranjazos por todo el cuerpo. La andanada siguió hasta que una fruta impactó en mi nariz, provocando una espontánea hemorragia. Puede que a causa de esto, mis ocasionales agresores huyeran. Entonces yo, con lentitud, con la secuela de dolores por el sorpresivo castigo, emprendí el regreso a mi casa.

Caminé unos pocos metros y como para completar esa particular tarde atípica, vi pasar sobre mi cabeza a la pelota que, al tocar el suelo, quedó picando frente a mí. Después de recogerla y por reflejo, volví la mirada hacia la puerta de rejas. Bajo el marco, estaba un hombre alto y delgado, de ojos color ceniza, haciendo señas para que me acercara.

Caminé hacia él y con gestos y un par de palabras, me instó a pasar para que me lavara la cara en una canilla de bronce, rematando el final de un caño erguido. Supuse que serviría para riego, por estar situada en la punta de un cantero que encerraba una variedad de plantas florecidas, que antecedían a una espaciosa huerta.

Mientras me secaba con cuidado, tratando de no romper los coágulos que dentro de las fosas contenían el derrame, oí que alabó mi arrojo. Esto me hizo pensar que había estado viendo lo sucedido, pero ¿desde dónde? Pareció adivinarme el pensamiento cuando señaló una pequeña ventana en el altillo de la casa, situada a unos quince metros de la puerta del muro perimetral.

Hablaba un castellano poco claro, con marcado acento foráneo. Su actitud afable y modesta hizo que me animara a preguntarle de dónde era. “De Brasil” respondió. Con la ingenuidad de mis pocos años, pregunté si hablaba portugués. Pero hoy, con la luz que me provee la temporal retrospección, puedo afirmar que este hombre tomó mi interrogante como una muestra de precoz inteligencia, porque empezó a explicarme algunas variantes verbales brasileñas en relación a la lengua de origen. Principalmente destacó las incorporaciones de vocablos provenientes de los idiomas nativos precolombinos del estado de Pará y del sur, el influyente tupí guaraní.

También dijo hablar inglés y un aceptable francés. Asombrado por

estas confidencias, manifesté que tenía un libro de poesías en inglés. Que sentía una mayúscula curiosidad por saber el significado de esos versos y que mis limitados conocimientos escolares no daban ni para tener una idea aproximada. También dije que, de seguir con vida, yo sería la vergüenza de mi bisabuelo escocés.

De vez en cuando, recitaba esos poemas en la soledad de mi cuarto y en voz baja, para evitar que en mi familia me tomaran por loco. Pronunciaba las palabras como intuía que serían y esa fonética me sonaba maravillosa.

Me despedí de “El brasilero” agradeciéndole el auxilio prestado, y él hizo un gesto con la mano como conminándome a que le restara importancia a un poco de agua y una caja de pañuelos de papel. Finalmente, me dijo que al día siguiente o cuando lo deseara, trajera el libro en cuestión, que me ayudaría a comprenderlo.

Y así lo hice. Fue visible la emoción cuando lo tuvo entre las manos. Era una antiquísima edición de *El Corsario*, de Lord Byron. Cuando se recompuso, me contó que había sido el libro predilecto de su abuelo argentino, nacido en esta zona de las pampas bonaerenses. Había escapado a Brasil en 1870 para evitar ser fusilado. Falleció en un arrabal de Porto Alegre en 1929, tres días antes de su cumpleaños. Había sobrepasado los ochenta, pero la cifra exacta no la podía precisar.

Interesado en su confidencia, me atreví a preguntarle qué lo había impulsado a venir a fijar residencia en este pueblo. Pero no quiso, o pudo, responder con claridad. Adujo que quizá toda persona, en alguna etapa de su vida, tiende a volver a sus raíces como si pretendiera reconciliarse con un pasado que, aunque no sea el propio, le llega transmitido por la sangre. Y lo asume.

Tiempo después, cuando no solo me había traducido todo el libro, sino que gracias a la práctica de conversar yo había aprendido inglés, tanto, o quizá más que con las clases del colegio, decidió contarme en detalle la historia de su abuelo.

El brasilero murió por los primeros años de la década del noventa. Para esa época, hacía ya muchos años que yo me había ido de mi pueblo. Definitivamente.

“¡Mirad, mirad qué hermosa la cascada!”

Inglés. Aunque parezca raro, Rosendo Zamorano, el comisario general de La Cascada, hombre de habla, cultura y hábitos gauchescos, estaba leyendo un libro de poesías en inglés, cuyo autor se llamaba Lord Byron. Resulta que su madre, de apellido Galway, nacida en algún lugar de Gran Bretaña del que decía no recordar, aunque nadie se lo creyera demasiado, le había enseñado desde niño su idioma natal y por lo visto, también el amor por la literatura.

—Se llama *El Corsario*. El nombre verdadero del autor es George Gordon Byron, dato este que muy pocos conocen.

El comisario dijo esto tratando de satisfacer la curiosidad del sargento primero Insaurralde; aun sabiendo que ni por casualidad capitalizaría alguno de estos datos.

Corría el año 1867 y ya llevaba casi tres años de duración la guerra contra el Paraguay. Argentina se había aliado con el flamante Estado oriental del Uruguay y el Imperio de Brasil, su otrora enemigo, gobernado por quien fuera el emperador niño, Pedro II.

El pueblo La Cascada estaba ubicado en el noroeste de la provincia de Buenos Aires. Geográficamente y por aproximación, el enclave se alzaba a distancias equidistantes desde un vértice imaginario, entre los pueblos de Salto, Rojas y Pergamino.

Estudios posteriores sostienen que no es probable que esta localidad estuviera en el centro de este triángulo isósceles geodésico, por el detalle de estar cercana a un río, actualmente inexistente. Están quienes sostienen que puede haberse convertido en un cauce seco; o su caudal desviado hacia el río Salto; o que ni siquiera hubo río y todo eso eran pequeñas lagunas, menudos esteros y charcas agrandadas en las épocas de lluvias torrenciales. Lo cierto es que muchos conjeturan, pero nadie prueba nada.

El lugar mantenía una creciente prosperidad gracias a una gran oleada inmigratoria, principalmente europea, venida apenas declarada la independencia. Latinos, germánicos, eslavos y algunos pocos de Oriente Medio, habían sentado las bases. Y en ese momento, otros nuevos aprovechaban las novísimas aperturas a foráneos, propiciadas después de la caída, a mediados del siglo, del gobernador Juan Manuel de Rosas; tirano

hostil hacia todo extranjero.

El centro urbano se expandía con la llegada de nuevas familias que construían sus viviendas, atraídas por el trabajo que generaban los campos que lo circundaban. Suelos privilegiados en fertilidad, tanto para la ganadería como para la siembra de cereales.

Iniciada la guerra, que con el tiempo pasaría a llamarse de la Triple Alianza, las tropas argentinas necesitaban acrecentar sus efectivos. Desde un cuartel, sito en las adyacencias del puerto de la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, a la vera del río Paraná, partieron pelotones de reclutamiento hacia todos los pueblos zonales. Y entre ellos, también a La Cascada, donde abundaban jóvenes y adultos robustos y saludables, según datos censales. Apuntaron cerca de cincuenta, con anuencia o sin ella, con consentimiento o sin venia. Descartando a algunos por diversas razones, finalmente fueron treinta y siete los reclutas que partieron hacia los frentes de combate

—La integridad de la patria está en peligro. El enemigo paraguayo nos ha ocupado la ciudad de Corrientes y estamos obligados, no solo a recuperarla sino a darle un escarmiento a quienes no han llevado a una beligerancia no deseada, cuando en este país finalmente se ha alcanzado la paz y la unidad. Por eso es que apelamos al sentido patriótico de nuestra población para fortalecer nuestras fuerzas armadas, que en alianza con orientales y brasileños, combatiremos... ¡Hasta la victoria!

La última frase fue vociferada casi a grito pelado, por un barbado teniente de caballería, bastante mayor para su graduación. Hablaba desde el balcón de la residencia del político local, un rico altanero con pretensiones de caudillo, partidario de Mitre, de apellido Artigas. Las personas reunidas en la plaza mayor, la única del pueblo, sumaban menos de un centenar, en su mayoría llegados por la curiosidad de ver algo inusual. Poquísimos festejaron el discurso, que parecía más bien una arenga a tropas antes de la batalla, que una explicación formal a familias compungidas por el arrebatado forzoso de los hombres jóvenes que las integraban.

Los rejuntados fueron embarcados, con muchos otros de las urbes zonales, en barcos de todo tipo, medida y condiciones, desde San Nicolás hasta la ciudad de Rosario. La explicación dada era que ahí permanecerían diez días recibiendo una básica instrucción militar. A su finalización, iniciarían una marcha a caballo hacia el norte hasta alcanzar la selva en la región del Chaco e introduciéndose en los montes, llegarían hasta donde

estaban situados los frentes de combate, que pugnaban por avanzar hasta ganar la ribera austral del río Pilcomayo. La meta era despojarle al enemigo un territorio virgen, poblado por tribus indígenas neutrales por no comprender los motivos del conflicto. Esta amplia franja era denominada Bajo Paraguay, pero finalizada la contienda y por ser un territorio de administración indefinida, fue anexada a la Argentina y rebautizada Formosa, que era el antiguo nombre puesto por los conquistadores.

Al cabo de cuatro años de guerra, el coronel Juan Octavio Senillosa, siguiendo expresas disposiciones del mismísimo comandante general Domingo Faustino Sarmiento, ordenó desde San Nicolás que se le debía comunicar a la familia de todo soldado muerto en combate, la infausta noticia de manera oficial.

El procedimiento consistía en la entrega en mano de una carta-pésame, firmada por el propio comandante. En el contenido, el gobierno agradecía en nombre de la patria, el sacrificio de ofrendar su vida en su defensa y honor, resaltando el valor del difunto. A la vez, también serviría como documento cuando se alcanzara la paz con la victoria, para tramitar ante el estado una pensión de subsistencia y también, para reclamar la titularidad de terrenos fiscales eventualmente ocupados por familias carentes de recursos, padres y/o abuelos ancianos y esposas viudas de combatientes, madres de hijos menores.

Los encargados de ejecutar estas directivas en cada población involucrada, eran las autoridades locales, militares o policiales. Como no podía ser de otra manera, esa tarea en La Cascada le correspondía ejecutarla al comisario general Rosendo Zamorano y el personal a su cargo.

—¿Usted sabe de dónde salió el nombre de este pueblo? —preguntó el comisario, a raíz de un chascarrillo dicho por el sargento.

—Ni por asomo, mi comisario.

—Pero mi amigo, ¡usted tiene menos luces que un cuarto oscuro! —exclamó Zamorano.

Insaurralde reía, tanto de las bromas como de sí mismo. Era verdad; tenía pocas luces, pero sus tareas las realizaba con eficacia y, dada su investidura, con un claro sentido de responsabilidad y respeto.

—Cuenta, mi comisario, cuenta nomás —pidió a Zamorano una vez repuesto de la escena hilarante—. ¿Por qué La Cascada?

—Del río Rojas sale un brazo que es el nuestro y va a juntarse con el arroyo del Pergamino, ¿no es así?

—Seguro que sí.

—Bueno, a cuatro leguas de acá dicen que había un salto de agua parecido al del río Salto. ¿Lo conoce?

—¿A cuál? ¿Al del Salto o al de acá?

—Al del Salto.

—¡Claro que lo conozco!

—¿Y al de nuestro río?

—También, también.

Zamorano enmudeció. Por instantes pensó que su sargento primero le estaba tomando el pelo. Pero viéndole la cara sin la mínima alteración, sin malicia, se dijo “No hay vuelta que darle; es tonto nomás” y no le quedó más opción que proseguir.

—Bien, dicen que este salto tenía como tres metros de caída; el mismo que hoy no llega ni a la mitad. Entonces cuentan que pasó una partida de soldados españoles, porque todavía era época colonial, y el que la comandaba, un andaluz un poco exagerado, al verlo les gritó a sus soldados: “¡Mirad, mirad qué hermosa cascada!”. Entonces retrocedieron buscando una loma y acamparon. A la mañana siguiente siguieron el viaje hacia La Dormida del Pergamino. Pero antes de marcharse, el oficial andaluz hizo hacer una cruz de palo que clavaron en la tierra. Sacando la espada y apoyándola sobre ella, dijo “Juro por nuestro Señor y por la santa Virgen, por los santos Evangelios y por los reyes de España, que volveremos y levantaremos en este sitio un destacamento de avanzada y desde este momento bautizo con el nombre de La Cascada” ¿Sabe de quién estoy hablando?

—Y... ¿Será de ese... del Castillo? —preguntó el sargento a modo de respuesta.

—¡Exacto, Insaurralde! ¿Vio, vio? ¿Vio como siempre se aprende algo cuando se presta atención? En efecto, era Melchor Samaniego del Castillo, el fundador de este pueblo.

—¡Ahá! ¿Y cuánto hace de esto, mi comisario?

—Y... bastante. No hay que olvidar que la línea de fortines hasta Rojas la comenzó el virrey Ceballos y la terminó Vertiz por el setenta y pico del siglo pasado... póngale que esto pasó una década después, digamos que llegando al noventa.

—Serán unos... ochenta años, más o menos.

—Sí, por ahí. Veo que hoy anda con varios candiles encendidos,

sargento. ¿Por qué no prepara unos mates y seguimos con la conversa? ¿Qué le parece? Total... empezó a llover.

II

“Yo sé que él escucha; él está en esta canción”

Damián deambulaba todo el día por la calle principal. Iba, venía y volvía a ir. Lo hacía desde siempre. Cuando chico, por no saber qué otra cosa hacer; jugando solo y procurando un bocado. Y ahora, buscando qué poder hacer. A veces poco, otras bastante. Pequeños trabajos, colaboraciones voluntarias o solicitadas que eran retribuidas con monedas o algo de comida.

Su único pantalón muy desgastado, le iba quedando corto y ajustado, propenso a rasgaduras, porque el púber muchacho estaba en pleno crecimiento. Las botas estaban peladas en las puntas por falta de betún y en las suelas, había sendos orificios en constante expansión. Pero la piel de las plantas de sus pies era inmune a la erosión, porque durante toda la primavera y el verano andaba descalzo. Y esa curtiembre bastaba para afrontar el resto del año.

Lo dicho; Damián no deambulaba porque sí. Era mandadero de varios comerciantes y vecinos. Principalmente realizaba los repartos a domicilio del almacén de ramos generales de Ruperto Neumann o hacía compras que encargaban las patronas, que en las puertas de las casas aguardaban su paso, con las listas e importes ya preparados, calculando el horario de sus rondas. En ocasiones, colaboraba con la carga o descarga de carretas desde o hacia Buenos Aires o San Nicolás para el acopiador de lanas, cueros, pieles y vendedor de herramientas, Raimundo Díaz.

No percibía ningún jornal estipulado. Solamente un poco de comida donde lo sorprendieran las doce, el mate cocido de las cuatro de la tarde y, en caso de haber sido apalabrado con antelación para arrancar de madrugada, los amargos a las cinco y el churrasco de las ocho. Cenaba únicamente si le habían tirado algunas monedas, en la posada de Solmi. Compraba algo y lo comía con las manos, afuera, en la vereda o en un pasillo lateral entre medianeras, porque según el propietario, el muchacho daba mal aspecto dentro del salón.

Una muestra de esta situación se dio cuando llegó al pueblo un famoso cantor y payador, llamado José Monterroso. Actuaría un sábado por la noche en la posada de Solmi. Antes de entrar al local, el artista vio a Damián sentado en el suelo. Era el momento cuando la incipiente noche traía consigo

atados de rocío, que sueltos por la madrugada se volverían mantos de escarcha sobre el amanecer.

—¿Qué hace por acá? —preguntó el payador y como Damián se limitó solo a mirarlo, agregó:

—Está bien fresco; tirando a frío.

—Ya lo sé —contestó Damián.

—Yo me llamo José —informó el payador estirando la mano—. ¿Y usted?

—Damián —dijo Damián y después de un momento de duda, estiró el brazo y estrechó la mano que le ofrecían.

Era la primera vez que alguien lo saludaba de esa manera. Y también la primera vez que lo saludaban.

—Venga —dijo Monterroso—, pase que lo invito con lo que desee.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque el dueño no quiere.

—¿Por qué? —insistió el cantor.

—Porque doy vergüenza; eso dice... y como se me hizo tarde porque estuve trabajando, ahora no puedo entrar a comprar una telera con chorizo seco.

—¿Quiere decir que está sin comer?

—Así es.

—¿Y se va a ir a dormir con hambre?

Damián asintió en silencio y quedó mirando el suelo. Entonces Monterroso entró a la posada y en pocos minutos salió con un emparedado grande y un tazón de porcelana repleto de arroz con gallina sancochada. Viendo esto, el muchacho se puso de pie y extrajo desde un bolsillo todas las monedas que contenía.

—No, mi amigo, guarde su capital, yo invito... vaya a su casa tranquilo y que le aproveche.

—Pero... —tartamudeó Damián, indeciso, pero viendo el gesto del cantor, sugiriendo que no intentara cambiar nada, se limitó a decir:

—Bueno, se agradece señor... le agradezco muy mucho.

Como Damián prefirió comer ahí, el payador se sentó a su lado. Y con cortas frases, como reflexionan los viejos amigos, en quince minutos explicaron sus vidas. Se despidieron de la misma manera en que se

presentaron y el artista entró para iniciar su número. La posada estaba repleta de asistentes. Después de un cerrado y prolongado aplauso, sobrevino un silencio expectante cuando el artista comenzó a asestarle golpes con el pulgar a las cuerdas bordonas para instalar una base grave y con el índice, mayor y anular elevaba las primas, arrancándoles agudos melódicos y dulces. Su voz era grave y profunda, sabiendo modularla hasta hacerla susurrante e intimista.

El auditorio, compuesto por más de cien personas, se iba volviendo cada vez más eufórico. Sin duda, el payador justificaba con creces su fama, extendida desde Buenos Aires y Rosario hasta los confines de la pampa salvaje.

Cuando llegó el momento de pedirle al público que propusieran temas para improvisar en payada, en ritmo de cifras y milongas cantó sobre el propio pueblo, las lindas muchachas, la justicia, los inmigrantes, el amor a la patria, los perros fieles, sobre rosas y claveles y temas románticos. Satisfechas las solicitudes y como despedida, anunció que cantaría sobre la niñez.

—Y quiero representar a la infancia descuidada, a los pequeños desprotegidos por las indiferentes sociedades adultas, en la persona de un chico de este pueblo: Damián, desatendido y maltratado, que está tirado por ahí afuera, como si fuera un perro.

Todos los espectadores enmudecieron y giraron las cabezas hacia las dos vidrieras que daban a la calle, iluminadas débilmente por los insuficientes faroles públicos. Pero nadie vio señales de vida en el exterior. Damián estaba guarecido en el angosto pasillo lateral, desde donde venía escuchando con claridad todo el desarrollo del recital. Entre el público, se oían en voz baja toda suerte de comentarios alusivos.

“Se habrá ido”, “¿Damián a esta hora?”, “¿Dónde está que no lo veo?”, “¡Pero qué va a estar ese guacho!”, “Yo lo vi, pero temprano”, “¡Pero por favor!”.

—No importa si no se lo ve; yo sé que él igual me escucha porque él está dentro de esta canción.

La milonga, con versos admirables, narraba la historia que habían comentado el niño y el cantor, antes que comenzara el concierto. Damián la escuchaba con aparente indiferencia. Pero al recordar la enorme figura vestida de negro, saliendo de la posada con lo que fue su cena, escaparon lágrimas de sus ojos que impetuosas rodaron hacia las comisuras de la boca, sin que su cara registrara alteración alguna. Y con el tiempo, notó con asombro, cómo sin

esfuerzo y sin intención, quedaron como grabados a buril los versos finales de una de las décimas:

*“...porque los niños retienen
muy adentro de sus sienes
toda maldad que hayan hecho,
los adultos que en sus pechos
tienen fríos corazones”*

III

“Te vi ayer. ¿Vos hacías de Cristo? ¡Qué maravilla!”

Casi como hábito, cuando le llegaba la paga, el sargento Insaurrealde carneaba un cordero grande o un borrego, en su día franco. Lo convocaba a Damián para que lo secundara en la faena. Le prestaba la tina para que se diera un baño caliente y Clorinda le cortaba el pelo. Lo invitaba a cenar con vino tinto; le pedía que cantara mazurcas polacas que su madre le había enseñado y lo aplaudía con ganas.

Antes que se marchara le daba algunas monedas, le hacía un buen paquete con una paleta o costillar y achuras. Su mujer le devolvía la ropa que se había sacado para higienizarse, limpia, seca y planchada y si podían, le regalaban alguna prenda. Es que ellos también eran pobres ¡Qué joder!

Los adolescentes del pueblo, toda vez que lo veían aseado y presentable, aspecto que duraba casi una semana, comentaban algo que terminó acuñándose como una frase popular, burlona y despectiva. Cuando veían a alguien presentable, le decían: “Estás como el cautivo saliendo de lo del milico”.

Damián vivía en un ranchito derruido hacia el lado del poniente, donde empezaban los campos, sobre un camino real que intercomunicaba las estancias del oeste. Andaba alrededor de los veinte años. Era alto, delgado, muy rubio, de pómulos altos y ojos de tonalidad celeste ceniza.

Su madre había muerto hacía unos diez años, víctima de una extraña enfermedad que provocaba picos febriles muy altos y prolongados. Una afección extraña para la ciencia del doctor Figuera. También para el poder magnético de un joven aristócrata devenido en manosanta, de moda en esa época, llamado Federico Salvatierra.

Así fue que Damián, huérfano desde niño, se vio obligado a vivir solo sin asistencia alguna; socorrido con alguna dádiva, cada muerte de obispo, de un par de personas del pueblo.

Muchos afirmaban que quien conocía en detalle la historia familiar de Damián, era un anciano vendedor rural de ropa y artículos de tocador y, según trascendidos, también de armas. Contaban que desde su juventud se internaba con un enorme carro capotado hasta los mismos deslindes fronterizos con la indiada tehuelche, marcados por el río Salado. Y que, en más de una

oportunidad, mateaba y churrasqueaba con caciques y capitanejos en sus propios toldos, más allá de Junín.

El viejo Jacinto Mirad había conocido y tratado al matrimonio polaco compuesto por Frederic y Marie Zarebski, padres de Amanda, hija única de incomparable belleza.

Por el año 1845, bajo la gobernación del caudillo Juan Manuel de Rosas, proliferaron los ataques indios a poblados y fincas de frontera, cometidos no ya por malones que reclamaban su tierra a los intrusos, sino por partidas de bandoleros con modernas armas de fuego.

En una de estas razzias tomaron por asalto la propiedad de los Zarebski y otros dos colonos cercanos, matándolos a todos, saqueando las viviendas para posteriormente incendiarlas y finalmente, junto con ganado vacuno y caballos, raptaron como cautiva a la bella Amanda que en ese momento tenía quince años de edad. Otra chica vecina, también aprehendida, aprovechó la oscuridad para escapar mientras cruzaban el río, arrojándose a la correntada desde el caballo en que iba maniatada y puesta como un saco de carga. Tres días después rescataron el cuerpo inerte a cuatro leguas río abajo.

Seis años después de este suceso y poco tiempo antes de la invasión multinacional, comandada por el general Justo José de Urquiza para poner fin a la tiranía en la batalla de Caseros, el mismísimo restaurador Rosas tomó una decisión al respecto.

El coronel Nazareno Calvet, al mando de una brigada de caballería, irrumpió a pólvora y sable en las tolderías allende el Salado. El fin era escarmentar a los bandidos indios, otrora personas inocentes acuciadas por la miseria y el maltrato de los conquistadores.

Otras de las finalidades era rescatar cautivas; principalmente a Amanda Zarebski. ¿Por qué? Porque su caso, se ignoraba por qué vías, había sido expuesto y llegado hasta las más altas esferas del poder; en especial a la hija predilecta, entre tantos y tantas no reconocidos, del caudillo: la popular Manuelita.

Tanto en la clase alta oficialista como entre el populacho, la joven era reconocida como probada piadosa, llegándose a decir que muchos seguían respirando gracias a sus intervenciones, rogando clemencia. En este caso, dícese que había expuesto a su padre el atroz drama que sufrirían niñas de su edad o menores, violadas y condenadas a la esclavitud por los propios asesinos de sus familias.

Finalmente rescatada, Amanda había sido llevada a La Cascada con un hijo mestizo de cinco años, con la belleza ajada en plena juventud y el ánimo quebrado, no sabiendo bien a qué mundo pertenecía. Llegó a ese pueblo porque los militares tenían el dato que allí residía un tío paterno. Muchos lo recordaban, pero hacía un par de años que se había marchado, sin dejar datos ni rastros de su nuevo paradero.

Como ella aceptara instalarse allí, porque todo le daba igual, sumida en un permanente estado depresivo, el coronel Calvet, hombre expeditivo, hizo redactar al escribano público Felipe Plummer, que también era jefe comunal, una minuta oficial de expropiación, caratulada como de “Necesidad y urgencia”.

El predio elegido fueron dos hectáreas tomadas a la estancia San Patricio de William Hunter. El propietario cedió la superficie con beneplácito, tal vez por lo inapelable de la medida, tal vez de corazón y también, tal vez por su amistad con el gobernador.

El personal de la tropa construyó en un santiamén un rancho de adobe de dos aguas, con chimenea para cocina a leña. Pusieron una puerta y dos ventanas, donadas por el carpintero Mariano Capalbo, y lo blanquearon con cal y techaron con chapas de metal, que el coronel pagó de su bolsillo. Este acto de generosidad hizo que el segundo jefe de la expedición hiciera una broma aludiendo a la tacañería de los catalanes.

—Mire, capitán Dalmau —le advirtió Calvet, siguiendo la broma—, usted no puede hablar mucho de ese tema; antes averigüe el origen de su apellido.

Al tercer día de iniciada la labor, finalizaron la obra construyendo un excusado a diez metros de la casa. Así fue que Amanda y su niño abandonaron la tienda de campaña y se instalaron en la vivienda. Los proveyeron de catres, colchones, ropa de cama, mesa, sillas y armario. También una reserva de alimentos básicos como para tirar un par de semanas. El coronel abonó los gastos con títulos canjeables del estado.

Cinco años más tarde, bastante adaptada al reencuentro con su modo de vida anterior al cautiverio, con varias heridas cicatrizadas y amortiguadas añoranzas, abocada al trabajo de su tierra y al cuidado de su vástago, Amanda moría, quedando Damián en total desamparo.

Mientras crecía le habían ido sucediendo toda clase de adversidades. Una notoria ocurrió un día en que fue llevado a trabajar a un galpón de Rubén

Gerardo Artigas, el más rico e influyente del pueblo. También por muchos despreciado, pero como infundía temor y si era necesario podía armar una cuadrilla de tipos peligrosos, nadie lo criticaba abiertamente. Déspota y egocéntrico, era un solapado enemigo del comisario Zamorano.

Ese día señalado pidió a sus dos hijos adolescentes que le consiguieran un peón.

—Tiene que ser alguien al que le tenga que pagar poco y nada —los instruyó— y si es nada ¡Mucho mejor! —y soltó una risa burlona que sus hijos José y Javier acompañaron.

Los muchachos salieron a la pesca. Apenas desembocados en la calle principal, tropezaron con Damián, parado en una esquina. Los hermanos se miraron como transmitiéndose una idea, que obviamente resultaba ser la misma.

—Mi padre necesita un peón, así que te venís con nosotros al galpón —dijo José como quien da una orden.

—No puedo —fue la respuesta de Damián.

—¿Por qué no puedes? —preguntó Javier con petulancia.

—Quedé con Ruperto para descargar mercadería que está por llegar —la contestación fue dada con aplomo.

—No nos importa —replicó José de mal talante—, dejá que Ruperto se arregle como pueda; mi padre necesita un peón y vendrás con nosotros.

—Busquen a otro —Damián no perdía la sumisa calma.

—¿Así que no querés venir? —la voz de José sonaba amenazante—. ¿Preferís a este alemán de mierda antes que al señor Artigas?

Damián nada respondió. Metió las manos en los bolsillos de su enorme chaqueta y quedó mirando el suelo. Entonces Javier se acercó como para hablarle al oído, pero terminó dándole un empujón con las dos manos, que hizo trastabillar a Damián. Detuvo el impulso para que no cayera el tronco de uno de los plátanos que poblaban la calle.

—¡Ya verás lo que te va a pasar, indio ladino! —gritó uno de ellos y se fueron.

No transcurrió ni media hora para que los hermanos Artigas volvieran. Pero lo hicieron acompañados. Damián permanecía en el mismo sitio aguardando las carretas. Cuando vio la horda que se acercaba, no exteriorizó inmutación alguna. Fue rodeado por los hijos del posadero Solmi: Aldo y Constantino; Valentín, el irlandés; el Toto Carrasco; Pedrito, hijo del boticario;

Antoñito Santa Ana y Salu Roviralta, “el quemagatos”.

—¿Así que le estás desobedeciendo a mis amigos? —le dijo Antoñito, con tono severo y muy cerca de la cara.

Como Damián no respondiera, después de mirar sonriendo en derredor, le encajó un fortísimo golpe de puño en el estómago. Damián se dobló hacia adelante, con la boca muy abierta y tomándose el abdomen con las manos. Una patada aplicada por la espalda en la zona lumbar hizo que se desplomara. Una vez en tierra, empezaron a darle puntapiés desde la cabeza hasta los pies.

—Bueno, paren; paren, muchachos... ¡Paren! —gritó José—. Después seguimos la joda, pero ahora el cautivo tiene que trabajar.

—Eso sí, vamos a llevarlo como a un prisionero —informó Javier—. Acá traje una soga y un látigo.

—¡Qué bueno! —gritó el Toto Carrasco—. Vamos a llevarlo arreando, como a las vacas.

—¡Yo quiero el látigo! —pidió el Salu Roviralta.

—¡No te abalanzés, corbata! ¡Despacito! Lo iremos usando un rato cada uno —sugirió Constantino.

—Está bien —aceptó José—, pero le daremos solo tres o cuatro azotes cada uno, porque el trayecto es corto.

En la vereda de enfrente, estático, estaba Armando, el hijo del veterinario Mindelberger, sin proferir palabra y con la mirada perdida.

—¿No te prendés en la fiesta, Armario? —preguntó Carrasco, pero el corpulento muchacho se mantuvo imperturbable—. ¡Mirá que algún día te puede tocar a vos hacer de prisionero!

—¡No, pará! —dijo por lo bajo Constantino—. Hay que tener cuidado con este; es medio loco. Un día, a un peón de “La enramada” que se le quiso burlar cuando iba pasando por el negocio de mi viejo, lo levantó en el aire de un sopapo.

A Damián le maniataron los brazos por la espalda y lo pusieron de pie. Tenía un ojo enrojecido, un corte seco en un pómulo y sangraba por la boca y la nariz. Como sobraban unos tres metros de soga, hicieron un lazo en la punta donde José introdujo la mano con la idea de sofrenar cualquier intento de fuga. Como Damián caminaba con dificultad por consecuencia de la golphiza, activaban su locomoción a latigazos, logrando con cada cimbronazo que tirara el cuerpo hacia adelante.

Algunos vecinos que pasaban o miraban desde puertas o ventanas, sonreían por creer que se trataba de un juego. Dos viejas que pasaron cerca se detuvieron a mirar el cuadro.

—¡Pero qué muchachos estos! Ya mozalbetes y jugando como cuando niños.

—¡Pero no, Felisa! Deben estar ensayando para representar el camino del calvario. ¿No ves que se acerca ya Semana Santa?

—¿Te parece, Águeda? Puede que tengas razón... ¡Pero qué bien lo representan! Sí, deben ser ocurrencias del padre Albano... ¡Qué loco!

Llegados al galpón forrajero, Artigas padre, sin poder reprimir las carcajadas, pidió que lo soltaran.

—¿Cómo va a poder trabajar sino? —razonó y volvió a la risa—. Hay que bajar de la parte alta del cobertizo todas las bolsas de cebada que hay y estibarlas cerca de la entrada, que mañana vienen los carros que las llevarán a puerto.

—¡Pero es una barbaridad todo lo que hay que bajar en tan poco tiempo! —protestó Javier—. Son como trescientos quintales. ¡No vamos a llegar ni a palos!

—¡Hay que llegar, carajo! —se alteró Artigas—. ¡A mí no se me discute! ¿Entendió?

—Sí, señor —respondió Javier, bajando el tono y la cabeza.

—Bueno, ¡A trabajar se ha dicho! —y mirando a los demás muchachos que habían venido conduciendo a Damián dijo:

—¿Y ustedes qué hacen acá? O ayudan o se mandan a mudar.

Algo desconcertados porque querían seguir la broma, todos los amigos de sus hijos se marcharon, seguidos de cerca por Artigas quien, látigo en mano, caminaba dando toques sonoros a cuanto objeto viera a su paso en el largo trayecto hasta la salida del enorme galpón de una cuadra de largo por media de ancho. La otra media manzana la ocupaba su mansión de tres plantas, única en la zona, con un jardín al frente y un enorme parque arbolado, con una parte exclusiva de árboles frutales.

Una vez que hubo trabado el enorme portón, el mandamás regresó al lugar donde, portando sacos de sesenta kilos al hombro, bajaban sin respiro y subían al trote sus dos hijos, “El Mencho”, un taciturno indio guaraní que vivía en el galpón sin salir nada más que a la puerta, y el capturado Damián.

Muchos años después, Valentín Connolly, “El irlandés”, reconocería la

entereza y bravura de Damián en ese incidente donde, no obstante, los golpes, patadas y latigazos, no exhaló la menor queja. «No se te escuchó ni un “ay” siquiera».

—Trabajen hasta terminar con todo. ¿Me oyeron? —gritó Artigas.

—¡Sí, señor! —contestaron sus hijos al mismo tiempo y El Mencho subió y bajó la cabeza.

—¿Y vos no me escuchaste, mestizo? —preguntó mirando a Damián, que sin contestar siguió caminando con la bolsa al hombro.

Esto pareció enfurecer al patrón. Corrió hacia él y al darle alcance, le descargó un latigazo sobre la espalda, en diagonal, que hizo que se desplomara. Con la caída, la arpillera de la bolsa se rajó, desparramándose todo el cereal contenido.

—¡Esto es para que aprendas a contestar cuando te hablan, guacho sotreta! ¡Y más que ligero vas a recoger y embolsar hasta el último grano!

Artigas volvió sobre sus pasos y al cruzarse con José le entregó el rebenque de larga trenza y filosa sotera, junto con una recomendación.

—Te dejo a cargo... vuelvo a la noche y quiero ver todo terminado... ¡Mirá que los carreteros son madrugadores! ¿Entendido?

—Sí, señor.

Y antes de desaparecer por una puerta lateral, agregó otra directiva:

—Y que no te tiemble el pulso para usarlo con cualquiera que se haga el loco. ¿Estamos? ¡Cualquiera!

—Entendido, señor.

—Y si me entero que el que se hace el loco sos vos, pensá que el que te va a hacer pagar tu merecido voy a ser yo.

—¡Sí, señor! —respondió José con voz firme.

Al desaparecer su padre y mientras depositaba el látigo sobre una mesa, para poder reanudar la tarea, masculló: “¡Qué hijo de víbora!”

Una hora después apareció Estelita, la única hija mujer de Artigas. Toda vez que se cruzaba con Damián por la calle principal o lo veía en alguna tienda comprando encargos o trabajando, lo miraba con dulzura, profundamente, sonriendo con timidez. Y si estaba sola decía musitando “Damián” y desviaba la vista o se marchaba.

Estelita tendría unos dieciséis años. Sin duda, ya pintaba como la chica más hermosa de ese pueblo donde, debido a las fusiones raciales, abundaba la belleza entre las juventudes de ambos sexos.

Portaba una enorme bandeja, con una pava también enorme llena de mate cocido caliente, una fuente rebosante de bizcochos dulces y salados y una jarra con limonada.

—Vengan, muchachos —llamó—, que traje la merienda.

Resoplando, sus dos hermanos se acercaron a la mesa. Y unos metros más atrás, con andar sigiloso y mirada huidiza, llegó El Mencho. Como Damián siguiera trabajando, Estelita lo llamó en voz alta.

—¡Damián... vení!

El muchacho se detuvo. Javier desde su asiento giró la cabeza.

—¡Vení, Damián! No te hagás el ofendido ahora.

—¿Por qué le decís eso? —preguntó Estelita—. ¿Qué pasó?

—Nada pasó —intervino José—. Vení che, no te hagás rogar... ya escuchaste la orden que me dejó mi padre.

—¿Qué orden te dejó el tata? —Estelita no entendía nada.

—No tiene importancia, hermanita —minimizó José—. Cosas de trabajo —y viendo que Damián se acercaba, sugirió a su hermana:

—Bueno, ya nos arreglamos; si querés, te podés ir.

—No, quiero quedarme un rato para cambiar de rutina. Estoy aburrída de tanto francés, piano, bordado, matemáticas... ¡Hola Damián!... pero... ¿Qué te pasó en la cara? ¡Estás todo magullado!

—Nada le pasó —interrumpió Javier, con la urgencia de los que quieren tapanlo todo con palabras huecas y falsas sonrisas—. Ocurre que Damián camina mucho todo el día, hace changas, por ahí tropieza y se lleva por delante algo o a alguien, hay empujones, por ahí un manotazo, se cae, se levanta, hace caer al otro... ¿Qué se yo? Pero servite mestizo, digo Damián... ¿Los preparaste vos? —preguntó mirando a los bizcochos y señalando a su hermana—. ¿O Flanchisca metió mano? —en alusión a una criada negra que tenían, llamada Francisca Soria.

Estelita sospechó que estaba pasando algo raro, pero no preguntó más nada. Algunas veces había sospechado cosas ocultas de su familia; al menos por los movimientos, por comentarios a sus espaldas entre amigas y compañeros de estudios. Pero su padre era todo dulzura para con ella. Y sus dos hermanos siempre la habían protegido y consentido por ser la única mujer y encima, la más pequeña.

Finalizada la merienda, la muchachita recogió todo el servicio y lo puso sobre la bandeja. Repasó la mesa con una servilleta y se retiró. Se retiró

pensando en Damián, que no había pronunciado ni una sola palabra en todo el tiempo que ella estuvo. Que cabizbajo, había tomado una taza de mate cocido y agarrado un bizcocho, porque ella se lo había puesto en la mano. ¿Y esos hematomas? ¿Y esa herida abierta? Ella hubiera curado y vendado esa herida. Tenía vocación para eso. Hubiera puesto paños fríos sobre los moretones.

Se retiró pensando que desde bien niña, ella había adivinado detrás de esa mirada ceniza a un chico noble. Que dentro de esos andrajos había un ser especial a quien circunstancias adversas no permitían que fuera él mismo. ¿Cómo decirlo? Expresarse libremente, ser normal, auténtico, no marginado por la miseria y una sociedad que etiquetaba.

Se retiró además de triste, pasmada, al comprobar que desde que lo había visto por primera vez, allá por los once o doce años de ambos, se había enamorado como loca de Damián.

Cuando la luz solar ya era insuficiente, El Mencho fue hasta un cuarto del fondo, que sería el suyo, y en pocos minutos volvió con tres faroles encendidos. Uno lo subió al altillo del cobertizo, puso otro sobre un barril al pie de la escalera y al tercero lo colgó del gancho de un travesaño de metal, a mitad de camino de la salida. Era extremo el cuidado con cualquier tipo de fuego que hubiera en galpones, donde todo era de fácil combustión. Y a esto, el guaraní lo tenía bien aprendido.

Media hora después de la colocación de los faroles el trabajo estaba concluido. En pocas horas más, las carretas transportarían la cebada hasta San Nicolás; y desde ahí seguiría en barco hasta el puerto de Buenos Aires. Un inglés del Retiro, fabricante de cerveza rubia y colorada, esperaba los granos.

Cuando llegó Artigas, sin decir una palabra, fue a inspeccionar las estibas. Al volver, tomó una bolsa de hacer compras que contenía frutas de su parque y la estiró hacia Damián.

—Tomá, mestizo —dijo—. Esta es tu paga.

Como el muchacho no la agarró y dando la vuelta se encaminó hacia la salida, Artigas se enfureció.

—¡Parate ahí, indio de mierda! ¿Así que te atreves a despreciar lo que te doy?

Como Damián siguiera caminando, Artigas hizo una seña a sus hijos para que lo atraparan. Cuando se lo trajeron inmovilizado, le propinó un sonoro golpe en el oído con mano abierta y le escupió la cara.

—No te pego más, basura, porque a esta hora estoy cansado —y

mientras iba yendo hacia la puerta lateral, sugirió:

—¿Por qué no se lo cogen a este maricón? —y desapareció.

Los hermanos quedaron un momento pensativos, sin soltarlo. Y de pronto, como si lo hubieran ensayado, cada uno tiró la chaqueta de Damián para su lado. La gastada tela se rasgó con facilidad y cada uno se quedó con su mitad. El Mencho ya se había retirado a su aposento, llevándose dos de los faroles. Con el que quedaba, la visibilidad se reducía a dos metros alrededor, dos más de semipenumbra y a partir de ahí, la oscuridad.

Cuando quisieron hacer lo mismo con el pantalón, no pudieron conseguirlo con un primer intento. La prenda era de loneta y más joven que el abrigo. Damián se defendía tirando golpes, pero estaba muy cansado. Debilitado, dolorido. Cuando volvieron a tironear, alguna parte de la tela cedió, escuchándose el característico ruido de una rajadura. Y esto arrancó risotadas en los atacantes.

Fue en ese momento en que se abrió la puerta que comunicaba con la vivienda y apareció Estelita. Traía un farol en la mano.

—¿Qué hacen? —preguntó—. ¿Qué le están haciendo? —su voz estaba ahogada por la indignación—. ¿Qué te están haciendo, Damián?

Como no obtuvo respuesta, gritó “¡Mencho, Mencho!” y el indio apareció.

—Quedate con Damián. Y te hago responsable por lo que le pase si estos salvajes lo vuelven a molestar; yo ya vuelvo —concluyó.

Cuando retornó, sus hermanos habían desaparecido. El Mencho estaba parado con un farol en la mano y su habitual cara inexpresiva. Con el torso desnudo que mostraba hematomas redondos y otros como surcos, dibujados a latigazos y puntapiés, Damián estaba sentado en el suelo, con las manos sobre las rodillas.

—No sé qué decirte Damián —dijo Estelita, entregándole una blusa floreada y una chaqueta blanca, corta y entallada—. Es todo lo que puedo ofrecerte para que te cubras —su voz sonaba entrecortada—. Estoy avergonzada de la conducta de mis hermanos... te pido perdón.

Como toda respuesta, Damián agitó las manos para dar a entender que no importaba. Su agotamiento era tal que le impedía articular palabra. Después de ponerse de pie, empezó a vestirse. El fresco de la noche había invadido el interior del galpón. La muchacha comenzó a sollozar y se abrazó a Damián, poniendo una mejilla contra el pecho sudoroso. Él le acarició el pelo

unos instantes, después separó la cabeza de su cuerpo, la miró profundamente, la besó en la frente y se marchó.

A la mañana siguiente, Ruperto Neumann tuvo que interrumpir el sermón que le estaba dando a Damián porque entró una clienta que, al ver al muchacho, se acercó a él con una amplia sonrisa en la cara.

—Te vi ayer. Vos hacías de Cristo, ¿no? ¡Qué maravilla! Te felicito; va a estar relinda esa representación.

Minutos después apareció Insaurrealde para comprar tabaco.

—¿Qué te pasó en la cara?

—Nada —contestó Damián.

—¿Cómo que nada? ¡Estás irreconocible! —Insaurrealde.

—..... —Damián.

—¿Te agarraste a golpes con alguien?

—No, me caí.

—¿Desde un techo te habrás caído!

—Bueno, parecido.

—Decime la verdad, Damián.

—En serio; me caí.

—¡Está bien! ¡Ya parecés paisano de mi viejo! —rezongó Insaurrealde—. Ponele que sí, pero no podés dejar eso así... mirá, esperá que compro tabaco y vamos a la botica.

Mientras caminaban por la calle, el sargento notó que con cuanta gente se cruzaban, eran mirados en forma extraña. Pensó si sería por él, pero en poco trecho descubrió la evidencia.

Dos muchachones que circulaban en dirección contraria se detuvieron por un momento. Miraron a Damián a la cara hasta que estallaron en gruesas risotadas. Uno de ellos preguntó a su compañero: “Parece que anoche a este lo convirtieron, ¿no?” y el otro contestó: “¡Claro, ya es un marica con diploma!” y siguieron, riéndose y dándose empujones.

—¿Quiénes son estos cosos? —preguntó el sargento.

—Uno es Bautista Carranza y el otro es Somersen.

—¡Ah, sí! El hijo del Pelado y el otro es de los gringos nuevos, ¿no?

—Sí, sí —reconoció Damián.

—¿Y son amigos tuyos?

—¡Síííí, grandes amigos! —dijo Damián con énfasis, entrecerrando los ojos y apretando los puños.

—Che, Damián, ¿te das cuenta que todos te miran extrañados?

—La verdad que no... pero puede ser.

—Es que estás vestido como un comilón, muchacho; llevás ropa de mujer.

—Sí, lo sé, al pantalón también tengo que coserlo. La única muda que tenía se me rompió y está haciendo bastante frío.

—¿Ah, sí? Con la caída, ¿no? —el tono de Insaurrealde era burlón.

—Sí, con la caída.

—Mirá, muchacho, presiento que me estás escondiendo algo, pero no importa; ya me lo dirás cuando te parezca conveniente. Ahora tu atención está en primer lugar.

El boticario Nogueira le dio una pomada de hamamelis y aloe vera, para que la aplicara dos veces al día sobre las zonas afectadas y frotando apenas.

—Ahora que tenés el ungüento, quiero que te llegues hasta mi casa y le digas a Clorinda que te de una camisa y un saco o campera; lo que sea, así te sacás esto que llevás puesto, que se nota que son prendas finas ¡Pero no para un macho, che!

—Sí, claro.

—Y en tu casa, cosete el pantalón. Calentá agua, bañate con cuidado y ponete la pomada como te indicó ese baboso.

—Perdón pero, ¿dijo baboso?

—Baboso dije. Y creo que en un par de días quedarás como nuevo.

—Eso espero.

—Por la comida no te hagás problema, que a eso de la oración, si yo no puedo, te mando a alguno de los muchachos de un galope a que te lleven algo, así aguantás hasta que puedas volver a salir. ¿Entendiste, Damián?

—Sí, sargento; muchas gracias.

—Reposo, mucho reposo —Insaurrealde hablaba como un cura—. Reposo, haceme caso... andá nomás.

IV

“¿Así que Damián no tiene sangre?”

—... y esto se está convirtiendo en una pesadilla, Insaurrealde... Antes de ayer nomás habrá visto que llegaron cuatro cartas-pésame, como les llaman, para entregar a familiares de soldados muertos.

—¿No eran cinco?

—No, sargento, eran cuatro.

—Está bien, mi comisario —aceptó Insaurrealde, pero seguido y por lo bajo dijo como para sí mismo:

—Para mí eran cinco

—¡Dije cuatro! —se alteró el comisario—. ¡Y deje de andar murmurando!

—¡A la orden! —reaccionó Insaurrealde y dando un salto se cuadró—. Perdone, me habré confundido.

Miño, que venía ingresando con unos papeles en la mano, al ver esta escena tuvo que volver a salir porque su risa era incontenible.

—¿Qué pasa, agente? —preguntó el Zamorano.

—Nada, mi comisario —dijo desde el pasillo tapándose la boca—. Ya vuelvo.

—Como le decía —retomó el comisario—, ayer tuvo franco, por eso quiero contarle lo que fue pasando. Salimos con los cabos Lencina, padre e hijo, y también vino Monges.

—Ahá.

—Primero fuimos a lo de Shultz, con bandera desplegada y clarín, cumpliendo con la pompa que el protocolo estipula para estos actos.

—Sí, claro; yo me lo leí de punta a punta.

—De movida, la señora Shultz se desmayó apenas se enteró que su hijo había muerto en el frente. Después el marido, a grito pelado, me dijo que le podía decir al general Mitre que se metiera la carta donde no le diera el sol.

—¡Ah, la fresca! —exclamó Insaurrealde.

—Y este fue el comienzo, porque desde ahí fuimos a lo de Basualdo, en la punta de la Cañada Larga. El padre del muchacho muerto nos abarajó con insultos de grueso calibre dirigidos a la guerra, al gobierno, a... ¡Yo qué sé! A todo lo que le permitiera soltar el dolor de una desgracia, que toda familia

presagia cuando alguno de sus integrantes es llevado a combatir.

—Cierto, mi comisario, es una gran desgracia todo esto que está pasando.

—Terminó diciéndome que nadie había dado consentimiento para que su hijo fuera incorporado.

—¿Y eso es necesario? —preguntó Insaurralde. Como el comisario juntó las cejas y achicó los ojos, aclaró:

—Lo del consentimiento, digo.

—¡Pero qué va! Usted tiene que saber bien que ante casos urgentes, como lo es un conflicto bélico, el presidente sanciona los decretos que cree necesarios, se aplican y “No se habla más, dijo el capataz”

—Me lo suponía —razonó el sargento—. ¿No cree que se enfrió el agua? —dijo señalando el mate.

—Sí —aceptó el comisario—. Y cambie un poco la yerba, no sea pijotero... ¡Ah! otra cosa.

—Qué, mi comisario.

—Que Basualdo chico deja una viuda con un crío.

—¿Cómo?

—Lo que oyó. Parece que el muchacho, temiendo ser incorporado al ejército, se casó hace un año y medio, a los dieciocho, con una de las hijas de López Guerrico, esos que vinieron de Rojas. Pero no le valió de nada al chico. Dicen que un poco más, lo sacaron a la rastra los de la partida de reclutamiento.

—¡Síííí! Los vi cuando andaban; esos chinos parecían tanto o más ásperos que los mazorqueros federales —recordó Insaurralde.

—Cuando nos veníamos —prosiguió Zamorano—, el padre enfurecido se plantó frente mío y dijo: “¡Ni que hubiera sido un negro mi hijo!”

—¡Qué barbaridad! Creo que es el dolor el que lleva a no poder ni pensar con claridad —empatizó el sargento—. ¿Qué tal el mate ahora?

El comisario obvió la respuesta. Estaba demasiado compenetrado analizando su aflicción presente.

—Y esta mañana tuvimos “la última reverencia del minuet”

—¿Cómo fue eso? —se interesó Insaurralde.

—La última carta fue para los Rivadeneira.

—¡Nooo!

—Manolo quedó mudo; no podía soltar ni una lágrima. Y lo más triste

fue cuando mi comadre Enriqueta me decía sollozando: “Y justamente vos, Rosendo, el padrino de mi Gustavito, es el que me viene a dar esta noticia.”

—¡Qué tremendo! ¡Virgen santísima! —Insaurralde tenía los ojos inundados—. Lo he tenido en los brazos a ese chico. ¡Caray! Y con Manolo estudiamos juntos en el salesiano del Pergamino.

—Mi comadre decía eso y yo sentía que se me anudaba la garganta. Cuando pegamos la vuelta, seguía escuchando que llorando me decía: “¿No pudiste hacer nada, Rosendo, para rescatar a mi hijo antes que lo mataran? ¿Nada pudiste hacer por tu ahijado? Si cuando vinieron a llevárselo vieron clarito que tenía una pierna más corta que la otra, que se trababa y se caía si quería correr.”

—Y a mí me consta que usted, mi comisario... ¡Qué injusticia! Yo lo acompañé las dos veces que fue a hablarle al coronel...

—A rogarle, mejor dicho, pero de nada sirvió... como tampoco sirve ahora lamentarse; al chico ya lo acribillaron.

La calle principal ya estaba aquietada de su natural movimiento de toda mañana de mitad de semana. Las tiendas en su mayoría habían cerrado sus puertas hacía poco rato. Era la acostumbrada pausa del almuerzo y la posterior siesta. Los dueños reabrían ya preparados para afrontar los embates de la tarde, a eso de las cinco. Y una vez bien entrado el crepúsculo, darían por finalizada la jornada.

—¿Y cuál fue el otro lugar? —preguntó el sargento mientras se abrochaba la chaquetilla, dispuesto también a encaminarse hacia su casa para hacer la de todos; si no surgían imponderables.

—¿Cuál otro?

—¿No dijo que eran cuatro? —calculó Insaurralde—. Usted contó de tres.

—Sí, tiene razón, me olvidaba... ¿Y sabe por qué? El soldado muerto es el hijo de Baltasar Almeyda.

—¿El Sambo?

—El mismo.

—¿Y por qué dijo que se olvidaba?

—¡Ah, sí! ¿Por qué? —Zamorano miró hacia el techo, rascándose con los índices las dos cejas—. Porque le leí la carta, se la entregué y completamos todo sin que él ni su mujer pronunciaran una palabra... ni ninguno de los otros hijos. Todos lloraban mudos y serios. Cuando

regresábamos, y antes de iniciar el galope, se me dio por girar la cabeza y vi que toda la familia estaba arrodillada en el patio, con las manos juntas y las cabezas gachas.

—¿Rezaban?

—Sí, seguro. ¡No se imagina qué cuadro, Insaurralde!

—Trato. Tristísimo.

—Sí, muy triste... pero a ese accionar le vi además otras aristas.

—Perdón, mi comisario, pero ¿qué es arista?

—Bueno, es como decir... pero no, no voy a recurrir a ejemplos... usted preguntó qué es arista y yo le voy a contestar eso; es una línea que une planos... mire, ¡no me haga mucho caso! Es la preocupación... ¡Quise decir que también me siento responsable del dolor de esa gente!

—¿Por qué? —el sargento estaba totalmente desorientado.

—Porque soy habitante de este país. Un país nuevo que recién se está formando. ¡Y si arrancamos así! ¿Qué nos espera? Ya ha habido demasiadas guerras, ¿me entiende? Demasiada sangre derramada y ese derrame siempre es inútil, no cambia nada. ¿Qué futuro le espera a nuestra descendencia? ¿Qué buen país podremos ser si seguimos siendo dos bandos irreconciliables?

—Tiene razón, mi comisario. Es como usted dice. Pero a eso de la arisca...

—Arista —corrigió Zamorano.

—Sí, a eso de la arista no lo capté mucho, ¿sabe?... la verdad que...

—Déjelo así, sargento, no es importante. Y vaya a comer que se le hace tarde. ¡Ah! Cuando salga dígame a Miño o a Balmoral que vaya a lo de Solmi a traer la vianda para Hilario, ¡debe tener un hambre el pobre!

—¿Hilario dijo? ¿Otra vez? —el sargento iba de asombro en asombro.

—Sí, otra vez —contestó Zamorano con un hartazgo risueño.

—¿Qué hizo ahora?

—Le pegó unos golpes a El Mencho, el peón de Artigas.

—Pero si son amigos. ¡Se emborrachaban juntos!

—Lo sé.

—¿Y por qué habrá sido?

—Dicen que Hilario le reprochó al indio porque le impide que hable con su patrón, porque Artigas le debe una plata desde hace mucho tiempo.

—¿Y por qué no se la paga? —dijo el sargento yendo a la lógica.

—Porque dice que no le debe nada. Fue el propio Artigas el que trajo

a El Mencho hasta acá, con la boca hinchada y una herida en la ceja derecha, señal que el que le pegó era zurdo como Hilario.

—¿Y el indio lo acusó?

—No quiso hablar ni una palabra.

Pasada la media tarde, comisario y sargento volvieron a conversar. El tema era obvio. La pesadumbre de los acontecimientos de la guerra, lejana en distancia pero cercana en consecuencias, iban haciendo mella en el aplomo natural del comisario. Él cargaba con la responsabilidad de seguir manteniendo la ley y el orden en un pueblo pacificado, que a fuerza de pujanza abandonaba en el olvido un pasado de anárquica guerra civil.

—Y la verdad es que ir a comunicar la muerte de un combatiente a su familia es una de las changas que menos uno quisiera hacer. Donde se contienen de insultarme, casi que me gustaría que lo hicieran, por lo menos para que descargaran una parte del enorme dolor que uno les lleva con la noticia.

El sargento miraba para abajo y fumaba en silencio. El comisario prosiguió.

—¡Estoy podrido con todo esto, sargento! Lo que más me abruma es el no poder zafar de esta tarea tan ingrata... porque usted se niega y lo entiendo y a ninguno de los otros los encuentro aptos.

—Es que como ya le expliqué, mi comisario, yo tampoco soy apto. Puedo acompañar, escoltar, pero hacer esa faena como tiene que ser no puedo... me quedaría mudo, no sé, lloraría con ellos... capaz que me desmayo.

—Lo entiendo, Insaurrealde. Yo prefiero una y mil veces agarrarme a tiros, a faca o a sablazos con matones, infieles, con cuatrerros, antes que seguir con esto.

La tarde iba mostrando cómo menguaba la luz diurna. En menos de una hora podría distinguirse alguna estrella puntera. Los carruajes o jinetes que partían de la planta urbana lo hacían con marcada celeridad. Los pocos que llegaban, con movimientos cansinos, denotaban el fin de la jornada.

—¡Ojalá encontrara a alguien que quisiera hacerlo! —dijo Zamorano con voz de rogativa, tirando la cabeza hacia atrás, como lanzando un encargo de milagro a las alturas—. Alguien que no le importe nada, uno sin sangre... al primer “Juan de afuera” que se me presentase, lo incorporaría de inmediato... le daría el uniforme y hasta una paga adelantada, con tal que se convirtiera en

el mensajero de la muerte hasta el día en que esta maldita guerra se termine.

El monólogo se interrumpió cuando golpearon la puerta del despacho. Fue una forma distinta de picar del que acostumbraba el personal. El sargento se incorporó veloz de la silla, como todo somnoliento sorprendido por un ruido. Abrió y lo que vieron fue una enorme caja repleta de comestibles, que se desplazó suspendida en el aire. Traspasado el marco, detrás de ella, estaba la figura de Damián. Saludó con timidez y preguntó dónde dejarla. Eran provisiones para el consumo del personal cuartelero en horas de guardia. El encargo venía del negocio de Ruperto Neumann.

—En el suelo nomás —indicó el comisario mientras buscaba unas monedas para la propina.

Cuando desapareció la figura del mandadero, Insaurralde dijo en tono jocoso mientras cerraba la puerta:

—Un tipo así andaría bien, ¿no?

—No entiendo —dijo Zamorano.

—Digo, como Damián.

—¿Qué andaría bien para qué? —preguntó intrigado el comisario.

—Y, para dar esas noticias, entregar las cartas... ya que usted dijo que se necesita un tipo sin sangre... ¡Creo que Damiancito mucha no tiene!

Zamorano nada contestó. Sintió ganas de tomar unos mates, pero ya se acercaba la hora de la cena y no quería llenarse la panza de líquido. Se lo notaba agobiado desde hacía tiempo. Podrían atestiguar quienes lo trataban a diario que su humor y semblante habían ido cambiando paulatinamente desde que, a raíz de la guerra, llegara al pueblo esa partida de reclutamiento para llevarse a todos los hombres aptos para combatir. Muchachos que en su mayoría los había visto nacer y crecer en la paz de ese pueblo, surgido entre la inmensidad de las pampas.

Pasada la hora de la oración y comenzada la noche, mientras disponía retirarse a su vivienda, sita en los fondos del destacamento, hizo un último comentario a Insaurralde.

—Mañana a primera hora voy a bajar hacia San Nicolás; llevo algunos informes solicitados y traeré otros... y aunque ruego que no, es bien probable que me entreguen más cartas funestas.

El sargento reconoció la presunción con un movimiento de cabeza y en total silencio, que solo quebró instantes después solo para responder el “Hasta mañana, si Dios quiere y la Virgen purísima”, dicho por el comisario al

marcharse.

Ya en su hogar, Zamorano se sentó a la mesa mientras Mercedes llegaría con la comida. Cenaron en silencio. Después de beber la habitual infusión digestiva donde predominaba el boldo y cedrón entre otras yerbas, mientras desandaba el corto trecho hacia la habitación, preguntó por lo bajo y sin énfasis, como para sí mismo, algo que hacía a diario.

—¿Cómo estará Fernando?

Al oírlo, Mercedes musitó con voz esperanzada:

—Espero que bien. Quiera Dios que bien.

Fernando era el único hijo de ambos, también reclutado, que se hallaba combatiendo en algún lugar del frente.

Una vez acostado, entre bostezos, el comisario murmuró:

—¿Así que Damián no tiene sangre? —y no llegó a articular del todo la sonrisa esbozada porque una ola de sueño irrefrenable arrebató su estado de conciencia.

“¿Te gustaría trabajar con nosotros?”

—¿Cómo anda de hombres La Cascada, comisario?

Dieciséis leguas había cabalgado Rosendo Zamorano desde mucho antes que amagara el alba con quebrar las sombras nocturnas; ese manto enlutado que se expande anulando colores, permitiendo solo que en algunas noches la luna sea reina con su opaco esplendor plateado. Inspirando a poetas y enardeciendo enamorados.

Montando un tordillo moro, todavía redomón, Lencina hijo había galopado a su lado, silencioso y alerta como era su costumbre, por más que ese camino fuera seguro, liberado de salvajes y bandidos; “Al menos por ahora”, pensó Zamorano que iba pensando en los repetidos, y por tanto predecibles, proceder de su acompañante mientras galopaban.

Por el Pergamino habían parado el tiempo justo como para preparar y al toque ensillar el mate. Vueltos a la senda y a galope parejo, le habían pegado sosegados y firmes a la fatigosa distancia, hasta finalmente avistar la población costera al Paraná.

Atravesando el pueblo íntegro y volcándose a la izquierda, llegaron al cuartel. Traspasada la valla, el comisario había desmontado del zaino. Entumecido por la cabalgata y alisándose el uniforme, se había dirigido hasta los despachos oficiales. A todo esto, el cabo Lencina ya estaba en los corrales refrescando a los caballos a baldazos de agua.

—Zamorano Rosendo Elías, comisario general de La Cascada en comisión de servicio, solicita entrevistarse con el coronel Senillosa Juan Martín.

El oficial de guardia, después de responder a la venia, tomó nota y alargó el trozo de papel a un asistente, que presuroso se perdió casi a la carrera por pasillos intrincados. Pasaron pocos minutos hasta que volvió con la misma premura. Dijo al oficial unas pocas palabras por lo bajo, retrocedió tres pasos y se quedó expectante como perro galgo que perdió de vista a la liebre y no sabe para qué lado seguir corriendo.

—Señor comisario general —la voz del oficial pareció sonar desde un altar—, el coronel va a recibirlo ahora mismo —y señalando al mandadero, agregó:

—El cabo Rejoy lo acompañará.

Pasillo. Laberinto. Escalera, Puerta. Golpes. Voz. Venia. Asiento. Cada parpadeo, respiración, paso, palpitación, eran como transmisores de secuencias a la línea plana del pensamiento aletargado del comisario. Los madrugones seguidos de dilatadas cabalgatas siempre producen metamorfosis sensoriales. Rompen el sedentarismo discrecional y predisponen a los embates de batallas sorpresivas.

Su cara percibió la calidez que los leños regalaban en el mismo momento en que también llegaba la voz firme con esfuerzo del veterano coronel.

—¿Cómo anda de hombres La Cascada, Comisario?

—Mal, mi coronel. Los chicos muy chicos y los ancianos...

—Sí —interrumpió Senillosa—, cada vez más cerca de la guadaña — la sonrisa asomó, pero no entró—. Como yo.

—Yo a usted le veo cuerda para rato, mi coronel —suavizó Zamorano.

—¡Bah! —Senillosa desechó el halago con un movimiento de manos—. ¿Sabe qué comisario? La guerra se está ganando, pero desde el alto mando dicen seguir necesitando refuerzos —explicó mientras encendía un cigarro.

—Pero entonces, ¿cómo se explica que a tantos soldados los estén dando de baja?

—No son tantos, comisario. Abultan porque da la coincidencia que ha habido varios de esta zona. Muchos son heridos convalecientes, otros bastante locos y algunos que otros, también por acomodo. Pero lo cierto es que se está preparando una arremetida final contra el enemigo y si nuestras tropas llegaran a Asunción antes que los brasileños, habría beneficios para todos.

—Perdón, mi coronel, pero, ¿de qué beneficios estamos hablando?

—Muchos. Primero en vidas. Las tropas argentinas tienen la directiva de espantar al enemigo, en la medida que se pueda; no de matar a mansalva. Claro que a personas decididas como son los paraguayos es difícil disuadirlos, pero como han incorporado chicos de quince y dieciséis años, a veces se puede hablar con ellos y decirles que no sigan adelante con esta locura.

—Entiendo, pero... ¿qué otros beneficios?

—Bueno, territorio, comercio con materiales para reconstruir ese país... muchos, comisario. Varios serán los que se enriquecerán con la desgracia de esta guerra. Pero no hay que olvidar que ese país vino creciendo

bajo el mandato de dictadores y aunque algunas cosas las habrán hecho bien, han terminado llevando al pueblo a la catástrofe. Nosotros también lo hemos vivido y sabemos bien lo que son los déspotas, por más que se disfracen de mecenas.

La conversación siguió en torno a otros temas generales. El precio del ganado que había experimentado un alza considerable, el deseo que el invierno que se avecinaba no fuera tan duro como el del año anterior que, con heladas tardías, había arruinado gran parte de la cosecha fina y la explotación frutícola y la anunciada llegada de una empresa de diligencias que operaba en América del norte y prometía una renovación en el transporte, con un servicio de carruajes modernos.

Esa media hora de charla fue acompañada por café y unas copitas de caña.

—Y ahora que me acuerdo —el coronel se rascó con dos dedos la cúpula de su tupida cabellera cana—. ¿Sigue viviendo en La Cascada el sargento Hilario Vélez?

—Perdón, ¿dijo sargento?

—Sí, eso dije.

—Con ese nombre conozco un borrachín de unos sesenta y pico de años, pero no creo que sea el que usted dice.

—Es flaco, bastante alto y tiene una cicatriz grande en el lado izquierdo de la cara.

—Sí, la tiene.

—¿Es mendocino?

—Sí, hace poco vi su papeleta.

—Entonces se trata de él. Ya hace mucho tiempo que me anoticiaron que estaba en ese pueblo.

—Pero... —Zamorano demostraba tener dudas si debía seguir hablando—. Perdone la pregunta, mi coronel, pero... ¿sargento de dónde?

—Sargento de granaderos del Ejército de Los Andes.

—¿De los Andes? ¿De San Martín? —el comisario parecía no dar crédito a lo que oía.

—¡Sí, hombre! Fuimos compañeros.

—Si no fuera usted quien me lo dice, no lo creería por nada del mundo.

—Pues así es. Mi familia se trasladó a Cuyo desde Buenos Aires

cuando yo tenía diez años. Nos hicimos amigos en el colegio de los jesuitas. Y cuando San Martín convocó varones de entre dieciséis y cincuenta años, los dos nos presentamos y nos incorporaron de inmediato. Habíamos mentido porque teníamos quince, pero los engañó nuestra estatura. Nuestras familias se negaron y nos querían denunciar, pero finalmente comprendieron y aceptaron nuestra voluntad de servir a la patria.

Zamorano estaba inundado de asombro. El coronel se empinó el último resto de su copa. Puso cara dolorosa al tragar. Carraspeó fuerte agitando la cabeza con energía hacia ambos lados y prosiguió.

—Dos años después, ambos con diecisiete cumplidos, emprendimos la marcha para cruzar la cordillera y llegar a Chile. Íbamos por la ruta más difícil: el Paso de los Patos.

—¿Siempre juntos?

—Siempre juntos. En la vanguardia iba el brigadier mayor Soler. Nosotros avanzábamos por el centro, integrando la escolta de granaderos al mando del comandante Mariano Necochea. Pero al acercarnos a un paraje llamado Las Achupallas vino un teniente de Soler y, después de mirar a nuestro grupo, ordenó: “A ver. Usted, usted, usted, usted y usted vengan conmigo”. Dos de esos cinco éramos Hilario y yo. Después de galopar media legua en total silencio, el oficial nos hizo bajar para beber agua y refrescarnos. Rato después y a punto de montar, se paró delante nuestro y dijo: “Soy el teniente Juan Galo de Lavalle y les informo que es muy posible que entremos en combate... somos pocos, pero hay que aniquilar al enemigo... el que tenga miedo que no monte”. Galopamos un corto trecho hasta juntarnos con una treintena de granaderos y, sin detenernos, cargamos contra el enemigo.

El coronel se puso de pie con visible dificultad, abandonando su señorial sillón tapizado, de cuero repujado. Se dirigió hacia un armario. Su andar era forzado y lento. Las botas golpeaban con excesiva fuerza el piso de madera rojiza del amplio despacho. La estancia era iluminada naturalmente por una intrusa claridad, que penetraba a través de un ventanal extendido de manera horizontal, con una bella vista hacia el cercano Paraná.

No parecía un hombre anciano sino avejentado. Su avanzada madurez y patentes achaques habrían sido determinantes para que estuviera al mando de este cuartel y no en algún frente de la contienda. Si bien era clara su oposición a esta guerra, como para la mayoría de la opinión pública, su obediencia militar lo hubiera llevado a estar en el lugar que dispusieran los mandos.

Desde el armario volvió hacia el escritorio con varios sobres que depositó frente al comisario Zamorano.

—Entre los sobres encontrará una carta que le envía alguien de su apellido; supongo que su hijo.

—Puede ser; a ver —el comisario agarró el sobre con ansiedad mal contenida—, sí, Fernando, es de mi muchacho.

—Las demás son todas firmadas por el comandante general. Usted ya sabe —aclaró con pesar.

Las bajas seguían produciéndose, aunque el ejército siguiera avanzando y algunos analistas de la prensa, enviados al frente como corresponsales, coincidieran en afirmar que la guerra acabaría pronto, con el triunfo de los aliados.

Devastado estaba quedando ese Paraguay encaminado en la modernidad. Ese país que se estaba proyectando para posicionarse a la vanguardia del progreso de América Latina con la implantación del ferrocarril, hornos para fundición de metales, eficiente sistema educativo y producción de alimentos en establecimientos cooperativos.

El comisario recogió los sobres, boletines militares y periódicos. Los depositó en su alforja y se puso de pie. Había rehusado con diplomacia la invitación de Senillosa para quedarse a comer en el casino de oficiales, alegando tener muchas ocupaciones pendientes en su destacamento. Y era verdad. Se despidió del coronel con un apretón de mano, cuadrándose y saliendo con paso marcial.

Cuando arribó a La Cascada en compañía de Lencina chico, la tarde agonizaba. Las puestas de sol son incomparables en las llanuras pampeanas. El sol, con un brillo gastado, se internaba manso entre un festín de rosados arreboles.

A poco de internarse en los primeros caseríos, divisó a lo lejos a Damián, saliendo de una vivienda. Para evitar dar un grito, prefirió apurar el galope. El cabo no entendió la aceleración ni preguntó el motivo de la maniobra, pero igual azuzó a su cabalgadura. Cuando lo emparejaron al muchacho, con un ademán indicó a Lencina que se detuviera. Él ya había sofrenado al zaino.

—Buenas y santas, Damián.

—Buenas y santas, comisario. ¿Precisa algún abarrote?

—No por ahora. Solo quiero que pases por el destacamento cuando

puedas. Es para hablar de un asunto, nada más.

—¿Quiere que vaya ahora?

—Si te es posible, me gustaría. Te espero con unos amargos.

Dicho esto, taloneó el caballo. Y el cabo, que estaba distraído o filtrado por la fatiga, tuvo que picar espuelas para ponerse a la par. Una vez traspasado el portón de la caballeriza, Zamorano desmontó y le entregó las riendas a Lencina hijo.

—Por favor, hacete cargo de los pingos que yo estoy molido, igual que vos, con la diferencia que soy más viejo —los dos sonrieron—. Tirales unos baldazos de agua y hacelos beber de a poco. Después andate a descansar y mañana tomate el día de fiesta.

—Gracias, mi comisario; así se hará.

Antes de internarse en su despacho, Zamorano avisó al guardia Monges que en cuanto llegara Damián, lo condujera hasta él.

Con parsimonia, puso el agua a calentar apoyando la pava sobre una pequeña parrilla y a corta distancia de los leños encendidos del hogar, que recomendaba que siempre fuera alimentado en su ausencia. A la espera de la ebullición, aprovechó para acomodar los papeles que fue sacando de la alforja. Después preparó el mate y se acomodó en su sillón a degustar los primeros verdes.

El muchacho demoraba más de la cuenta. Cuando se disponía a retirarse a sus aposentos, apareció flanqueado por el guardia.

—Creí que por hoy ya no vendrías —dijo Zamorano—. Pasá, sentate.

—Lo que pasó es que don Carbonell dijo estarme esperando y me hizo un encargo de almacén.

—¿De lo de Ruperto?

—No, él le compra a Tallarico.

—¡Ah, claro! ¡Con razón! Es mucho más lejos.

—Y sí.

—Bueno, Damián... ¡Pero te dije que te sentaras, muchacho! Mirá... ¿Cómo decirte?... primero, ¿cuántos años tenés?

—No sé —respondió Damián con naturalidad—. Pero don Emilio dice que tengo igual que el hijo del Peludo Orozco.

—Sí, pero ese chico murió —dijo el comisario pensativo mirando cada objeto que había sobre el escritorio, calculando—. A ver, el hijo del Peludo creo que tenía cuatro años menos que Fernando... así que vos tendrás

veinte. Más o menos, por ahí anda la cosa; veinte años.

—Si usted lo dice así será, señor.

Zamorano abandonó su asiento e inició una caminata por los espacios libres del despacho. Le vino a la memoria la figura cansada del coronel Senillosa y sonrió.

—Esperá un momento —dijo a Damián y salió casi corriendo—. Miño... —casi gritó desde el pasillo—. Miño, decime una cosa...

—Miño no está, mi comisario —dijo Monges.

—Perdón, ya sé que no está, quise decir Monges y con el apuro me salió Miño.

—¡Ah!

—Bueno, escuchame, Miño.

—Diga, mi comisario —dijo Monges resignado a ser Miño.

—Hilario, ¿dónde está Hilario?

—En el calabozo... ¡Si es que no se escapó!

—¡No haga chistes tontos, Miñ... digo Monges! ¡Sáquelo de ahí!

—Pero debe estar durmiendo ya.

—¡Sáquelo ya mismo, le ordeno!

—¿Y se lo traigo acá?

—¡No, lo suelta en el techo a ver si vuela! ¡Claro hombre! Lo deja en libertad. ¡Ah, una cosa! ¿Comió?

—Sí, mi mujer se mandó un arroz con pollo que no vea, tres platos me...

—¡No pregunto por usted, que ya ni cabe en el uniforme! Hablo de Hilario.

—Perdón, pensé que... no, no quiso, pero me informaron que a la tarde tomó mate cocido con bizcochos que le trajo la señorita Susana.

—Bueno, como sea, lo suelta y antes que se vaya, dígame a Monges que le de dinero de la caja chica para que se pague una buena cena en la posada.

—Perdón, mi comisario, pero le aclaro dos cositas: Monges soy yo y no me voy hasta mañana...

—Eso ya lo sé... ¿Quién se va ahora?

—Balmoral.

—Bueno, el que sea, Balmoral, dele la instrucción.

—A la orden, mi comisario... pero quería decirle algo más.

—Está bien, Miño, pero rapidito que estoy ocupado con algo

importante.

Monges casi se larga a reír. ¿Qué importante podría ser una reunión con Damián? ¿Y esta repentina preocupación por Hilario, otro paria? ¿Le estarían afectando la cabeza los madrugones y las largas cabalgatas, al punto de no identificar a su personal de siempre?

—Digo, ¿darle plata a Hilario? ¡otra que cena! ¡se la gasta en alcohol!

—No importa, Monges, cumpla la orden.

—Así se hará, mi comisario.

—¡Ese hombre tiene más gloria que todo este puto pueblo junto! — quedó diciendo Zamorano con los puños apretados.

De vuelta en el despacho, pidió perdón por la demora.

—Mirá, Damián —decidió no dar rodeos ya que nunca había sido su estilo—. ¿Querés trabajar conmigo? Digo, acá, con nosotros.

—¿De milico? ¿Yo, de milico?

—Sí, vos —afirmó el comisario, aliviado, como si hacerle esta proposición a Damián, a un verdadero paria, hubiese sido una encomienda demasiado pesada para un hombre de su seriedad e investidura.

Damián pareció sorprendido en un primer momento, pero en poco rato se desdibujó toda huella de asombro en su rostro. Se le veía tranquilo y hasta por momentos sonriente. Pero como no emitiera palabra, el comisario decidió seguir explicando en detalle la proposición.

—Mirá, te daríamos el uniforme, el sable, el fusil, un revólver como este —y desenfundando le mostró el arma—, recién llegado al país desde Estados Unidos; pero ojo, hay que aprender a usarlo...seis balas, once milímetros, Colt modelo 1864, recién salido del horno —Zamorano sonrió como para sacar a Damián de la actitud inmutable sin lograrlo, por lo tanto prosiguió—. Te podemos enseñar el uso de todo. Recibirías una paga mensual que te permitiría comer bien, comprarte ropa y calzado de civil porque nadie se pasa toda la vida uniformado; también jabón de olor, agua florida, no hacer más de mandadero, cortarte el pelo en lo de Anselmo y hasta te podrías hacer reparar el rancho... —ante el silencio del muchacho, se supo algo tenso—. También te damos un caballo que, si bien es propiedad del estado, estaría a tu cargo y lo podrías usar en tu día franco... podrás comprarte catre nuevo, sábanas, frazadas —por eso hablaba sin parar—. Yo sé que Solmi no te deja comer adentro, bueno, a partir que seas un militar de la nación, ese tano bellaco va a tener que atenderte como al mejor del pueblo... creo que hasta ni

te querría cobrar... pero yo aconsejo a mi gente que siempre pague, cosa que si algún día tienen que proceder nadie diga que se le deben favores— sentía como que estaba vendiendo algo, que rogaba, quería convencer—. El hecho que seas analfabeto no es problema... yo podría hacer que recibieras un curso acelerado. Lencina padre aprendió ya uniformado; Miño todavía está estudiando... la señorita Susana Clark, la que está enfrente de la botica es la que hace el milagro; dos horas por día de lunes a viernes... ¡En tres meses lees hasta la Biblia!... después, si quisieras, hasta inglés te puedo enseñar... ¡Ah, muy importante! Trabajarías teniendo de compañero a Insaurralde. Él te aprecia mucho y yo sé que vos también a él.

Al oír esto, Damián asintió con un movimiento de cabeza y sonrió.

—¿Comiste? —preguntó el comisario con la boca reseca.

—No.

—Entonces vení a cenar conmigo. Antes te podés asear. Pegate un buen baño y después cenamos. Creo que Mercedes hizo un guiso carrero... ¡Sabés cómo lo prepara! También te voy a dar ropa limpia... y un poco de vino no vendría nada mal, ¿no?

Damián seguía como monje meditando en el templo.

—Sabés que yo después de comer siempre tomo un té de yuyos. Hace muy bien. Vos también tendrías que tomarlo; favorece la digestión y se duerme más tranquilo. Y hablando de dormir, ya que estás te podés quedar esta noche, si querés, digo, así no pateás hasta tu rancho que se va a hacer tarde. Acá al lado tengo un cuarto con catre que a veces uso para dormir un rato a la tarde. ¡Sabés qué siestas me dormía antes que empezara la guerra! Después se fue todo al carajo, pero bueno; ya pasará... pero haceme caso, quedate y si querés mañana seguimos conversando... ahora vamos para casa, vení.

Damián deglutió un plato hondo que le sirvió Mercedes y un segundo, que le emparvó Zamorano sin consultarlo. El matrimonio lo contemplaba con placer y ternura, viéndolo vestido con el uniforme completo de guardia de seguridad. La gorra reposaba sobre la parte baja de un aparador próximo. Tenía al descubierto su cabello rubio blanquecino, todavía húmedo, que al ir secándose y tomando volumen, daba paso a la aparición de un brillo llamativo anulado por años.

A la mañana siguiente lo despertó la inconfundible voz de Insaurralde, quien al verlo con el uniforme puesto hizo una risueña exclamación.

—Parece que te gustó el uniforme, Damiancito. ¡No te lo sacaste ni

para dormir!

—Me dormí sin darme cuenta —contestó Damián sonriendo, incorporándose lento hasta quedar sentado en el catre, restregándose los ojos.

A medida que se restauraban en la cocina del destacamento con mate, galleta y churrasco, el sargento primero, comenzó a instruirlo sobre reglamentos elementales, saludos y conductas protocolares. Ya no debía decir el grado de sus superiores a secas, como los civiles; ahora debía agregarle el pronombre posesivo “*Mi*”.

También debía aprender a distinguir los grados militares por ginetas, tiras, barras, galones, estrellas. Y aprender y utilizar con certeza términos como: “*procedimiento*”, “*ejecución*”, “*sumario*”, “*confiscación*”, “*allanamiento*”, “*parte*”, “*circular*”, “*bando*”, “*centinela*”, “*imaginaria*”, “*comisión de servicio*”, “*requisa*”, “*moderno*”, “*partida*”, “*patrulla*”, “*pelotón*”, “*batería*”, “*rancho*”, “*intendencia*”, “*caballería*”, “*infantería*”, “*artillería*”, “*piquete*”, “*reconocimiento*”, “*batida*”, “*incursión*”, “*escaramuza*”, “*regimiento*”, “*brigada*”, “*división*”.

—De a poco, Damiancito —aconsejaba Insaurralde—, de a poquito. Y cuando te quieras acordar ya vas a ser un guardia hecho y derecho. Y con el tiempo llegan los ascensos. Ya verás que no te equivocaste en la elección.

“¡No te puedo creer! ¡Con lo hermoso que sos!”

Hacía tres meses que Damián Zarebski, designado un mes después de ser incorporado, era el encargado de entregar las cartas a los deudos de los caídos en la lucha. Tras varios anuncios fallidos de finalización, la guerra continuaba por la selva chaqueña y en territorio paraguayo; invadido en gran parte por los imperiales de Brasil.

Una vez a la semana, como mínimo, galopaba hasta San Nicolás de los Arroyos en comisión de servicio, llevando y trayendo documentación oficial y, a veces, algunos objetos livianos y pequeños como algún medicamento de urgencia, para casos en los que no se podía aguardar hasta las llegadas de las carretas o el paso de las diligencias. El resto del tiempo lo empleaba en cumplir sus turnos de guardia en el destacamento, hacer algunas rondas de rutina y seguir su curso escolar acelerado con la señorita Susana Clark.

Su rancho había quedado impecable, como en tiempos que vivía su madre. Lo había refaccionado y pintado Jacobo Abecasis, el mejor constructor del pueblo. En momentos de descanso o informales, aceptaba las invitaciones de Mercedes a tomar unos mates y si coincidía con Zamorano, practicaba el idioma inglés.

Y llegó el día en que la señorita Clark le comunicó que estaba llegando al final del curso. Restaba una prueba final y, de aprobarla, le entregaría el certificado, que una vez refrendado por el jefe comunal le daría por aprobado oficialmente el ciclo primario. Convinieron para un jueves por la tarde porque el viernes Damián emprendería rumbo a San Nicolás.

Susana Clark, nacida en Buenos Aires, había llegado a la zona hacía muchos años, como novia comprometida de Eduardo, un sobrino de William Hunter. Él le hizo construir una casa en La Cascada que utilizarían para veraneo, puso una empleada doméstica a su servicio y con el tiempo le sugirió que se alojara por alguna temporada hasta que redondeara algunos negocios en la capital. Dos veces al mes venía a visitarla y la colmaba de regalos.

Así pasó una década, pero de la prometida boda ya no hablaba. Por trascendidos se supo que *míster* Hunter le solicitó a su sobrino que no se presentara más en su establecimiento. Una forma muy inglesa de echarlo a la mierda. El viejo terrateniente estaba harto de darle dinero, pagarle su vida de

lujo en Buenos Aires, su capricho en La Cascada y oír por años sus pretextos y mentiras para eludir trabajar. Lo mantenía porque había hecho una promesa a su hermana pequeña, afectada por un mal incurable, que velaría por su hijo. Pero Eduardo, vago y fabulador, había colmado la paciencia de su tío.

Así fue que Susana decidió quedarse en el pueblo, donde a fuerza de obligada espera se había habituado. Y comenzó a ejercer su antigua profesión de educadora. Y le empezó a ir bien. A la espera de la construcción de una escuela, logró licencia del Ministerio de Educación provincial para ejercer la docencia y otorgar diplomas. Utilizaba un programa acelerado para adultos porque el índice de analfabetismo era alto y otro convencional para niños en edad escolar.

Puntual como de costumbre, Damián se presentó para el examen final. Estaba vestido de civil porque era su día de franco. La maestra estaba como para ir de fiesta. Era rubia, casi pelirroja, alta, de figura esbelta y formas armoniosas. Completaban su atractivo los modales pausados, imprescindibles para toda acción didáctica, y su permanente sonrisa.

Damián siempre la había mirado con ojos de alumno, aunque es bastante frecuente que los niños se enamoren de sus maestras. Y algunos no tan niños, también. Pero viéndola maquillada, vestida de manera sugerente y seductora, acusó el impacto. Aun así, mantuvo su actitud de siempre: respetuosa, al borde de la timidez.

—Te confieso, Damián, que más allá del resultado de la prueba, sos el alumno más aplicado que he tenido en todos mis años de docencia.

—¿No me diga? —sonrió Damián—. Me cuesta creerlo.

—Debes creerlo. Llegaste aquí sin saber absolutamente nada y en solo tres meses tenés perfectamente asimilado todo el ciclo primario.

—Gracias. No sé qué otra cosa decir —Damián permaneció unos instantes callado para luego seguir hablando con una amplia sonrisa—. Bueno, podría parafrasear a Jesús cuando después de oír que Poncio Pilatos lo llama rey, él responde “Eres tú quien lo dice”.

—¡Qué maravilla, Damián! —exclamó Susana plena de regocijo—. ¡Cómo asimilas y retienes todo! Si te lo propones, tu formación cultural y educativa seguirá en aumento, te lo aseguro.

El examen primero sería oral y después escrito.

—¿En qué continente están situados los Montes Cárpatos? Y también nombra dos países por los que atraviese.

—Están situados en el continente europeo —la voz de Damián sonaba segura—, entre la parte este y central. En cuanto a países, hay varios que integran el Imperio Austríaco: Polonia, Serbia...

—Suficiente, Damián. En la prueba escrita hay ejercicios, pero ahora, de forma oral, ¿Podrías definir que es Álgebra?

—Pertenece a matemáticas. Es una extensión de la aritmética... combina elementos, números, cantidades, acorde a ciertas reglas. Además hay símbolos, usualmente letras para representar variables y coeficientes. Usted sabe que todavía la estoy practicando.

—Lo sé, Damián. La pregunta está bien contestada —dijo la maestra y volvió a la carga. —¿Quién fue el último virrey del Virreinato del Río de la Plata y cómo se llamó el gobierno que lo reemplazó?

—Baltasar Hidalgo de Cisneros. Primera Junta.

El cuestionario oral siguió con algunas preguntas más y pasó al escrito. Pasadas dos horas finalizó el examen, que Susana corrigió en pocos minutos. Ya era de noche. La calificación era la más alta. Era prodigiosa la aplicación que había puesto Damián en tan poco tiempo. Su certificado de haber cursado la enseñanza primaria estaría para la semana siguiente.

¿Seguiría estudios superiores? Pero para llevar adelante un plan de esta naturaleza debía abandonar La Cascada. ¿Y qué podía significar un pueblo en las decisiones íntimas de un ser? Pero, ¿qué rumbo quería darle a su vida? Y este presente, ¿cómo pintaba y qué connotaciones vislumbraba? ¿Sería conveniente olvidar el traumático pasado o repararlo con acciones y elementos del presente? ¿No le debía la vida, el destino o la existencia misma, algún saldo a su favor?

Si bien entendía que el sufrimiento se instala en un momento predeterminado y desaparece en uno indeterminado, sin que se le pueda echar mano para quitarlo o trastocarlo; dejando después de su partida un sufrimiento adicional ocasionado por su impunidad; el hecho de aniquilar esa impunidad, ¿no brindaría un alivio o aproximación a la felicidad la acción de quitar ese sufrimiento que llega de continuo de la mano de la remembranza?

Todos estos interrogantes asaltaban a Damián mientras Susana Clark galopaba sobre él, indómita y desnuda sobre su propio atavismo. Palpaba esos muslos tersos con manos ávidas e insaciables. Por momentos, su boca se pegaba a la suya en una resbaladiza lidia de lenguas. Su vagina ardiente como una boca más, devoraba y expulsaba su pene erecto, entre rumores suaves y

perceptibles de gemidos como súplicas y el roce de las pieles, como fricción de sedas.

Ella rondaría los cincuenta años. Pero en ese tiempo entre paréntesis, parecía una niña exuberante de precoz desarrollo, con mohines tímidos que el desenfreno no erradicaba. Él tenía veinte años y duplicaba esa edad por contextura y proceder.

Era su debut en el sexo, pero su desempeño semejaba al de un hombre experimentado. Dejaba hacer y tomaba protagonismo cuando su intuición señalaba el momento. Este dominio le sonaba a cálculo y cálculo a frialdad. A máquina, que puede modelar piezas perfectas como las de su Colt, otra máquina, pero que siempre será eso, nunca un ser que ríe, llora, habla y muere, por la razón de estar vivo y sentir. No como una máquina que ejecuta con perfección, muda e insondable, misteriosa y lejana como Dios.

Ahora se encontraba detrás de la señorita Susana, penetrándola en una forma innovadora sugerida por ella, oyéndole reclamar entre gemidos una nueva descarga de semen, con la cabeza incrustada en la almohada, frenada por el artístico espaldar. Y su columna arqueándose hacia arriba, como una gata en celo. Ondulante como un trigal en crecimiento que peina un viento divertido que sopla, para para reír y vuelve al juego. Como una ola que mata su ímpetu la playa y otra la sustituye y el juego nunca acaba porque el mar es eterno.

Y a causa de tantos incitantes ruegos y el prodigio ancestral de la fricción, el semen brota furioso como torrente de deshielos en un cauce vacío. Y va a emulsionarse en lo recóndito del deseo. Entonces Damián piensa que en honor a toda esta belleza en que está sumergido y tantas otras que la vida le puede deparar, debe erradicar esa porción de sufrimiento que arrastra consigo una permanente e involuntaria evocación.

“Es menester darle sentido al esfuerzo”, se dice; “Honrar el tesón”, se consigna; “Quitar las máculas que ajan la belleza”, se propone y convence.

Corregido el examen y con Damián dispuesto a marcharse, la señorita Susana lo detuvo.

—¡Ah no, Damián! ¡Esto hay que festejarlo! Quiero que te quedes a cenar conmigo.

—¿Le parece?

—Sí, me parece... a no ser que tengas algún compromiso.

—No, ninguno —respondió Damián—. Por mí, encantado.

—Yo también estoy encantada.

—Pasa que no me gusta incomodar.

—De ninguna manera. Vamos al comedor.

La mesa estaba puesta para dos. Un bouquet de flores en el centro. Una vela que Susana encendió presurosa. Viendo esto, Damián recordó cuando concurría con su madre a la misa dominical. Miraba el altar y llamaba su atención que estuviera todo dispuesto de antemano: el vino, el cáliz, las hostias. Frente a esta mesa experimentaba la misma curiosidad. ¿La maestra había preparado de antemano esta misa? Era evidente que sí.

Durante la cena fueron hablando de distintos temas. Sobre su ingreso y tareas en el destacamento, sobre la guerra lejana, sobre la madre de Susana de setenta y cinco años, residente en Buenos Aires y su permanente deseo de regresar definitivamente a Inglaterra.

Finalizada la comida, Damián pidió permiso para ir al baño. Al volver, Susana estaba de pie, cerca de la puerta y se acercó para tocarle la tela de la camisa, mientras decía que ese tono azulado le sentaba de maravillas.

—Sí, no está mal —aceptó Damián, aspirando el perfume de su maestra al tenerla tan próxima—. La compré en San Nicolás.

Cuando dejó de acariciar la tela, le tomó las manos. Lo miró con intensidad y el devolvió la actitud, planteando un duelo de miradas azules. Después se abrazaron al mismo tiempo y con la misma potencia. Se besaron durante varios minutos con breves intervalos para contemplarse. Finalmente, ella lo condujo a su habitación.

Se desnudaron con prisa contenida. Una vez en la cama, desataron una furia inusitada, con breves períodos de calma. Lo demás fue todo belleza.

Cuando la madrugada comenzaba a perder apogeo, Damián anunció que debía marcharse.

—Qué pena —exclamó Susana, pero su tono era feliz—. Solo quiero decirte algo antes que te vayas.

—Sí, te escucho.

—Primero: No creas que hago esto con cada alumno que se recibe —dijo sonriendo y Damián se sumó.

—Segundo: Hacia veintiún años que no hacía el amor. ¿Me crees? Que no tenía sexo.

—Sí, te creo.

—Me acostaba con mi novio Eduardo Hunter, hasta que me abandonó.

Estábamos comprometidos. Supongo que conocerás la historia, ¿no?

—Algo, de oídas. Imagínate que yo no había nacido. Un año después aparecí en la toldería.

—¡Oh, pobrecito mi sol! —enternecida y apenada, Susana le acarició el cabello—. Quiero preguntarte algo muy personal, ¿puedo?

—Sí, adelante.

—¿Con cuántas mujeres, además de mí, te has acostado?

—Con ninguna.

—¡No te puedo creer! ¡Con lo hermoso que sos!

—Es verdad. Desde los seis o siete años en que aprendí ¡yo solo, eh!, hasta ayer, he vivido haciéndome la paja.

—¡Oh!

—¿Hay una mejor manera de decirlo?

—Masturbándote.

—Gracias. Solamente me he masturbado. ¿Ahora lo crees?

—Sí, te creo; tu sinceridad es apabullante. De todas maneras, yo también hago lo mismo: me masturbo. ¡No sé de qué me asombro!

Se rieron de buena gana y tras un breve silencio, Susana retomó la palabra.

—Me costó creerte porque lo haces como un hombre experimentado. Muchísimo mejor que mi ex novio, que se acostó con cuanta puta había en Buenos Aires; de las que cobran, de las que lo hacen gratis e incluso de las que pagan. Un verdadero crápula promiscuo que me engañó durante mucho tiempo, hasta que fui descubriendo su verdadera personalidad.

—¿No lo volviste a ver?

—No, por suerte. Además, en mis viajes a la capital solo voy para estar con mi madre y visitar algunos pocos parientes cercanos. Pero quería decirte una tercera cosa. Salgo por un momento y vuelvo enseguida, ¿sí?

—*Yes, teacher* —Damián sonrió mientras terminaba de vestirse.

Al volver, Susana escuchó que Damián cantaba. Se detuvo a oír. Su voz era agradable y quejumbrosa:

*“Porque los niños retienen,
muy adentro de sus sienas
toda maldad que hayan hecho
los adultos, que en sus pechos*

tienen fríos corazones.”

—¿Qué es eso que cantabas?

—¡Ah! Una milonga.

—¡Qué triste!

Damián nada contestó.

Muchas décadas después, en un lóbrego hospital brasileño de Rio Grande do Sul, un anciano moribundo decía en su agónico delirio “¡José Monterroso! *Un gringo grandote ¡Qué payador si los hubo!*”

—Bueno, decime lo que falta Susana, que ya me tengo que ir.

—Que no quiero que te tomes en serio esto que ha pasado. Esto se dio así y que así quede. No es que no me gustes, todo lo contrario, me deslumbras; pero la verdad es que puedo ser tu madre; con buena voluntad hasta tu abuela. Tienes un futuro por delante que puede ser muy venturoso y yo no quiero entorpecerlo en lo más mínimo. No sé si he sido clara.

—Como agua de manantial.

—No sé si debo decir algo más, Damián. Me duele el alma, pero creo que es lo más atinado.

—Te comprendo. Y quiero que sepas que te quiero, que siempre estaré a tu servicio para lo que necesites... y que me has cambiado la vida.

Salieron de la habitación buscando la salida. Antes de abrir la puerta se abrazaron.

—¡Cómo te quiero, Damián Zarebski! —la voz de Susana la entrecortaba el llanto.

Caminó evitando hacer ruido mientras atravesó el pequeño jardín. Los perros que duermen afuera siempre están alertas. “¿Será porque no pueden dormir?”. Él sabía lo que era una vida de perro.

Una vez en la calle, caminó hacia el destacamento. Le esperaba un día muy duro.

*“Porque los niños retienen
muy adentro de sus sienas...”*

“Muchos perros abandonados, contemporáneos a Damián, habían solucionado sus problemas de inmediato.”

Hacía más de tres meses mucho más, que Damián era el encargado de entregar las luctuosas cartas. Sin embargo, los pobladores de La Cascada en su mayoría no podían asimilar el nombramiento ni disipar su asombro.

Cierto era que Damián efectuaba sus tareas con una solvencia cada vez más notable. Que su humilde afabilidad no había sido desplazada ni por una pizca de soberbia. Ahora, su esmerada pulcritud había dejado al descubierto a un joven sumamente agraciado y de probada inteligencia.

Pero todo esto no bastaba como para poner las cosas en claro con respecto al muchacho. Olvidaban que desde los diez años se había criado solo y, no obstante tener un techo, su vida había sido similar a la de los chicos de la calle de las grandes ciudades, ya que en los pueblos, aún entre el vecindario más pobre, no había personas viviendo en las calles; mucho menos criaturas.

Entre la gran mayoría de la población anidaba fresca la imagen de un humanoide mendicante, desgredado, insólitamente desatendido de forma masiva, ignorado hasta por aquellas personas que su necesidad de chismes disfrazados de información, las hace estar al tanto de lo que pasa en todas partes.

Resultaba inadmisibile tanto para el comisario como para Insaurrealde, en un análisis que se plantearon con posterioridad, cómo tantas personas de un pueblo todavía pequeño no se preguntaran sobre la suerte que correría este chico después de la muerte de su madre, que había convulsionado bastante a los lugareños a falta de grandes novedades.

¿Cómo nadie se había preguntado “¿Qué va a comer ahora esta criatura?” o “¿Cómo va a vivir solo un chico de diez años?”

Tiempo después razonaría Zamorano: “Ni a mí, ni al delegado municipal, ni al cura, siempre enfrascado en su inútil misal, ni a ningún cretino lleno de plata de este pueblo desvergonzado, se nos ocurrió pensar en qué podíamos hacer para socorrer a este muchacho.”

“Tampoco a mi mujer ni a mí, cuando a veces venía a casa, se bañaba, comía, le dábamos algo para que se llevara y lo dejábamos ir sin pensar que

solo tenía once o doce años... y quedábamos pensando que habíamos hecho un bien y en realidad no habíamos hecho un carajo, porque no teníamos ni noción del drama que estaba ante nuestros ojos y nunca nos dio la cabeza para verlo”, reflexionaba mucho tiempo después el sargento Insaurrealde.

Una misantropía colectiva parecía haber obnubilado a la gente de La Cascada en relación con la persona de Damián. Sería que el pueblo por ser nuevo carecía de experiencia con respecto al tratamiento que se le debía dispensar a los guachos, los abandonados, los huérfanos que con el tiempo aparecen en todo lugar.

Y este retoño accidental de la bella y desgraciada niña Amanda Zarebski había sido el primero, el pionero, el abanderado de los parias de este pueblo mayoritariamente canalla.

Damián no había sido estoico ni valiente. Solo había logrado soportar las contingencias que se habían ido presentando. Salir indemne de sucesos imprevistos no reviste de méritos como con los desafíos. Zafar de hechos invaluable que asigna el azar es también un hecho del azar.

Muchos perros abandonados, contemporáneos a Damián, habían solucionado sus problemas de inmediato. Pero diez años después, las cosas habían cambiado. Los dioses hacedores de esta trocación inverosímil habían sido dos: Insaurrealde hilvanando un mal chiste, como casi todos los suyos, y Zamorano captando una revelación en esa tontería que pudiera ponerle fin a una angustia que lo estaba aniquilando. ¿La explicación del hecho? Tan misteriosa y sortílega como toda consecuencia nigromante.

En algunas de las cartas entregadas, Damián había sido objeto de insultos y repulsa por parte de los deudos, impotentes ante el dolor de la noticia. Entre esos reproches, sacaban a relucir la antigua posición social del mensajero, su condición de mestizo guacho, porque decirle huérfano o bastardo parecían términos elegantes en demasía para este representante de quienes habían mandado a la muerte a sus hijos.

Hasta de cobarde había sido tildado por un pomposo terrateniente. Calleja de la Torre le había reprochado por permanecer en el pueblo “mientras otros jóvenes de familias respetables están luchando y hasta dando la vida en el frente de batalla. Hasta el hijo de tu jefe fue reclutado y vos estás acá lo más campante, ¡bastardo de mierda!”

Ni los insultos ni los escupitajos en el rostro amedrentaban al recién ascendido, cabo Zarebski, cuando realizaba la ceremonia de informar con

bandera desplegada y la incorporación de un clarín, ejecutado por un guardia llegado desde la costera población de San Pedro llamado Demetrio Bravo.

Si bien las novedades eran cambiantes, en el pueblo no se registraban alteraciones como en convulsionadas décadas del pasado reciente. Pero era innegable que entre esa parsimonia visible había también una incertidumbre subyacente.

Pese a todo, para Damián su vida se iba volviendo estructurada y rutinaria; disciplinada. Y esto, que para muchos constituye un problema, para él eran virtudes que le daban sentido a su existencia. Descubría que el futuro no era más que el espacio que necesitaba para desarrollar lo mucho que venía aprendiendo, a partir de un trabajo estable y una base educativa.

Seguir obteniendo logros era también saldar algunos asuntos que persistían en ser vallas obstinadas, perturbadoras, para alcanzar el necesario equilibrio. Poco a poco, se haría imprescindible solucionar estas cuestiones. De la misma manera en que había ido obteniendo los bienes que atesoraba.

Así fueron pasando meses y variantes estacionales. El bienestar y los conocimientos se iban acumulando para el flamante cabo. A principios de 1869, en un caluroso atardecer, llegó Damián procedente de San Nicolás con la novedad que se estaba corriendo la voz entre la tropa del puerto que la guerra estaba a punto de finalizar, con el triunfo de las fuerzas aliadas. Que el ejército del Paraguay estaba diezmado, casi sin efectivos, y que luego de una formal rendición darían por acabado el conflicto. Por lo tanto, sería inminente el arribo progresivo del ejército argentino en remesas reducidas.

Ciertamente, estos dichos fueron corroborados por el comisario al darle lectura a un documento reservado, enviado por el capitán Celedonio Atocha Melville, sucesor del recientemente fallecido coronel Senillosa.

Zamorano solo compartió esta novedad con Insaurrealde y Damián, pidiéndoles reserva absoluta con el fin de evitar un reguero de preguntas a las que no podría darles respuestas concretas y, mucho menos, crear falsas expectativas.

Un mes después de esta novedad compartida en secreto, encontrándose Damián en el puerto de San Nicolás, un colega perteneciente a la prefectura le dijo que al día siguiente llegaría un barco procedente de Rosario, trayendo de regreso a ese puerto y al de Buenos Aires parte del personal militar destacado en los frentes de guerra. Entonces decidió quedarse en el cuartel por esa noche, aguardando para comprobar si al día siguiente llegaría alguno de los

tantos efectivos reclutados en La Cascada.

Luego de comer frugalmente un plato de guiso con legumbres en el comedor de tropa del cuartel, siendo muy pasada la tarde como para tomar a esta ingestión como una merienda tardía o una cena prematura, se retiró a descansar a las barracas dormitorio. Pero en vez de dormir temprano, hábito contraído de todo madrugador, se dedicó a limpiar concentrado y con dedicación todo su armamento.

Primero le tocó al fusil. Arma que cuando marchaba, colgaba la correa del hombro; y cuando iba de apuro o corría, la aseguraba introduciendo la cabeza y un brazo en su espacio, quedando la correa como una banda que surcaba al bias desde un hombro hasta la cintura. Para cabalgar, embutía el largo cañón en una funda sujeta a un costado de la montura. “¡Qué ganas tengo de hacerte tronar de verdad en algún momento!”, murmuró Damián como si el fusil tuviera entendimiento.

Siguió el reluciente revólver Colt. Quitadas las seis balas, lo recorrió con un paño de franela por el gusto de hacerlo, ya que todo estaba en perfecto estado de conservación. Después repasó el sable. Finalmente, el cuchillo de monte; un filoso engendro entre machete y facón preparado especialmente por Pololo Rodríguez, un gigantesco herrero artesanal de San Nicolás, primo del sargento Insaurralde.

Mientras realizaba esta tarea, atiborrado de placer, pensó en una frase que hacía poco había dicho Ruperto Neumann: “Cuando algo necesario desaparece, la propia necesidad hace aparecer algo que llene ese vacío”.

Se refería a que había un nuevo mandadero en La Cascada. Era un chico extremadamente delgado, de apariencia endeble pero resistente en el trabajo de manipular bultos. Lo llamaban El Guincho. Nadie sabía qué significaba ese apodo; solo Damián, pero se lo guardaba para sí. Su madre era portuguesa, viuda de un carrero criollo de la zona de Lobos, asaltado y lanceado por las orillas del Salado, por un malón de araucanos desprendido de las hordas que venían desde Chile para robar ganado.

Una vez a la semana, Damián se llegaba hasta el rancho pobre de la portuguesa y le dejaba una bolsa con alimentos. “*Obrigado, senhor*” repetía la mujer, “*Con todo esto casi duro toa a semana; Deus lo bendiga, muito obrigado*”, pero nunca preguntaba el porqué de este accionar.

En todo esto pensaba el cabo Zarebski, sin dejar de canturrear:

*“Porque los niños retienen
muy adentro de sus sienes
toda maldad que hayan hecho...”*

Bien entrada la noche, se tumbó en el camastro. Pero por causa de una bandada de extraños y despabilantes pensamientos, no pudo conciliar un sueño pleno. En múltiples escenarios y situaciones superpuestas dentro de una pesadilla comenzaron a aparecer imágenes de su madre sonriendo, gritando y emitiendo gemidos lastimeros como los de un animal herido de muerte. La respiración agitada y la frente como un manantial volcánico eran los complementos de las visiones cambiantes, que ahora la mostraban con los ojos desorbitados, dando alaridos como vástagos del horror; o en su lecho de muerte con los párpados entrecerrados, murmurando con sonidos desmayados.

Los lugares que veía eran calcos de sus primeras impresiones recién llegado a La Cascada. También aparecían imágenes de otros lares sospechados de conocerlos, presentidos, pero indeterminados en estos momentos de desbocada vorágine. Los ruidos eran una amalgama de voces humanas, relinchos equinos, feroces ladridos y truenos portadores de rayos, hijos altisonantes de quebradizos refucilos perfumados de pólvora.

Pasaban caballos desbocados como pretendiendo alcanzar la calma al final de carreras demenciales, gauchos y uniformados revoleando lanzas y sables, buscando el resquicio para asestar sus intenciones en impactos prodigados, perros con pavores del instinto, gimiendo al ver la irreparable marcha de su sangre y un segundo después, atacando con las feroces dentelladas que impone la urgencia del último hálito.

Y también rostros. Multifformes. Pálidos, blanquecinos, de cabelleras rubias, morenos, cobrizos, achinados, sonrientes y adustos, con pañuelos multicolores o plumas insertadas en matas de pelos hirsutos doblegados por vinchas desgredadas.

Las voces, profiriendo términos incomprensibles al superponerse, formaban un único sonido monocorde con reverberaciones cavernosas. Finalmente, impulsada por efecto de la luz, se abrió en la visión una calle interminable a la vista, donde una larga fila de personas avanzaba de uno en uno, al solo efecto de escupirle la cara a un individuo maniatado a una columna de madera que sostenía la punta del alero de una roñosa taberna.

Después de concretar esta ominosa tarea, se retiraban dando unos

pasos hacia atrás, se congelaban dos segundos para contemplar su obra salival y se alejaban regocijados dando cortos pasos rápidos, de baile o saltos en alto alzando los brazos emulando alas de aves planeando en medio de un vuelo. O también los elevaban como agradeciendo al cielo la concesión de una gracia, profiriendo risotadas o gritos de júbilo. Lo despertó el espanto cuando comprobó, viendo como un tercero, que el maniatado bañado en escupitajos, era él.

Impregnado en sudor, se levantó de la cama y fue hasta los lavatorios. Se higienizó lo mejor que pudo, porque por desgracia no tenía otra muda de ropa para cambiarse. Salió a la plaza de armas y aspiró varias veces, profundo, y reteniendo el aire que traía el alba, refrescante y perfumado por los sembradíos circundantes.

Faltaría una hora para que tocaran diana y se levantara la tropa y unas dos para que amaneciera. Pero no había inconveniente por su prematuro despertar; estaba bien descansado. Caminando despacio hacia el lado del río, se manifestó en su ánimo un regocijo de extraña procedencia; primero silbando bajito y después cantando con voz apenas audible:

*“...toda maldad que hayan hecho,
los adultos que en sus pechos
tienen fríos corazones”.*

VIII

“O’er the glad waters of the dark blue sea”

El barco atracó a media mañana. Se llamaba “Vespertino”. Damián permaneció a unos cincuenta metros de la rampa por donde comenzaron a bajar varias personas a tierra firme. El último fue uno que traían en camilla, que a cada rato se señalaba la pierna izquierda y no paraba de gesticular. Finalmente llegó un coche capotado del hospital zonal, lo subieron y se fueron.

En sus ansias internas, Damián anidaba la idea de poder reconocer a alguno de los desembarcados. Unos pocos, abajo, hacían de comité de bienvenida. Dos funcionarios de aduanas, dos marineros, dos militares y dos particulares. Dos, dos, dos, dos. No muy original. “La alternancia la doy yo”, pensó. “Soy uno. Y antes fui cero”, esbozando un amago de sonrisa que pronto se desdibujó cuando llegaron presurosas dos mujeres: una anciana y una joven con un niño en brazos.

Y en pocos minutos vio cristalizado su palpito. Entre los llegados individualizó a los hermanos Constantino y Aldo Solmi, hijos del propietario de la posada. Uno de ellos tenía un vendaje en la frente, sujeto con una vincha de lana roja.

Se encaminaron entre un grupo de diez o doce personas, rumbo a las oficinas de registro y administración. Antes de cumplirse media hora, salieron en compañía de un suboficial que los condujo hasta el cuartel. Siempre a la distancia, Damián vio que fueron directamente a las caballerizas, donde les suministraron dos caballos ensillados.

Los Solmi enfilaron por la calle principal, que partía en dos la planta urbana. El pueblo, en constante crecimiento, iba encaminado a convertirse en poco tiempo en ciudad. Las cabalgaduras, que habían arrancado al galope, fueron sofrenadas hasta el tranco mientras atravesaban el centro comercial. Era la hora en que empezaban a llegar los carruajes desde el campo y también en que los ciudadanos comenzaban a circular; unos hacia sus ocupaciones diarias y otros a comerciar en compras y ventas.

En poco rato llegaron hasta el camino que los conduciría a La Cascada, previo paso por el cruce que dejaba a un costado al Pergamino. Empalmada la senda, picaron espuelas hasta poner a los caballos en galope medio. Eran varias leguas, lo sabían, y había que ir dosificando las energías.

Desde la salida del puerto, Damián venía siguiendo a los hermanos y observando sus mismos tiempos y comportamientos. Por el centro se habían detenido a comprar frutas en un puesto de la puerta del mercado. Él también había hecho un alto hasta que reanudaron la marcha.

Dos cuadras más adelante, Aldo, el vendado, bajó del caballo para ir a mirar la vidriera de una tienda. Damián esperó hasta que volviera a montar y siguió tras ellos. Cuando él pasó por esa tienda sintió asombro y después rio en silencio. El escaparate solo mostraba ropa de mujer; vestidos y prendas de encaje. “Habrá pensado en algo para su madre o la guerra lo volvió maricón”.

A las dos horas de galope liviano, Damián picó espuelas y en pocos minutos hizo que se esfumaran los doscientos metros que los venían separando. De entrada, los hermanos se mostraron sorprendidos. No habían advertido la inesperada aparición, no obstante el prolongado seguimiento.

El galope tendido de un jinete por la retaguardia, por un momento, les instaló la sensación de lidia y embestida que tantas veces habían experimentado en escaramuzas por la selva. Ver que era un uniformado y lejos del conflicto los tranquilizó.

Con las cabalgaduras al paso volvieron las cabezas para saludar, un tanto intrigados porque el recién llegado no se ponía a la par ni los superaba. Uno de los hermanos preguntó, por decir algo, hacia dónde se dirigía. Era evidente que no lo habían reconocido. De haberlo hecho, hubieran pasado de la sorpresa a la risa y muy posiblemente a las chanzas.

Tantas y repetidas veces, especialmente Constantino, acostumbraban a hacerle zancadillas desde atrás, haciéndolo rodar cuando transportaba bultos grandes y tenía dificultada la visión. A los hermanos les resultaba doblemente divertido si entre los objetos había botellas o frascos que estallaban con la caída y paquetes que reventaban.

Era normal que las rodillas quedaran heridas, en ocasiones sangrara por la nariz y hasta se dislocara los brazos. En contadas veces, algún mayor que pasó efectuó alguna protesta, pero la mayoría no reaccionaba por desidia o por reconocer a los hijos del posadero. Y mucho menos viendo quién era el afectado.

Todo esto recordaba Damián mientras efectuaba un disparo de fusil a la cabeza de Aldo, que era a quien tenía más próximo, a no más de siete u ocho metros.

Cuando el caballo de Constantino se encabritó por el estruendo,

abalanzándose, de una bala de revólver que se incrustó en la cervical de quien lo montaba, se mantuvo paralizado unos instantes, con las dos patas delanteras en el aire. Una vez desplomado el jinete, inició una desenfrenada carrera a campo traviesa, ganado por el pánico.

Damián descendió de su montura y fue hasta ellos. Comprobó que ambos, aunque heridos de muerte, mantenían la lucidez. Se quitó el quepi y con tono claro y parsimonioso comenzó a hablarles.

—Soy Damián Zarebski, ¿me reconocen? —preguntó. Y al ver que casi al mismo tiempo los postrados arquearon las cejas como quien duda, cambió el tono como el de quien amablemente le reprocha a un amigo no darse cuenta de algo obvio—. ¡Soy Damián! El guacho, el mandadero ¡Vamos, hagan memoria! ¡El mestizo! Ese que un día azotaron entre todos y a la noche los Artigas se lo quisieron culiar... ¡Ese soy yo!

Dejó de hablar para tratar de poner los cuerpos más juntos. Una vez acomodados, y antes de proseguir, se paró apoyando los pies sobre el cuello de cada uno, incrustándoles los tacos en las gargantas.

—Ahora soy cabo de las fuerzas de seguridad de la nación... aprendí a leer y escribir; recibido con altas calificaciones... ¡Hasta me cogí a la maestra!... tengo el rancho impecable... ahora entro a la posada y el padre de ustedes me atiende con mucha cortesía ¡Creo que hasta me tiene miedo! ¡Qué basura de padre que les tocó, muchachos!... ¡Ah, estoy leyendo a Lord Byron! *“blue sea, our thoughts as boundless, and our souls as free”* ... *“O’er the glad waters of the dark”* ... Bellísimo... ¿Saben quién es?

Y siguió la plática, siempre en tono suave y amistoso, incluso hasta cuando hacía bastante rato que ya eran cadáveres.

Los arrastró hasta el río, distante veinte metros del camino. Era justo el lugar donde había un salto de agua de aproximadamente un metro de altura. Depositó los cuerpos donde el cauce era de poca profundidad y no llegaba a cubrirlos. Después orinó sobre sus rostros manipulando el miembro como para no dejar ningún resquicio a rellenar ni palmo a impregnar.

Antes de montar y proseguir rumbo a La Cascada, arrastró polvo con sus botas sobre las aureolas húmedas que había formado la sangre de los Solmi. En esos días, la tierra que parecía estar reclamando unos buenos chaparrones, absorbió con avidez el líquido derramado dejando solo partes coaguladas que el polvo terminó por sepultar.

Con las huellas disipadas prosiguió la cabalgata. Razonó sobre el poco

tiempo que había durado el suceso. Poco más de un cuarto de hora. “Me arruinaron la existencia varios años, pero estos dos no van a joder más a nadie”, pensó, y acto seguido y sin pensarlo comenzó a entonar lo que recordaba de la milonguita que hacía unos años le había dedicado el payador Monterroso.

Llegó al pueblo cuando anochecía. Mientras entregaba la alforja de correo al comisario explicó que el día anterior, sintiéndose descompuesto, había optado por quedarse una noche más en el cuartel.

—Dolor de estómago —alegó y agregó una pregunta—. ¿Necesita un informe, mi comisario?

—No, no hace falta —contestó Zamorano, reafirmando lo dicho con una gesticulación—. ¿Será algo que comiste? ¿O le diste al trago?

—Nooo... —negó Damián sonrojándose—. Yo bebo muy poco alcohol, mi comisario; y raras veces.

—Ya lo sé, Damián... es solo una broma, muchacho —el tono del comisario era paternal. Y agregó complacido—. No te imaginás lo contento que estoy con tus progresos en tan poco tiempo ¡Y pensar que te hice militar porque...!

Damián quedó a la espera de palabras que no llegaban. Y una desacostumbrada dosis de ansiedad comenzó a invadirlo.

—¿Por qué, mi comisario?

—¿Por qué? Mirá, algún día hablaremos sobre esto, m’hijo... otro día y con tiempo. ¡Pero tranquilo! ¡No es para que te incomodes! Lo importante es este presente tan bueno que estás viviendo. Andá nomás a descansar, muchacho; que bien merecido lo tenés.

Salió. Pero en vez de enfilear hacia su casa, hizo estación en la posada. Cerca de la entrada, acurrucado en un lugar donde él solía ponerse cuando niño, estaba El Guincho. El mandadero masticaba medio pan que le quedaba.

—Qué hacés, Guincho —saludó Damián.

El chico alzó una mano y siguió masticando.

—¿Comiste? —preguntó Damián.

El Guincho levantó la mano y mostró el resto de pan que le quedaba.

Damián metió la mano en un bolsillo y mientras extraía un puñado de monedas, murmuró:

—¡Pero será posible!

Y en voz alta agregó:

—Comprá algo para esta noche y decile a tu madre que mañana, a la hora que pueda, me llevo para llevarle algo.

Al verlo entrar, Solmi lo miró fijo, como sorprendido, y de inmediato le sonrió. Estaba sirviendo una mesa ocupada por varios carteros ruidosos y divertidos que comían y bebían como bestias. Siempre lo miraba así desde que había comenzado a vestir el uniforme. Damián prefería ni recordar las miradas anteriores, perderlas en la nebulosa de un pasado reciente.

Los cambios radicales sucedidos habían partido en dos la memoria, separada ahora por una grieta imposible de sortear. Conservaba vivas las cuentas a saldar que recompondrían su existencia de cara a un futuro que iba forjando a diario. Pero otras minucias estaban casi borradas, porque la razón tiene un límite de resistencia y va desechando lastre para no desaparecer. No recordaba con claridad las anteriores miradas del posadero y eso estaba bien. Aunque descontaba que serían de indiferencia, rabia, desprecio, burla, asco, según la ocasión; y a veces, con todas las sensaciones juntas.

Como norma innata, toda persona quiere recuperar lo perdido, quedar con las cuentas saldadas, cobrar lo que le adeudan. Algunos pueden llevarlo a cabo, otros no, pero la intención siempre está. Por un sentido limpio de justicia. Pero están los resentidos por diversos traumas que recurren por instinto a tener un objeto donde descargar su odio, sin razón ni fundamento. Y para Solmi desaparecido Damián como blanco fijo; ahí estaba El Guincho.

¿Puede un perro distinguir las distintas miradas que le dirige su amo? ¿Y un caballo? Para los gauchos es que sí. Sin embargo, la cara del animal no cambia. Algunos afirman que cambia la mirada, cosa difícil de probar. Pero hay signos en actitudes y movimientos que permiten deducir que poseen una buena memoria. Pampero era el caballo alazán de Insaurralde. Al solo grito de su nombre, venía relinchando alborozado al llamado de su dueño. En cambio, si era otra persona, podía gastarse todo el tiempo en nombrarlo que el animal no acudiría.

Para personas como Solmi y la mayoría de los adultos que se adjudican importancia por sus logros materiales, buscando solo réditos de usufructo, el Damián del pasado era menos que un perro.

Del otro lado de la grieta, sí, había recuerdos nítidos, claros, permanentes, marcados a fuego y más aún, de fuego permanente que no apagarían ni baldazos de agua ni lluvias torrenciales. Sin duda, comenzaron con la muerte de su madre y llegaban hasta su actualidad. Con una marcada

diferencia: la magia nigromante de reversión la había operado la investidura del uniforme que lo distinguía como representante de la ley. Ahí había pasado de la impotencia a la potencia.

Con suma calma de procederes, pidió un naranjín. El posadero depositó la bebida frente a él y allí se quedó, apoyado en el estaño que recubría las tablas del mostrador, mirando hacia la calle. Damián bebió un trago largo, carraspeó y se mandó otro más corto. El anochecer había refrescado el ambiente, pero sus vísceras seguían atesorando la resolana de la larga y movida jornada.

Al levantar la vista para fijarla horizontal, halló el rostro anguloso de Solmi. Su mirada era insólitamente triste. E hilando más fino y para rasgarse las vestiduras, también dulce.

—Damiancito —arrancó diciendo con voz cansada—, hace tiempo que quiero, quiero... no sé... pedirte perdón.

Damián tomó otro traguito y alzó la vista hacia las botellas de la estantería del fondo. Las etiquetas multicolores daban vida a lo que sin ellas sería un desolado panorama, soportado solo por los alcohólicos empedernidos a quienes todo le da igual, salvo el mortífero néctar que los sostiene enhiestos en la sordidez de sus grises existencias.

—Quisiera que me perdonaras porque sé que no te tratábamos bien.

“¡Ah! Mal de muchos, consuelo de... ¡hijos de puta!”

—Yo no te trataba muy bien...

“¿Entonces si no era “muy bien” querés decir que al menos era “bien?”

—Espero que puedas comprender... yo soy medio bruto...

“¿Medio?”

—Mis padres eran lombardos... demasiado rectos... nos criaron a palos. Nueve hermanos ¡Calculá! ¡Je! —sonrió apenas—. Por eso, como te decía... perdóname, uno no se da cuenta a veces de las equivocaciones.

“¡Ah, equivocaciones!”

—Quiero decir, de las cosas injustas que uno hace... sin querer.

“Lo que uno no quiere, no lo hace”

—Además, tengo dos hijos como vos... y están en la guerra, vos lo sabés, un poco mayores que vos, pero muchachos al fin... y tengo miedo como todo padre —Solmi lagrimeaba—. Y te miro a vos... ¡Tan lindo que te has puesto!

“*¡Ah, con que ahora maricón!*”

—Te miro y me acuerdo de mis muchachos... ¡Porque vos también podrías ser mi hijo!

“*¡Ni Dios permita!*”

—¿Me perdonás, Damiancito?

—Es tarde —dijo Damián en tono bajo, mirando hacia el exterior, entre dientes, como para sí mismo.

Pero Solmi oyó perfectamente. Las dos palabras habían sido dichas en un brevísimo e inexplicable lapso de silencio de la sonora mesa de los carreros que, entre un succulento estofado de ternera, pan casero y vino tinto, no paraban la jarana ni masticando.

Bajando la cabeza como quien acepta una evidencia sin réplica, el posadero comentó con tono resignado:

—Sí Damiancito, tenés razón; es tarde... pero aun así te pido que...

—¡Digo que se ha hecho tarde! Que ya oscureció —lo interrumpió Damián hablando de corrido con tonalidad áspera, encubriendo a medias una advertible agresividad.

—¡Ah, sí, sí, sí, sí! —apresurado reafirmó Solmi; pusilánime, turbado—. Se vino la noche, claro... hablando, ¿viste? —y era él solo quien había hablado.

—Cuánto le debo —preguntó Damián sin interrogación, con el habitual aplomo recobrado.

—Nada, Damiancito; estás invitado.

—¿Invitado por quién?

—Por mí.

—¡Faltaba más! —Damián vuelto a la rudeza tiró dos monedas sobre la barra, que por efecto del impacto quedaron bailando poco rato porque el metal receptor no era tan duro y tampoco estaría bien pegado a la base.

Ya en el exterior, la noche chocó contra su figura y se encargó de ocultar entre sus sombras la amplia sonrisa estampada en su cara.

“¿No era que mi madre ya no era cautiva?”

—Y fue alguien que conocí en la posta del cruce del Pergamino, el que me aseguró que en Rojas hay unos polacos con mi apellido o algo parecido.

—¿Y creés que pueden ser parientes tuyos? —preguntó Zamorano.

—No lo sé, mi comisario; pero me picó la curiosidad. Aunque no lo fueran, podría darse que por ser paisanos se conocieran con mis abuelos. O tuvieran algún dato del tío de mi madre que estuvo viviendo acá algún tiempo. No sé... usted dirá —concluyó Damián.

—A ver, ¿qué día es hoy? Mmm... bue... —el comisario consultaba un calendario—. ¡Ahá! Jueves. Bueno, andate a Rojas el sábado a primera hora, ¿está bien?

—Como usted lo ordene —aceptó Damián.

—Entonces hacé así; si no cuaja el dato, te volvés tranquilo y aquí no ha pasado nada. Y si cuadra que efectivamente son parientes o por paisanos te invitan, quedate y con que el lunes te presentés acá al toque de diana, es suficiente.

—Así lo haré, mi comisario —dijo Damián y se cuadró.

Cuando estaba atravesando el marco de la puerta, la voz de Zamorano lo detuvo.

—Una última cosita: ¿Quién es ese amigo de la posta que te dio el dato?

—Es un hombre mayor. Fue de la milicia de los fortines. Nació por la zona de la posta de Fontezuela.

—¿Fortinero? ¿Fontezuela dijiste? ¿Cómo se llama?

—El nombre no lo sé, pero todo el mundo lo conoce como don Zamorano.

—¿Cómo? ¿Así que el tío Remigio es conocido tuyo y no me dijiste nada?

—Es que no pensé que...

—¿Qué es lo que no pensaste? ¿Qué es lo que había que pensar? ¡Al final debe tener razón Insaurralde cuando dijo que no tenías sangre!

—¿El sargento dijo eso?

—¡No, lo digo yo! Quiero decir que lo dijo, pero ahora soy yo quien lo

dice, mejor dicho, lo repite y es lo mismo si dijo o dije —el comisario estaba como loco—. Lo dijo en broma, pero ahora soy yo quien lo piensa en serio.

—¡Ah, ya me parecía!

—¡Silencio, cabo! ¡Cierre la boca! Ahora dígame: ¿cuántos Zamorano conoce?

Damián, en posición de firme, se mantuvo en silencio.

—¿Por qué no contesta cabo?

—Porque usted me ordenó que cerrara la boca, mi comisario — Damián por dentro estaba divertido.

—Pero ahora le revoco la orden, pues. Dígame cuántos Zamorano conoce.

—Solo a usted y a su hijo. Y ahora a este señor.

—¿Entonces? —el comisario parecía haber recobrado un poco de calma—. Yo debería revocarle ese permiso, cabo —Damián estaba jocosos, aunque no lo demostrara, por el hecho que a causa del enojo lo tratara de usted —. Pero como su negligencia no afecta un asunto oficial y mi palabra vale, comprométase a que la próxima vez que vea al tío Remigio le dice que estoy acá y lo invita a venir. Si ve que ofrece resistencia, porque es terco como todo castellano, lo detiene y lo trae esposado.

—Pero es una persona mayor, mi comisario; para detenerlo tengo que acusarlo de algo —Damián a duras penas contenía la risa.

—¡Ese será su problema! ¡Písele un callo y cuando grite lo acusa de desacato! ¿Se compromete?

—Me comprometo, mi comisario. Así se hará —hizo la venia y mientras salía agregó:

—Pero no olvide que usted también tiene sangre castellana.

—Claro, y también andaluza.

—Es lo mismo.

—¿Cómo que es lo mismo? ¡Lea un poco de historia y geografía, quiere!

—No hace falta; tengo todo aprobado —y apuró el paso por dos motivos: para reír a gusto y “por si las moscas”.

El sábado a las cinco de la mañana partió Damián. Llevó al tranco a su cabalgadura hasta dejar atrás las últimas casas. A partir de ahí siguió al galope por el acceso hasta empalmar el camino real hacia Rojas. Llevaba dirección sur-oeste. Nueve leguas lo separaban de su destino. “Algún día las

distancias se medirán en kilómetros”, era el augurio de Susana Clark. “Una legua son cinco kilómetros, no lo olvides”.

—*¡Yes, my sweet teacher!* —gritó Damián al alba y emitió un corto alarido de júbilo.

Se sentía bien. Nadie lo oiría como para tomarlo por loco o borracho. Se había quitado el quepi y la brisa fresca, después de golpearle la cara, se deslizaba por su cabellera dándole una placentera sensación de suave inmersión en un plano de entera libertad.

Se sentía bastante bien. Las muertes de los hermanos Solmi no le pesaban. No tanto. Ver a esas dos personas lo había llenado de furia. Esos dos individuos, de probada maldad, habían ido con su saña más allá de comprensivas travesuras de niños.

Sí, se sentía bien por el momento y eso era lo que importaba.

—Sí. Con el cabo Remigio Zamorano fuimos compañeros por los pagos de Lobos. También con el cabo Savino, ese que ahora andan cantando varios payadores —don Juan Pilsudski era un afable octogenario nacido en Lublin, en el sureste de Polonia, llegado a la Argentina a los dieciséis años.

Vivía en el centro del pueblo de Rojas en una amplia casa que compartía con una de sus tres hijas, madre de tres hijas y su yerno, un gaucho afable que trabajaba como chasque de correo entre esa zona y Buenos Aires.

Dijo conocer de oídas el apellido Zarebski, saber que habían sido víctimas de un malón mapuche por la ribera del Salado, pero nada más.

Finalizada la mateada, Damián rehusó con cortesía la invitación de quedarse a comer y se despidió. Con el caballo descansado, salió del pueblo al paso hasta alcanzar de nuevo el camino real. En el trayecto se cruzó con dos militares que habían estado por dos años en el frente de guerra. Contaron que de regreso a Buenos Aires y una vez recuperados de sus convalecencias, fueron enviados a Rojas para reforzar el orden y la seguridad y además ser una zona próxima a la frontera con la indiada.

Damián no tenía ningún interés en saber esas historias porque su pensamiento estaba ensimismado elaborando un plan. Pasado un cuarto de hora dijo estar en comisión de servicio y llevar bastante prisa.

—¡Claro, claro! Proceda nomás, cabo —se disculpó el sargento Ponce de León.

—Un gustazo conocerlo; cabo Valverde a sus órdenes y cuando guste ya sabe, venga a visitarnos —agregó Valverde. Cabo.

El mismo jueves en que el comisario Zamorano había dado permiso a Damián para hacer la travesía, este se había llegado hasta el domicilio de Jacinto Mirad.

—¿Acaso he cometido algún delito para que la policía venga por mí? —bromeó el anciano al verlo entrar a Damián acompañado por una de sus hijas.

—¿Cómo está, señor? —preguntó Damián, agregando—. Por lo que veo, muy bien.

—No creas en todo lo que ves. Yo conocí fantasmas que hasta se acostaban con la mujer del amigo.

—Otro fantasma.

—Naturalmente; y si no lo era, se volvía.

Después de las risas que siguieron provocando otros chascarrillos dichos por el viejo zorro de las pampas, Damián quiso saber todo y algo más sobre sus abuelos. Más que nada, recabarle información sobre los indios raptos de su madre, manteniéndola cautiva hasta el momento de su rescate.

El viejo Mirad habló bastante rato de variados temas, menos de la información solicitada. Finalmente, entre bostezos que insinuaban el final de la entrevista, miró a Damián a los ojos, fijo y sin pestañear. La dureza de su actitud pareció quitarle años y fragilidad.

—Prestá atención porque esto que te voy a decir no lo volveré a repetir, ¿estamos de acuerdo?

Damián asintió. Hasta la voz del viejo había cambiado. De repente, la habitación se había inundado de un halo extraño. Misterio y revelaciones se entrelazaban dibujando una danza macabra por el aire.

—Te vas de mi parte hasta la jefatura de Junín... pedí hablar con Adelaida, con “Y” griega. Adiós, muchacho.

Eran algo más de diez leguas lo que había que recorrer. Anohecía. A lo lejos divisó unas luces al costado del camino. La posada tenía algunos pasajeros que pasarían ahí la noche. Una diligencia había engranado una rueda y por fuerza debían aguardar hasta la tarde siguiente a que pasara otra. Recién ahí podrían informar del incidente para que vinieran a repararla.

De paso, si contaban con espacio, llevarían a los pasajeros con más urgencia. Los demás seguirían con puteadas y rezos. También cabía que pasara algún chasque mensajero, llevara el mensaje y el auxilio se adelantara. También cabía que algún herrero de una estancia cercana pudiera efectuar la

reparación. De todas maneras, había que esperar a que amaneciera.

Damián entró y todas las miradas fueron hacia él. Hasta las conversaciones se acallaron. Su saludo respetuoso y amable, por todos contestado, restituyó la normalidad en el ambiente. Pidió un cuarto para el solo y solicitó que le llevaran una bandeja con salame, queso fresco, pan con chimichurri, una jarra de limonada y café. A la mañana siguiente retomaría el rumbo, siempre al sur. A la frontera misma con la pampa salvaje.

Junín apenas superaba el medio centenar de casas. Parte de lo que había sido un fortín era la jefatura. Traspasado el patio que un anciano barría, entró a un cuarto amplio pintado a la cal, por dentro y por fuera.

Sentados detrás de una mesa alargada que oficiaba de escritorio, tres milicos tomaban mate en un cuenco de cuerno de toro, con agua vaporosa que surgía de una pava abollada, ennegrecida por el tizne, asentada sobre una pequeña parrilla cuadrada puesta sobre un brasero circular. Dialogaban con monosílabos graves y fumaban como haciendo un duelo de brasas.

Cuando preguntó por la Adelayda, los tres se esforzaron para contener la risa. Uno no pudo, pero paró a tiempo. Solo recuperaron la compostura cuando hizo mención que venía de parte de Jacinto Mirad.

—Muy bien, cabo; ahí lo tiene —dijo el que pareció ser el oficial de guardia—. Es el que está barriendo.

Un estupor de órdago se adueñó de Damián. Se acercó titubeando por la sorpresa. Mientras caminaba, se le alojó también la malicia al pensar que podrían estar haciéndole una broma. Él presuponía que sería una mujer, como su nombre lo indicaba. Y en último caso, no obstante el apelativo, alguien que no fuera un anciano con aspecto de pordiosero que barría el cuartel.

—Sí, en efecto, soy el teniente de brigada Juan Miguel Adelayda Valdemoros; para servirlo.

Le pidió un minuto para embolsar un montón de hojas secas que había reunido.

—Si no cualquier vientito las desparrama de nuevo y tengo que hacer doble trabajo. ¡Gumersindo! —gritó hacia la guardia—. Voy a tomar unos amargos con la visita —y sin esperar respuesta dijo a Damián:

—Venga, vamos a mi covacha.

El cuarto tenía mejor aspecto que su ocupante. También estaba recién blanqueado, ordenado y hasta con una pequeña biblioteca. Una vez comenzada la mateada, el teniente Adelayda comenzó con las lógicas averiguaciones.

Damián respondió a todas las preguntas sin tapujos.

—Antes que nada, quiero aclararle que yo fui degradado y encarcelado por el gobierno de Rosas. Por milagro me salvé de ser fusilado. Una vez derrocado, me restituyeron mi graduación y recibí disculpas oficiales. Pero para mí ya era tarde para todo. ¿Me va entendiendo, cabo?

—Perfectamente, señor.

—Me alegro. Todo este embrollo fue por una venta de fusiles que hicimos con mi amigo Jacinto a un capitanejo indio. Eran aliados nuestros y necesitaban armas para defenderse de los araucanos. Cruzaban desde Chile para robar hacienda vacuna, caballos y lo que encontraran. Todo fue bien explicado al estado mayor. Eran solo treinta fusiles y munición, pagados con cueros y pieles que se ocupó de vender Jacinto Mirad. Con el poco dinero que recibí de comisión compré provisiones y telas para mandar a hacer algo de ropa a las mujeres y los chicos de los fortineros, que ya de andrajos estaban pasando a la total desnudez.

La voz pausada y monocorde del anciano teniente no había perdido la firmeza característica de los hombres de mando. Austeridad y templanza surcaban el aire de ese ambiente; invisibles y poderosas como todas las virtudes genuinas. Después de todas estas aclaraciones que Damián no había demandado, el teniente mismo, como presintiendo las tensiones de ansiedad que estaría soportando el joven visitante, decidió ir al motivo central.

—Yo conocí a sus abuelos maternos y a su madre, cuando era muy niña. Y también a su abuelo paterno.

—¿Mi abuelo paterno?

—Sí, eso dije. Y a quien más traté fue a su padre.

—¿A mi padre? ¿Está seguro?

Damián pensó en el viejo Mirad. Sintió una enorme gratitud por haberle facilitado el dato que lo decidió a venir.

—Sí, cabo, le cuento. Cruzando el Salado hacia el poniente había una tribu de indios pampas, pertenecientes a la etnia tehuelche, habitantes desde siempre de estas tierras. Nunca se llevaron bien con los mapuches, venidos desde el otro lado de la cordillera de Los Andes. Prácticamente todos los pueblos tehuelches habían sido exterminados o sometidos y obligados a adaptarse a las costumbres de los invasores. El cacique tehuelche Santiago Yanquelén tenía arreglos con el gobierno para proteger a los colonos que se instalaban. Uno de ellos era su abuelo Zarebski... ¿Federico?

—Exacto. Frederic.

—Muy bien. Prosigo. El malón integrado por unos cien mapuches que cruzó el río esa fatídica noche en que asesinaron a sus abuelos y a la familia García, secuestró a su madre y a unas dos o tres chicas más. El que los comandaba era un capitanejo muy sanguinario llamado Pitrén. Enterado el cacique Yanquelén de esta incursión de sus enemigos, situación que lo dejaba malparado en su rol de aliado de Rosas, quiso, al menos, recuperar a las cautivas de las garras de estos bárbaros. Lo consultó con Francisco Calbulén, otro de sus caciques, y este decidió que mandaría a su hijo Juan Manuel al mando de un grupo de indios bien malevos a las tolдерías de estos ladrones, más allá del Tapalqué. ¿Me va siguiendo el hilo, cabo?

—Con suma atención, señor teniente de brigada.

—Acredito su palabra, pero si hubiera algo que se le enredara en este entripado, no dude en decírmelo que se lo aclararé al toque.

—Gracias, señor, pero hasta ahora funciona bastante bien mi entendederá.

—Me alegro; tiene usted todo para hacer una gran carrera, cabo. Yo a la gente la semblanteo de entrada. Veo en usted una buena base educativa, inteligencia, apostura... espero que nunca se le cruce una nube negra y le impida ver el cielo claro.

—Espero que no —y agregó hacia el costado y por lo bajo—, pero nunca se sabe.

—¡Ya lo creo! —exclamó el viejo—. Si no míreme a mí. Pero no me quejo tanto tampoco. Tengo un techo, cobro mi retiro y colaboro en el destacamento por mi voluntad. Es mi manera de hacer patria.

—¡Claro que sí! —reconoció Damián—. Asimilo su ejemplo, señor.

—Bueno, bueno... —suavizó el anciano—. Como le venía diciendo, Juan Manuel llegó a esa tolдерía y vio que le habían preparado una emboscada. Alguien de su propia tribu había alertado a Pitrén. Un traidor como los hay en todas partes; como García lo fue conmigo... ¡Pero esa es otra historia!

Llegados a la madrugada entraron en una encerrona y fueron lanceados y baleados por un grupo que los triplicaba. Así y todo, Juan Manuel pudo abrirse paso con unos diez de los treinta compañeros. Y en lugar de huir retrocediendo como marca la lógica, nadie supo porqué, enfiló hacia los toldos enemigos.

Los primeros rayos de sol iluminaron una cabellera rubia, que se asomó turbada por el estruendo del tropel que se acercaba. Y el capitanejo adolescente no dudó. Le ordenó a su caballo que no se moviera y a la carrera fue hasta el toldo, donde encontró temblando a la muchacha rubia. Para identificarse como amigo se le ocurrió decir en claro castellano “¡Viva la santa Federación!” y, llevándola de la mano, la subió a su grupa.

Siguieron escapando en sentido contrario, siempre hacia el sur. Al cabo de unas horas dieron un rodeo. Primero hacia el poniente y después hacia el norte. Tres días después llegaron a la tribu de Yanquelén. Exhaustos y desfallecientes, lamentando los compañeros muertos, pero al menos con una cautiva liberada. Era Amanda Zarebski.

Y en poco tiempo se enamoró de su salvador, Juan Manuel Calbulén, que era apenas un par de años mayor. Había recibido durante tres años una educación católica, impartida por el padre López Robledo, un cura misionero natural de Asturias, afincado en Rojas e itinerante por la zona.

—Con el tiempo, su abuelo se hubiera convertido en un importante estanciero.

—¿Ah sí? —Damián saltaba de un asombro a otro.

—Sí, señor —afirmó categórico Adelayda—. Por eso fue que el jefe Garcia, primero, y Corvalán después, presentaron los informes de reclamo al gobierno de Buenos Aires. También fue determinante cuando los hermanos de su abuelo y una monja que no recuerdo el nombre pudieron hablar con Manuelita, la hija del restaurador Rosas, y le rogaron por el rescate de su sobrina. Entonces el gobernador, harto de tantas denuncias de este tipo, decidió mandar al coronel Calvet al frente de una brigada.

—A ver, a ver —Damián pareció confuso e impacientado—. Perdone, teniente, pero ¿no era que mi madre ya no era una cautiva?

—Correcto; al ser rescatada y después casarse con Juan Manuel ya no lo era. Es más, estaban esperando la venia del gobierno para salir de la toldería y asentarse en algún pueblo de la provincia.

—Y entonces, ¿por qué la rescataron a mi madre como si fuera una cautiva más? ¿Nadie le explicó al coronel que mi padre la había rescatado?, ¿que con mi nacimiento ya éramos una familia?

—Eso hubiera sido lo correcto, pero creo que hubo temor; o quizá prudencia de parte de Santiago Yanquelén —razonó el anciano—. Creo —advirtió—. Supongo que habrá sugerido a su colega Calbulén que era

conveniente dejar ir a Amanda. Porque Nazareno Calvet venía con la misión de rescatar cautivas. Y era un hombre de jugarse la vida en el cumplimiento de una palabra dada; un verdadero militar.

—¿Y por qué cree que nos llevaron a La Cascada?

—Supongo que por la presunción que Iván Zarebski todavía vivía allá.

—¡Ah, claro! —Damián pareció caer en cuenta recordando un detalle olvidado—. Pero ya se había ido; nadie supo a dónde.

—Algunos lo sabían, pero prefirieron callar.

—¿No me diga? ¿Por qué?

—Por miedo a meterse en problemas —Adelayda demostraba tener cabales conocimientos de estos temas—. Su tío abuelo partió hacia Entre Ríos y se unió a las filas del ejército que preparaba Urquiza para atacar a Rosas.

—Pero, ¿cómo se explica esto? ¿Él no era partidario de Rosas?

—Sí, lo fue. Pero como muchos se fue hartando de ver tantas arbitrariedades y crímenes cometidos por el régimen y desertó.

—¿Y qué fue de él? —Damián ya estaba exhausto por el intempestivo aluvión de revelaciones.

—Un dato que me dieron fue que murió en la batalla de Caseros. Sabrá que fue una masacre, pero terminó con el gobierno de Rosas.

—Sí, lo sé.

—Si eso fue así, su familia habría quedado en Paraná; calculo, no lo sé.

—¿Y Juan Manuel, mi supuesto padre?

—Ningún supuesto; era su padre, cabo. De eso puede estar seguro.

—Bueno, de acuerdo —aceptó Damián—. ¿Dónde está?

—Tiempo después del rescate de las cautivas salió una madrugada de cacería. Iba solo. Como ya entrada la noche no volvía, al día siguiente, su padre en persona con una escolta de guerreros salió en su búsqueda. No demoraron mucho en encontrarlo. Un remolino de chimangos y buitres volando bajo y a la redonda les dieron la señal. Lo habían asesinado a puñaladas.

—¿Quién? ¿O quiénes? —la voz de Damián sonó sombría.

—Nunca se supo. Pero la desaparición de la tribu de tres tehuelches, sospechados de transar con los mapuches, hizo pensar al cacique Calbulén que esos traidores habrían matado a su hijo por encargo de Pitren, en venganza por rescatar a una cautiva de su propia toldería.

Salió del destacamento cargando el peso de infinidad de tribulaciones

del pasado, volcadas al presente. Pero reconfortado por recibir revelaciones sobre su origen y pasado. Esto siempre atempera el alma y como toda verdad, del tenor que sea, da templanza a la hora de razonar y decidir.

Adelayda se marcharía en cualquier momento de este mundo. Por causa de años y cicatrices. Pero personas como estas eran pilares fundamentales para sostener la continua lucha contra la natural maldad humana. Esa misma maldad que había procreado la existencia de ejércitos, policía, cárceles, estrados judiciales y vengadores anónimos.

Pero esa fuerza que enfrentaba a la maldad no siempre era lo opuesto; a veces era otro tipo de maldad, sostenida por un frágil e ilusorio sentido de justicia.

Al galope largo, su caballo estaba obligado a devorar distancias. Quedaba un largo camino por delante. Antes que la irrupción de la luz diera paso al alba debía presentarse a su guardia del lunes. Y la palabra empeñada hay que cumplirla, de lo contrario nada vale, nada sirve. Y hasta el sinsentido pierde su sentido.

“Quedate tranquilo, nunca voy a decirle a nadie que te vi”.

Dos semanas después de lo acontecido con los hermanos Solmi, el comisario comunicó a Damián que para el lunes siguiente se dispusiera a partir hacia el puerto, en una de sus ya rutinarias comisiones. Era viernes.

Oyendo esto, Damián aprovechó para solicitar poder partir ese mismo día “Para poder pasar el fin de semana en San Nicolás”, ya que el domingo le correspondía descanso: “mi día de fiesta.”

—¿Hay alguna chinita que te espera? ¿Eh? —la actitud de Zamorano era socarrona—. ¿Sí o sí?

Damián, turbado, recurrió a una tímida sonrisa, negando con movimientos de cabeza y por si no bastara, con el índice parado de una mano. Eso sí, sin pronunciar palabra.

Lo autorizó sin reparos. El muchacho rara vez pedía favores y los hacía todo el tiempo. Hasta sin que se lo pidieran y siempre bien. Además, estaban llegando pocas cartas de pésame, lo que dejaba entrever que había pocos decesos y hacía pensar que esta guerra que llevaba años, en cualquier momento podía finalizar con el triunfo aliado.

Un pariente porteño del doctor Vicente Peñalba, nonagenario médico retirado que según dichos de vecinos “duraría menos que cordero gordo en majada flaca”, regresando de la guerra, después de estar tres días en el hospital de San Nicolás hasta que le quitaran la sutura de una pierna, llegó a La Cascada en una berlina de alquiler.

Su intención era pasar parte de su convalecencia en casa de su tío político, a quien hacía mucho tiempo no veía. Este visitante comentó que había viajado en barco desde Rosario con dos combatientes que dijeron ser de La Cascada. “Uno tenía un vendaje en la cabeza” dijo, como si ese fuera un detalle fisonómico. Manifestó su deseo de ser llevado a saludarlos, pero no recordaba sus nombres. “Es que por esos días yo vivía dopado para calmar los dolores. Creo que eran hermanos... no sé; parecidos eran”.

Su tío y sus amigos quedaron desconcertados. Le aseguraron que hasta el momento nadie del pueblo había regresado. Y eso que los reclutados habían

sido varios.

“¡No puede ser!”, contaban que decía. “Yo estaba medio pelotudo, reconozco, pero fue un hecho que viajé con ellos. Bajamos juntos y al despedirnos me confirmaron que venían directo hacia acá. Hará unos quince días o un poco más. Eran dos gringos grandotes, medios rubios, de caras coloradas. A pesar del dolor que tenía igual me hacían reír... ¡Já! ¡Qué hijos de buena madre! ¡Se burlaban de todo y de todos, los muy guanacos!”.

El comisario Zamorano era el que les comentaba este trascendido al sargento Insaurralde, Lencina padre y a Damián.

—Es que la mayoría de estos vuelven medios chiflados —fue el razonamiento de Lencina viejo.

—Los únicos hermanos reclutados de este pueblo, que yo sepa, son los Solmi —planteó Zamorano—, y todavía no se sabe nada de ellos; a no ser de una carta que les mandaron a los padres hace como seis meses.

Damián partió con su alazán al trote corto. Era el momento en que el sol del mediodía iba aflojando de a poco el fuego a plomo y comenzaba lento el indetenible declive hasta su puesta. Llevaba reluciente todo lo que en su atuendo y apero estuviera en condiciones de brillar.

A las dos cuerdas, saliendo de la casa de la modista que nunca supo el nombre, no obstante haberle hecho tantas compras y recibido tantas buenas propinas, vio a Estelita Artigas.

Como ella detuviera el andar, él se acercó a la vereda y desmontó para saludarla. Ella no titubeó en abrazarlo y darle un largo y sonoro beso en la mejilla. Mientras hablaban de continuo, lo tomó de la mano. Era simpática y bellísima. “Un sueño”, pensó que diría su compañero Balmoral, y él lo suscribía; “Un sueño”.

Habló de sus planes de radicarse en Buenos Aires para estudiar Medicina.

—No hay mujeres en esa profesión y yo quiero romper esa tendencia machista; que no solo sea algo de hombres.

—Me parece muy bien —apoyó Damián.

—¿Te harías atender conmigo?

—Claro que sí.

—¿En serio? ¿Confiarías en mí?

—Totalmente.

—¿Pedirías tu traslado a Buenos Aires?

—¿Traslado?

—Sí.

—Bueno, no sé. Puede que sea complicado.

—Pero sería necesario. Quiero que nos sigamos viendo.

—¿Sí?

—Claro, tonto; hasta que nos casemos.

—¿Casarnos? ¡Me mataría tu familia!

—No me importa lo que piensen. ¿Te casarías conmigo?

—Ahora mismo si pudiera.

Con el ocaso pasado de oscuridad llegó al cuartel costero que bordeaba al Paraná. Después de presentarse y registrarse en comisión, solicitó ser admitido en residencia hasta el lunes siguiente. El teniente Gaitán no puso objeciones para autorizarlo. El muchacho era conocido y bien conceptuado.

Cenó con la poca tropa que se encontraba en la guarnición. La comida era un generoso puchero con carnes mixtas y gran variedad de verduras y legumbres, acompañado con fariña. Solo unos tragos aceptó de una bota de cuero que circulaba con vino de uva chinche de la zona. Queso cremoso y dulce de batata como postre redondearon su habitual y única ingesta diaria.

Por comentarios de compañeros de mesa, se anotició de un baile popular que recién estaría comenzando en una pista de las inmediaciones.

El lugar en cuestión era bastante amplio. Parte alero y parte patio. En la punta derecha del fondo, bajo techo, estaba el mostrador. Pidió a uno de los cantineros un vaso de ginebra y una jarrita de limonada.

Por ser temprano todavía había bastante concurrencia. A un costado, unos gauchos jóvenes comentaban en voz alta que el evento se pondría repleto cuando llegara la gente de La Blanquecina, una estancia costera con mucho personal, ubicada hacia el lado santafecino de la Villa Constitución.

—Entre paisanos y chinas acostumbran a ser como cuarenta —aseguró uno de ellos.

—¡Ojalá fueran todas chinas! —dijo un bajito de voz chillona.

—Y si así fuera —terció el que parecía ser el más maduro de la rueda—. ¿Cómo pensás responder, cortito?

El estallido de risas fue unánime, incluido el propio blanco de la broma.

Terminado el brebaje, Damián salió caminando lentamente por los costados de la pista. Se le hizo notorio que su vestimenta de milico atraía

muchas miradas, especialmente femeninas. La de algunos hombres, de respeto y recelo. Las de mujeres, de curiosidad, admiración y apetencias.

Se percibían en el aire variadas ondas de perfumes, aguas floridas, ansiedades, aromas que soltaban las glicinas colgantes desde la cima de un tapial perimetral, alegrías canalizadas en las risas, misterios de la noche.

Sin duda, también entremezclada vagaría la tristeza, pero esa es una manifestación de difícil detección. Puede que porque está en cada palmo donde se pose la mirada y el acostumbramiento por habitual la vuelva desapercibida.

El ambiente, si bien modesto, era pulcro y estaba engalanado con ingenio. Damián sintió que ese marco generaba la relajante idea que un calor epidérmico consecuencia de una jornada solariega lo apagaba un torrente suave de agua fresca, cayendo como rocío de plenilunio destinado a reverdecer la hierba.

Fueron pasando minutos entre más y más gente que llegaba; otra ginebra con limonada; otro paseo en círculo; unos gatos bailados hasta por los cantineros; unos cielitos que danzaban algunos menos y un par de minuet con los que muy pocos se animaron.

Cuando decrecía la algarabía, los músicos apelaban a la experiencia del oficio y arrancaban con alguna polca u otro baile pegadizo, que generaba alaridos en los mozos, chillidos en las muchachas y aplausos de toda la concurrencia. Y como aceptando el desafío, en tropel volvían a encarar hacia la pista.

Con la tercera ginebra, Damián creyó reconocer a un uniformado. Era joven y estaba sentado en torno a una mesa redonda, bastante pegado a una muchacha a la que con frecuencia acercaba la boca para hablarle al oído. La pareja estaba flanqueada por una señora mayor a cada lado. Una de ellas, bastante entrada en kilos como de madurez. La otra, directamente anciana, de porte rígido y altivo. Adustas ambas. Y expectantes.

Por momentos, el soldado repartía en partes proporcionales frases a viva voz a cada una de las doñas, sonrisas forzadas y ademanes grandilocuentes que, al no obtener gran reciprocidad de las estatuas, volvía al cuchicheo con la joven.

En un casual cruce de miradas, Damián lo llamó con una seña. Sin pérdida de tiempo, el joven abandonó el asiento y caminó hacia él.

—¿Qué hacés, Damián? —saludó sin sorpresa—. Tanto tiempo.

—¿Cómo? —Damián se atragantó con aire—. ¿Me reconociste?

—¿Y cómo querés que no te reconozca, chambón? Está bien que hace unos años que no te veo, pero la guerra no me hizo perder la memoria.

Damián se sintió alterado por el asombro. Bastante perturbado, se esforzó por mantener tino y aplomo. No hallaba explicación cómo Valentín Connolly, sobrino de Ruperto Neumann, lo había reconocido y saludado sin una pizca de sorpresa.

Intuyó que esto era una revelación de algo que no alcanzaba a comprender y, como todo misterio, le sustentó un recelo. Los propios vecinos del pueblo, que desde su infancia lo veían a diario y eran testigos de sus cambios por los años como él de los de ellos, el traspaso de aspecto que le dio el uniforme, pareció revestirlo de un desconocimiento que se hizo inacostumbrable.

Tomaron unas ginebras en la barra y Valentín contó que había llegado hacía tres días, cabalgando desde Villa Constitución con un compañero de tropa que lo invitó, primero, a saludar a sus padres para rumbear al día siguiente hacia San Nicolás, donde vivía con su mujer y dos hijos. Le había tomado mucho afecto porque el Irlandés le había salvado la vida, rescatándolo herido y conducido al hombro varios kilómetros por la tupida selva.

Había venido al baile, cortejando a la prima de su anfitrión, con la tía y la abuela. Contaba todo esto intercalando actos heroicos personales y detalles de lo regaladas que estaban las paraguayas por la ausencia de hombres. Que no era necesario violarlas como en los primeros tiempos. Mientras daba detalles de lo que eran capaces de hacer por un poco de comida, Damián recordó un hecho acaecido cuando tendría más o menos doce años.

Valentín, este mismo que ahora tenía enfrente, que tendría unos dieciocho, lo había querido violar en el depósito de su tío Ruperto, desierto a la hora de la siesta. El primer intento lo había hecho mediante la persuasión. “Te va a gustar”, decía con fingida voz inocente para que pareciera convincente. “¡No seas tonto, dale!”. Ante la temerosa negativa de Damián, él insistía: “No te voy a hacer doler, te lo aseguro... mirá, a Marcelo Castiñeira, el viejo maricón dueño del Súdito, se lo hago de vez en cuando y hasta me paga... encima me la chupa... ¡Mirá si lo haré bien!”.

Cuando vio que no podía convencerlo, se abalanzó sobre él para someterlo de prepo. Damián se defendió con todas sus fuerzas, pero era la

lucha de un niño y un adulto. Sintiendo vencido, comenzó a gritar pidiendo auxilio. Era difícil que lo oyeran, pero ante la duda, Valentín desistió del intento. Antes de irse lo amenazó de muerte si llegaba a contar a alguien sobre lo sucedido. “Te voy a degollar y mientras te estés desangrando, voy a cogerte hasta que te mueras.”

Como remate a esta afrenta, el Irlandés le tiró una moneda al suelo y entre sonrisas le advirtió: “Si le contás esto a mi tío, no solo no te va a creer sino que no te va a dar más trabajo ni comida”.

—Tengo que decirte algo, Valentín, pero acá no podemos hablar; hay mucho barullo. ¿Qué te parece si salimos un rato? —sugirió Damián.

—Sí, sí —aceptó—. Justamente yo también quería decirte algo; mejor dicho, pedirte un favor —aclaraba mientras iban ganando la salida—, y es que no le cuentes a nadie en La Cascada que me viste; mucho menos al tío Ruperto que es buen viejo, pero más chismoso que las putas. Pienso quedarme unos días más en San Nicolás, descansar, liberarme del cargoseo de mis padres y toda la parentela, relajarme, ¿me entendés?

—Seguro.

—Y de paso conquistármela del todo a Anita hasta poder mandársela bien a guardar, je, je —rio guiñando un ojo—, después, sí, caeré por La Cascada a ver qué agujeros hay para tapar. ¿Me harás ese favor?

—Podés quedarte bien tranquilo —aseveró Damián—. Nunca voy a decirle a nadie que te vi —y largó una carcajada inusual para su temperamento que el bullicio reinante se encargó de disimular.

La larga hoja del cuchillo de monte empuñado por Damián Zarebski fue tragada sin oposición y hasta con celeridad por un flanco del cuerpo de Valentín Connolly, a la altura del páncreas. A los pocos segundos, como si se aguardase un efecto, la cuña de acero a la mínima fuerza pareció salir despedida de su inusual vaina.

Una vez liberada, la enfiló hacia el lado izquierdo del pecho y con un violento empujón hizo que volviera a penetrar, sin miramientos, con sublime furia macerada por una justicia salvaje y desnuda, esa que la justicia formal, hipócrita y maquillada está obligada a condenar por una sociedad basada en fundamentos de dominación. Las dos estocadas fueron como gritos imperativos que le ordenaron a la vida que desalojara de inmediato esa residencia tambaleante.

Se deshizo del cuerpo después de mucho trajín. Debió arrastrarlo unos

doscientos metros por un estrecho sendero, entre una cerrada arboleda, hasta llegar a los fondos del matadero municipal. Lo tuvo que alzar para arrojarlo por sobre una alambrada perimetral y luego saltar él, sobre lo inerte.

Cuidando de no hacer ruido. Después hacer veinte metros sobre la mojada hierba y volverlo a revolver sobre un cerco de madera. Siempre puede haber perros. Saltar hacia la parte de corrales y arrastrarlo sobre la bosta fresca. Llegar hasta el acuoso y pestilente pozo de los desechos, que lo absorbió como a un desperdicio más.

Detrás de él, Damián también arrojó una moneda que se hundió en las espesas aguas servidas. “Dásela al diablo, maricón, cuando te dé bien por el culo con su medio kilo al rojo vivo”.

Después de lavarse las manos en un bebedero y frotar partes de su chaquetilla con manchas de sangre, unas, y de bosta de vaca, otras, regresó al baile. Por el camino fue frotando las botas entre los yuyos húmedos que bordeaban el sendero.

Una vez dentro, tomó otra ginebra, volvió a dar un paseo circular que una vez completado siguió hasta la salida, esta vez para regresar al cuartel.

Durante la caminata, con el cuerpo pesado y la lucidez a merced de la somnolencia, tuvo arrestos para querer cantar, cantar murmurando sin saber qué. Mirando al río, entre las brumas de la madrugada, imaginó el rostro de su madre. Aparecía sonriente, altiva, con sus dos trenzas rubias colgando sobre sus hombros y rematadas con moños rojos.

“Mamá”, se oyó musitar. “Madrecita”, “Mamita”, y ella sonreía, todavía flaquita, bellísima, a poco tiempo de salir de la tribu, recuperándose del famelismo crónico imperante en las tolderías, pero con esa alegría invencible que proyectan los veinte y pocos años. “*Witam Amanda*”, saludó a la figura de la niebla, y ella comenzó a cantar. Su voz era dulce, pero de advertible chispa marcial. Y él se acopló a cantar con ella.

*“Juz tam ojciec do swej Basi
mówi zaplakany.
sluchaj jeno, pono nasi
bija wtarabany”*

Esa figura fantasmal que ahora se presentaba entre vapores, cuando era un ser palpable y empezaba a anochecer en la soledad del rancho, lo acunaba

hasta que se dormía, siempre cantando suave, invadida por tantos traumáticos recuerdos. Como el de sus padres asesinados en una fatídica noche en que su casa ardiendo hirió por horas la negrura nocturna de la pampa hasta diluirse entre la madrugada, convertida en cenizas.

O como el tiempo en que viviera entre los asesinos de su familia, reservada para el jefe del malón como un preciado trofeo hasta que el intrépido Juan Manuel la rescatara.

O la remembranza de cuando fue nuevamente restituida a la civilización, con un niño que fuera el depositario de su adoración; el único motivo para seguir viviendo una existencia que desde los quince años le venía deparando calamidades y privaciones.

“*Witam Amanda*”, exhaló al cielo. Introdujo las manos en los bolsillos porque la madrugada era bien fresca y desando las dos cuabras que mediaban hasta el cuartel, entonando muy bajito:

*“Porque los niños retienen
muy adentro de sus sienes
toda maldad que hayan hecho...”*

“Personalmente creo que la justicia debe llegar por otro lado.”

Damián estaba finalizando la guardia nocturna en el destacamento. Monges estaba adentro, terminando de ponerse el uniforme para sustituirlo. La madrugada pronto se convertiría en una mañana fresca y soleada.

De repente entró casi a la carrera Braulio Ojeda. Los ojos parecían que en cualquier momento saltarían al vacío desde sus cuencas. La respiración agitada apenas le permitía emitir algún sonido.

—Señor Damián... están los dos... hay dos muertos...

—Calmesé, señor Ojeda, y hable tranquilo. ¿Dónde hay muertos?

—En la vereda de mi cantina. Apenas abro... hace un momento, los vi... tienen que venir.

—Claro que iremos. A ver... Monges —gritó hacia el interior—, apurá el trámite que salgo a hacer una comprobación. Pero antes despertalo a Bravo que está arriba y que venga para la cantina de Braulio Ojeda que yo voy para allá... y si llega a aparecer el comisario o Insaurrealde, hacele el comentario, ¿sabés?

—¿Cuál comentario? —preguntó Monges mientras entraba abrochándose la chaquetilla.

—¿No escuchaste lo que hablábamos?

—Algo... ¿sobre dos muertos o algo así?

—Exacto.

—¿Pero acá? ¿Cómo puede ser?

—Todo puede ser —aseguró Damián—, pero bueno, nos vamos. Hací lo que te digo, Monges.

—¡A la orden, mi cabo!

Los dos cuerpos ensangrentados se hallaban muy próximos. Para Damián fue fácil reconocerlos. Estaban boca arriba, enfrentados, con los pies casi tocándose, en línea recta, como si hubieran caído de espalda, de igual forma. Ambos empuñaban sendos cuchillos en la mano derecha. Y también tenía cada uno un orificio grande en el pecho, orientado hacia la izquierda, a la altura del corazón. La sangre en las camisas ya estaba ennegrecida.

El comisario desmontó de un salto antes que el caballo se detuviera y a la carrera llegó hasta donde estaba Damián, en cuclillas, observando los cadáveres sin tocarlos.

—¿Hilario y El Mencho? —exclamó Zamorano, anonadado ante la evidencia.

—Así es, mi comisario —corroboró Damián.

—¿Trenzados en un duelo criollo?

—Bueno, esa es la apariencia.

—¡Pero si eran amigos, caray! —el comisario se rascó un poco la cabeza, pero por lo breve pareció que el picor no era mucho.

—Sí, claro. Lo extraño es que El Mencho desde hace varios años no sale del corralón de Artigas.

—Lo sé; nada más que hasta la puerta. Fumaba un cigarrito en la vereda y después otra vez adentro.

Poco rato después llegó el carro sanitario del municipio. Andajasi era el conductor del break. También hacía de sepulturero y decían que de tanto andar con muertos parecía uno de ellos. Con su ayudante cargaron los cuerpos con delicadeza por recomendación del comisario, no como acostumbraban, y arrancaron hacia la sala de salud pública que dirigía el doctor Figuera.

—Me quedé con eso último que dijiste, Damiancito, que lo de duelo o pelea puede ser solo “una apariencia” —reconoció Zamorano, esta vez rascándose las patillas.

Estaban tomando unos mates en el destacamento y enseguida saldrían hacia la sala de salud. A examinar más en detalle los cadáveres y conversar con el médico.

—No olvides, Damián, que hay que tomar nota de todo; apuntar hasta lo que parezca más intrascendente porque un investigador nunca debe basarse solo en el informe médico.

—Así se hará, mi comisario. Lo que también creo que será fundamental en esta investigación es tratar de conseguir testigos. Si los hubiera.

—Siempre los hay. El problema es que quieran comprometerse. La desidia, y más que nada el miedo, son las peores contras a las que siempre hay que enfrentarse en estos hechos misteriosos.

—Desde luego —convino Damián—, pero en la averiguación de móviles siempre surgen testimonios valederos, aunque no sean estrictamente

presenciales o ni tan siquiera el involucrado los asocie a sabiendas.

—¡Epa! ¿Y a eso quién lo dice?

—Un escritor norteamericano que se llama Edgar Allan...

—Poe.

—¡Sí! En un libro de relatos policiales.

—¿Ah, sí? Lo conozco de nombre, por mi madre. Ignoraba que lo hubieras leído. ¿En inglés?

—Sí, porque todavía no está traducido al castellano. La señorita Susana me prestó el libro.

—¡Ahá! Bueno, vamos.

El doctor Andrés Figuera habló sobre lo que le habían “hablado” los cadáveres. Por coincidencia, apenas terminara sus estudios, este médico había sido practicante y ayudante en el pabellón de Medicina Forense del Hospital General de Hombres de Buenos Aires, especializándose en Tanatología.

Primero se refirió a la llamada “Datación Cadavérica”. A la llegada de los cuerpos, la temperatura corporal registrada en ambos era de trece grados y rigidez total en la masa corpórea, abdomen incluido, lo que permitía afirmar que los decesos se habían producido hacía doce o catorce horas.

—Calculen que comencé a estudiarlos a las siete; por lo tanto queda claro que murieron ayer entre las cinco y las siete de la tarde.

—Lo que deja también claro que no murieron en ese lugar, en plena tarde, con personas circulando y chicos jugando en la calle —acotó Zamorano—. Clarito que los llevaron en plena noche y ya finados los plantaron.

—Por último —siguió Figuera—, los traumatismos penetrantes.

—¿Los qué, doctor? —preguntó Zamorano.

—Las heridas, mi comisario —intervino Damián.

—Correcto —aseveró el doctor—. Y digo “los traumatismos” porque, siendo dos cuerpos, son idénticos, en la misma zona y de las mismas características. Y es probable que infringidas con un mismo objeto punzante.

—¿Un objeto? ¿No cuchillo?

—Es casi seguro que no. Un puntazo de hoja deja una abertura de fino espesor, alargada y bordes alabiados. Estos son orificios redondeados.

—¿Y con qué pueden haber sido hechos?

—No estoy seguro, me haría falta un microscopio de precisión que no poseo, pero por formato y profundidad sería algo así como una estaca.

—¿De metal o madera?

—No puedo investigarlo a simple vista. Por eso le mencioné el microscopio. Pero jamás hechos con esos cuchillitos de risa que tenían en cada mano.

Damián había ido apuntando en un cuaderno cada dato aportado por el doctor. Y aún seguía escribiendo cuando Figuera se puso de pie.

—Es todo por el momento, comisario. Al informe forense se lo haré llegar hoy a última hora o mañana a primera, según el tiempo que le dejen libre a Mindelberger los animales o las caries.

—De acuerdo.

—Ya que está, comisario, haga el favor de firmar esta partida así doy parte al municipio para que sepulten a los occisos, si usted así lo dispone.

—Sí, sí —afirmó Zamorano mientras firmaba—, que les den santa y cristiana sepultura. Ahora mismo comisionaré a un agente para que contacte con el fraile. Nos retiramos, doctor.

—Salgo con ustedes —dijo el médico poniéndose el saco y la gorra—. Voy a lo de la maestra Susana. Una de sus alumnas me vino a avisar que no se sentía bien.

—¡Mire, usted! Bueno, hágale llegar mis saludos y deseos de pronta recuperación. Adiós y gracias, doctor.

—Adiós, comisario.

Mientras montaban, Damián sonreía. La mención de la maestra lo trasladó a planos de ternura y nostalgia. No estaba enamorado, pero sentía que la amaba. Ella había sido maternal en el trato de estudio y una mujer íntegra y honesta en su noche de amantes. Todo era puro y claro viniendo de ella. Estaba sin dormir. Cualquier espejo con el que se topara lo mostraría demacrado, paliducho, pero la intriga por este doble crimen lo mantenía despejado y concentrado.

En el destacamento, el comisario reunió además de Damián, que en todo momento había estado a su lado, a Lencina padre, un experto rastreador y a Demetrio Bravo que era estudiante avanzado de abogacía.

—Quiero que entre los cuatro hagamos un grupo de investigación para estudiar y tratar de esclarecer este doble crimen, ¿están dispuestos?

Después de un sí unánime, quedaron en reunirse a las tres de la tarde en el mismo recinto.

—Lencina —habló el comisario—, como faltan cuatro horas, ¿por qué no te pegás un galopito hasta el lugar de los hechos y le hacés un

reconocimiento como vos sabés? ¿Eh?

—Sí, mi comisario —contestó el viejo—. Ensillo y salgo.

—Demetrio.

—Ordene, señor —respondió Bravo.

—Acá tenés el cuaderno con los apuntes médicos que hizo Damián. Estudialos y ordenalos; ponele acotaciones si lo creés conveniente así los comentamos cuando los reunamos, ¿sí?

—Así lo haré, mi comisario —dijo el agente mientras recogía el cuaderno del escritorio.

—Vos, Damián, vení conmigo.

Se internaron hasta la casa de Zamorano. Mercedes los vio llegar y dejando la escoba y con ojos iluminados fue a abrazar y besar a Damián.

—¡Damiancito, hijo! ¡Qué alegría verte! Vení, pasá.

—Lo mismo digo, señora Mercedes, gracias.

—Mirá, Mercedes —arrancó Zamorano—, han pasado unas cosas que no te imaginás... pero después te contaré.

—¿Algo malo? —preguntó pestañeando seguido, realzando la belleza de sus ojos verdes.

“¡Qué hermosa hembra se come el comisario!”, pensó Damián, “Pero se la merece; tiene prestancia y es un buen tipo”. Su pensamiento se había desfasado de un presente y su realidad. Anulado el raciocinio ante la falta de inhibidores. “Mi madre también era una belleza y se habrán gozado mutuamente como salvajes con mi padre indio”. La falta de descanso mental mediante el sueño, ¿sería el componente alterado que lo estaría predisponiendo al desparpajo libérrimo de estos análisis dignos de anatemas?

¡Claro que nunca se hubiera cogido a su madre! Y a Mercedes tampoco. Además, sabía que nunca se daría una situación propicia. O si la hubiera sería remota. ¿Cuáles? Una podría ser que Mercedes se separara de su marido. Que quedara viuda. Que Zamorano se volviera un maniático mirón y lo invitara a un trío. Todo muy remoto.

—Sí, bastante malo. Pero ahora Damián tiene que comer algo y dormir un poco. Después tenemos que trabajar en un caso urgente. ¿Te podrás ocupar vos?

—Pero, mi comisario, no se moleste; me voy a casa —intervino Damián.

—Ninguna molestia —lo interrumpió Mercedes—. Mirá, hijito,

haremos así. Mientras te preparo la comida andá a darte un baño y te vas a acostar al cuarto de Fernando. Yo te llevo todo en una bandeja, ¿sí?

—Lo que usted diga, señora Mercedes. Gracias.

A las tres y media el sol iluminaba a pleno la apacible tarde extendida en la inmensidad de la llanura. En el destacamento, cuatro hombres silenciosos rodeaban una pequeña mesa cuadrada, como las de los bares. Las miradas saltaban por todas partes hasta que la voz del comisario las centró en un punto único.

—Para comenzar, ¿qué pudiste ver Lencina?

—Los dos cuerpos fueron arrastrados desde la calle; eso seguro. Hasta allí llevados en un coche liviano, como esos de capota. El caballo tiene herraduras gastadas. Puede que tenga parásitos porque no puede estar demasiado quieto y patalea bastante. Pelea no hubo en ningún lugar a la redonda.

—Bien, bien —el comisario dio un pequeño golpe de puño sobre la mesa—. Y vos, Bravo, ¿qué podés comentar?

—Viendo el estudio tanatológico del forense, no caben dudas que estos hombres fueron asesinados. ¿Puedo hacer algunas preguntas a los compañeros de comisión, mi comisario?

—¡Pero claro, hombre! Usted pregunte sin preguntar si puede hacer preguntas; pregunte y listo —Zamorano supo que se estaba metiendo en un berenjenal verbal, por eso, después de carraspear como recurso, habló bajo y grave:

—Pregunte nomás.

—Gracias, mi comisario —dijo bravo mirando a Lencina—. ¿Vio usted huellas de sangre en el lugar donde se hallaban los cuerpos?

—No, en absoluto.

—¿Averiguaste si alguno de los occisos, o los dos, eran clientes de esa cantina? —esta vez el dato fue recabado a Damián.

—No eran clientes; esto me lo aseguró Braulio Ojeda, el propietario.

—Gracias, Damián —concluyó Demetrio Bravo mirando a Zamorano y juntando las manos en señal de dar por concluido su informe.

Por una hoja abierta de la ventana entraba un aire fresco que matizaba un sol todavía potente. Algunos trinos de pájaros llegaban sorteando el verdor de las ramas que protegían la identidad de los anónimos cantores.

—¡Lencina! —gritó el comisario mirando hacia la puerta.

—¡A la orden, mi comisario! —gritó también el viejo como si se hallara en medio de una refriega.

—¡Pero si a vos no te digo, viejo! —rezongó Zamorano— ¿Cómo creés que te voy a gritar si te tengo enfrente? Es a tu hijo al que llamo, que debe estar por la guardia. ¡Lencina! —volvió a llamar y el viejo por poco no repite la frase anterior, que contuvo con esfuerzo.

Damián y Demetrio se llevaron las manos a la boca para no estallar en risas. Lencina hijo hizo su entrada.

—Ordene, mi comisario —fueron sus palabras y se cuadró.

—Prepará el mate y traeme todo en una bandeja, que acá nos arreglamos.

—Enseguida, mi comisario —se apuró a decir y desapareció.

—Ahora sí, Damián, ¿cuál es tu parecer?

—Bien, creo que no quedan dudas que los asesinaron. Hecho por una o varias personas muy torpes. O creídos que gozan de total impunidad.

—¿Por qué decís “torpes”, “total impunidad”? —indagó el comisario.

—Lo digo porque las heridas son similares y en la misma zona. Hay que ser muy tonto para no representar una pelea con más variantes. O en su defecto, que el autor crea que si es investigado como sospechoso o directamente acusado, logrará eludir una condena en base a dinero o influencias.

—¡Ahá! ¿Y de ahí?

—Resumiendo: el autor intelectual es una persona con poder. Y él o los autores materiales son personas de características histriónicas.

—¿Cómo es eso?

—Convengamos en que las heridas mortales fueron hechas con una estaca. En caso de haber sido de madera, esta modalidad era aplicada a los hombres vampiros, los que las fantasías literarias toman como un chupasangre. Entonces, ¿qué mente cuerda de este pueblo puede pensar que los dos muertos eran vampiros? Noto mucho de juego demente en este accionar. Ahí está lo histriónico. Porque el que mata a alguien tiene que tener un motivo válido y ejecutarlo como sea; no jugar, no buscar diversión, solo justicia o cumplimiento de un deber, como un soldado. No montar una escena poniendo dos cuchillos idénticos, pequeños, sin filo y sin uso, ubicando los cadáveres en línea recta, simétricos y fuera de una taberna para hacer creer que salieron borrachos y se mataron al mismo tiempo, con plena luz diurna.

Damián paró para tomar un mate. También para evitar dar imagen de tipo pesado que se las sabe todas y, por último, escuchar pareceres de sus compañeros de investigación. Pero ninguno abrió la boca. Y como tenía más para exponer, entregó el mate y prosiguió.

—Hilario Vélez era cliente de la posada de Solmi y su ranchito está hacia la punta norte del pueblo. ¿Qué tenía que ir a una taberna en la punta sur, la opuesta, bastante lejana, casi campo, teniendo bastantes dificultades para caminar? Otra: ¿Qué enemigos tenía en el pueblo?

“Nadie”, dijo uno. “¡Que yo sepa!”, dijo otro. “¡Qué vá!”, dijo otro. “¡Si todos los querían!”

—En el caso de El Mencho —prosiguió Damián—, ¿cuánto hace que dejó de salir al pueblo? Unos cuantos años, ¿verdad? Vivía recluido en la barraca de Artigas y solo en ocasiones se paraba en la puerta del costado de los portones. Se quedaba mirando la calle no más de una hora y volvía a entrar. ¿Quién podía querer asesinarlo en un pueblo con el que no mantenía contacto?

Siguieron deliberando por un rato más hasta que Zamorano dio por finalizada la reunión con el fin de continuarla al día siguiente. No bien puestos de pie, escucharon gritos que procedían desde el despacho de guardia. Lencina hijo apareció a la carrera y antes que pudiera hablar, desde atrás irrumpió Artigas, dándole un empujón para quitarlo de en medio. A puro grito comenzó a recriminarle al comisario porque no había sido informado de la muerte de su empleado.

—En primer lugar —Zamorano también gritó—, le prohíbo que se presente en el destacamento de esta manera; y segundo, si quiere hablar conmigo tendrá que esperar a que yo acceda a recibirlo y no meterse a su antojo en las dependencias internas como lo ha hecho, porque eso es un desacato penado por la ley.

—¿Ah, sí? ¿Me quiere atemorizar insinuando que me puede meter preso? ¡No me haga reír, comisario! Sabe de sobra que tengo los mejores abogados y los mejores contactos a nivel gubernamental. No estaría detenido ni veinticuatro horas y usted tendría que dar muchas explicaciones sobre el motivo de la detención. Llegaríamos a que el problema que me quiere adjudicar a mi terminaría enredándolo a usted.

—Le advierto por última vez que sigue en actitud de desacato. Corte con las provocaciones o tendré que proceder. ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero que me dé explicaciones sobre el porqué no me avisaron de la muerte de mi empleado Juan Romero, El Mencho, asesinado por ese borracho de Hilario Vélez.

La furia de Artigas parecía intacta.

—¿Y cómo sabe usted que fue Hilario Vélez quien mató a Juan Romero? Porque Hilario Vélez también fue asesinado. ¿Tiene algo para declarar, señor Artigas?

—No tengo nada más para decir. Lo que reprocho es porqué no me avisó la policía, porque él era mi empleado y vivía en mi propiedad.

—Será el juez de primera instancia el encargado de citar lo, si así lo determina, señor Artigas —la voz de Zamorano seguía potente y severa—. Por lo tanto, no teniendo más asunto que tratar le pido que se retire ahora mismo del destacamento.

—¿Cómo? ¿Me debe una explicación y pretende echarme? —la mirada y la voz de Artigas destilaban odio.

—No, no pretendo, le digo que se vaya ya, ¡ahora! Ya le di todas las explicaciones, señor Artigas. ¡¡Váyase!! No haga que me arrepiente.

—¡Ah! ¿Me amenaza?

—¡Fuera! —estalló Zamorano y tomándolo de un brazo lo condujo hasta la calle.

Recuperado del incidente, el comisario sugirió a Damián que se quedara en su casa por esa noche.

—¡Qué te vas a hacer un galopón hasta tu casa con lo cansado que estarás! Vení que cenamos algo, el tecito de siempre y dormís como hoy, en la pieza de Fernando.

Dudó un instante. Sí, estaba agotado. Pero cuando pensó en Mercedes las dudas se evaporaron.

—Le agradezco la generosidad, mi comisario, pero prefiero ir a casa. Tengo varias cosas pendientes por hacer. Además, no tengo hambre. Me meteré en la tina con agua calentita una media hora y me acuesto. Muchas gracias. Mis respetos a la señora Mercedes. Buenas noches.

Montó en su caballo y salió al galope corto. A medio camino se dijo por lo bajo: “Los mató Artigas”. Con el rancho a la vista, volvió a dirigirse la palabra: “A uno por molesto y al otro por testigo de riesgo”. Saliendo de la tina, se oyó decir: “Y eso de las estacas son delirios de los hijos... ¡Hasta a mí me hicieron Cristo!”. Antes de entrar en el sueño, se dirigió la palabra por

última vez en ese día: “A estas conjeturas tengo que mantenerlas en secreto hasta que llegue el momento propicio”.

Una semana después del hallazgo de los muertos y sin haberse producido ninguna novedad en la pesquisa, ni siquiera encaminada por carecer de pistas, Damián tomó la guardia nocturna en el destacamento. La noche era lluviosa y por momentos se iluminaba casi en su totalidad con los sucesivos refucilos que, desde los laterales de la tormenta expandida, preanunciaban un temible concierto de truenos, interpretado en el brutal lenguaje de las tempestades.

Cerca de la media noche y mientras leía un periódico con informaciones sobre la marcha de la guerra, lo sobresaltó la entrada sigilosa de una figura encapotada con una capucha que dejaba el rostro en sombras y al rechazar el agua la repartía en hilos por todos los costados.

Por precaución puso la mano sobre su revólver, que descansaba desnudo sobre un pequeño banco, y abriendo bien los ojos se mantuvo alerta.

—¡Alto, quién vive! —espetó enérgico.

La figura volvió la cabeza hacia los costados y después hacia la calle, como quien quiere cerciorarse de algo. Después llevó las manos a la capucha y antes de quitársela dijo con voz trémula: “Damián”.

Era Susana Clark. Él se acercó para ayudarle a quitarse un capote impermeable color ocre, estilo inglés y la invitó a sentarse. En el momento que pensó en preguntarle qué hacía por allí a esa hora y bajo semejante tormenta, ella comenzó una explicación.

—He pasado varias noches por acá, mirando desde afuera para ver si te veía. Hoy he tenido suerte.

—Menos con el tiempo —Damián sonrió apenas—. Es que mi última guardia nocturna fue hace una semana. ¿Tomamos unos mates?

—No, no, gracias Damián.

—También tengo café si es que...

—No, Damián, te agradezco infinitamente, en otro momento será. Yo solo vine para hablar con vos de algo bastante complicado. ¿Puedo hacerlo? ¿Alguien puede oírnos?

—No, no creo —Damián se puso de pie y se inclinó para susurrarle al oído—. De todas maneras, voy a asegurarme.

Volvió a los dos minutos y le dijo que sus dos compañeros nocturnos

estaban dormidos. Y en efecto: Monges y Balmoral roncaban de lo lindo.

—Quiero ser breve y retirarme pronto, porque estas no son horas de andar para una *classic lady*.

—No te preocupes, cuando desees retirarte te acompaño.

—¿Ah, sí? ¿Y dejarás abandonado el destacamento?

—Oh, no, *my dear night visitor*. Despertaré a alguno de mis compañeros porque nos vamos relevando.

—Bueno, como desees —aceptó Susana y continuó a media voz—. Lo que quiero contarte es lo siguiente: Hace algunos días, a medianoche, me desperté sobresaltada. Había soñado que todas las plantas del jardín delantero se estaban secando por falta de agua. Y recordé que algo de eso podía estar pasando; que por una u otra razón no las estaba atendiendo como debía. Entonces me levanté, me puse una bata y fui al jardín con la regadera repleta. *¿You are paying attention?*

—*Of course*.

—Bien. Apenas empecé a rociar mis plantas oí voces que se acercaban. Me guarecí detrás del jazmincillo. Había luna llena, así que vi sus figuras, aunque no sus caras. El de más estatura le decía al otro: “Espero que Javier llegue rápido con el coche para sacarnos de encima de una vez a esos mierdas”. Y el otro dijo: “Sí tata, seguro que debe estar llegando”. Te reitero: no vi sus caras, pero reconocí sus voces. Y mientras se alejaban hacia el sur, también los reconocí por el andar. Eran Rubén Artigas y su hijo José.

—Y a la mañana siguiente aparecieron los cadáveres de Hilario y El Mencho —completó Damián.

—Desgraciadamente.

—Mirá, Susana, voy a hacerte una confidencia. Desde un primer momento sospeché de esa gente, pero no se lo dije a nadie por dos motivos. Primero: no hay pruebas. Segundo: tienen dinero y amistades como para sacarse cualquier lazo de encima. Personalmente creo que la justicia debe llegar por otro lado. Es todo lo que puedo decirte. De todas maneras, gracias, Susana.

—Te juro, Damián, que se me vienen cruzando mil cosas por la cabeza. No puedo dormir por los reclamos de conciencia, tengo miedo...

—Lo entiendo, Susana —Damián se puso de pie y le tomó las manos—. Tratá de tranquilizarte, ya veremos qué se puede hacer. Si no pensás declarar formalmente como testigo...

—¡No, nooo!

—Tranquila, ya me di cuenta y dije que te entiendo, pero quiero que te calmes y me escuches, ¿sí?

—Perdón, *honey*.

—Quiero pedirte que esto no se lo cuentes a nadie, que quede como un secreto entre vos y yo. ¿Me lo prometes?

—*Yes. I promise.*

Hizo salir a la calle a Susana. Despertó a Balmoral para que lo suplantara por dos horas. Había parado de llover sin escampar. La noche era propicia para caminar abrazados.

Dos horas después pensaba que hubiera deseado que esas dos horas tan cortas hubieran sido dos horas muy extensas. Pero el tiempo era eso, un instrumento que el pensamiento le pone la medida tanto para el dolor como para la dicha. A las dos horas estaba en su puesto. Como cabo debía dar ejemplo de cumplimiento a subalternos y a superiores. Balmoral volvió al sueño y él, consciente y despejado, se dedicó hasta que llegó la mañana a rememorar los deliciosos pormenores en que se había sumergido durante dos horas de ensueño.

“¡Otros para engordar caranchos!”

Despertó sin sobresaltos. Era domingo. Estaba en el cuartel de San Nicolás. Tomó mate sin prisa y salió a caminar por la ribera. Se distrajo dos horas y algo más mirando cómo mecía el agua los botes amarrados, cómo pasaban las bandadas de aves costeras, algunos barcos que pasaban lejanos y algunos de carga que llegaron, atracaron y partieron.

Sin resultado, trató de distinguir la otra orilla. No pudo. Era demasiada distancia y el ojo humano es limitado. Pero como la imaginación no tiene límite, entrecerrando los ojos situó en la otra banda a unas chinitas lavando ropa, a perros galgos corriendo entre chicos sonrientes, andrajosos, más flacos que los galgos. Más lejos, bajo un tala, un grupo de gauchos y de gringos escuchando a un guitarrero que, con dedos saltarines, trataba de comunicar el espíritu de las penas entrerrianas, camufladas en la música para alegría de los pobres.

Nunca había estado en la provincia vecina. ¡Qué tontería! ¿No? Bastaba con cruzar solo una franja de agua para estar en otro territorio, para decirle a los demás que conocía y experimentar la emotiva sensación de sentirse en otro mundo; de creerse en otro mundo.

Regresó para el almuerzo. Después del asado conversó un rato con varios suboficiales y se introdujo en el interior del barracón. Sentado en su litera baja, se puso a repasar la limpieza del armamento.

Esta práctica se había vuelto algo habitual; le proveía placer. Fueron pasando por sus manos el fusil, cuchillo de monte, sable y por último el flamante Colt, a quien había tenido que procurarle proyectiles sustitutos, sustraídos del arsenal del destacamento. Había usado algunos y tal vez continuara. Como se pasaba revista sin aviso cuando aparecían veedores foráneos, se vería en apuros para explicar el porqué de las balas faltantes.

Al filo de las cuatro volvió a salir. Esta vez hacia el pueblo. Haciendo una caminata lenta y relajada, a poco de andar lo abordaron tres muchachas, que viniendo en dirección contraria y por la vereda de enfrente, cruzaron para llegarse hasta él. Una de ellas, ya desde la mitad de la calle, preguntó si sabía algo de Valentín. Sin esfuerzo la recordó: era Anita, la del baile. Damián negó sin hablar.

—Como los vi salir juntos aquella noche —aclaró como para darle sostén a su interés—, pensé que podrías saber algo —Ustedes son amigos, ¿verdad?

—Sí, desde la infancia.

Damián contó que solo habían llegado juntos hasta la puerta de salida. Que después de dialogar un rato, Valentín se había retirado sin decir hacia dónde y él había regresado hacia el interior.

—Estuve como media hora más —explicó—. No sé si me volviste a ver.

—Sí... creo que sí.

—Bueno, entonces yo tomé una copa más y me fui al cuartel a dormir.

La muchacha tenía en su bonita cara adolescente, dibujada una confusa expresión de ansiedad y desazón.

Una vez que se despidió de las chicas, caminó un rato más por la calle principal, desierta a esa hora porque el día ya era un domingo por concluir y se acercaba la hora de la oración.

De regreso al cuartel se acostó sin cenar cuando el sol aún no había terminado de ocultarse. No hallaba explicación a la sensación de fatiga que sentía. Cada acto de respiración suspirosa le parecía una captación insuficiente de oxígeno y la suelta de diminutos vendavales por sus fosas nasales respingadas. Y cada idea, un cañonazo a las nubes más negras, que amilanadas, optaban por eludir los rabiosos disparos y, en sus abandonados espacios, se iba filtrando el azul de un cielo diáfano, desbordado de sol.

Debía estar con fuerzas recobradas y plenas de cara al día siguiente, que presentía como un lunes agitado. Se fue durmiendo sintiéndose llevado por una brigada de sutiles mariposas que lo elevaban a suaves empujones con el aire de sus alas hasta la cumbre del mundo, donde el único objeto de virtud deseada y posible era la paz, pero que solo era alcanzada por los tristes más tristes de la tierra, los que habían vivido la muerte en plena vida y su cambio de ciclo sería a la inversa.

El barco llegó desde Rosario a media mañana. Entre algunos otros, descendieron diez combatientes; tres de ellos de La Cascada. Después de los trámites de rigor, los tres, a la sazón con heridas superficiales, fueron provistos de cabalgaduras que debían entregar en los destacamentos de sus jurisdicciones para su posterior devolución. Finiquitado este requisito, iniciaron el camino de retorno.

Damián los abordó apenas dejaron atrás los suburbios nicoleños. Después de la presentación de su investidura, del asombro demostrado por los recién desembarcados; risas, burlas, ironías, primero solapadas y después abiertas y directas, los tres veteranos prosiguieron adelantados, al galope y charlando entre sí.

Solo uno se dio vuelta y, haciendo una morisqueta de demonio, habló a Damián con voz de retardado.

—Así me gusta, indio; el perro siempre debe seguir al amo.

Damián lo miró con una sonrisa impasible mientras seguían galopando. Y así siguieron durante dos horas.

Para Bautista Carranza fue el disparo de fusil en el centro de la espalda, triturando la columna media. Para Germán Indalecio Somersen, que pudo frenar a medias la cabalgadura mientras volvía la cara para ver qué pasaba, fue un disparo de revólver. Certero, con la bala incrustada en el centro de la frente.

El Toto Carrasco descendió de un salto y sacó un facón de la cintura. Desde los veinte años se había convertido en el marido de la Turca Lola, una morocha gorda que había llegado al pueblo para ejercer la prostitución. Pero como no le rendía, se había puesto a organizar mesas de juego. Carrasco era de baja estatura y lucía un abultado bigote.

Siendo adolescente le había partido el cráneo de un garrotazo a un vagabundo mientras dormía. Meses después, le había encajado dos puñaladas en los riñones al ex marido de la Turca Lola, que había venido al pueblo para tratar el arreglo de una herencia. Ambos habían muerto a los pocos días. En los dos casos había sido sobreseído en fallos vergonzosos, alegando defensa propia.

Sus padres, ricos ganaderos, no habían escatimado en gastos para sobornar a quienes finalmente lo dejaron en libertad. Por estos antecedentes, en La Cascada se había convertido en un personaje popular, adulado por una mayoría temerosa.

—Dejá las armas y peleá a fierro, como un hombre —desafió a Damián agitando el largo cuchillo.

Mientras bajaba del caballo y colgaba el fusil en la grupa, Damián pensó en voz alta: —¿Por qué no? —mientras pelaba el cuchillo de monte. Nunca había peleado con ningún tipo de arma. Ni a puñetazos. Nunca había peleado, ¡vamos! Había sido golpeado de varias maneras infinidad de veces y

jamás respondido. Esta sería su primera contienda.

Y obligado. Como siempre, se sintió tranquilo. Carrasco en cambio temblaba como retoño al viento. Sus homicidios habían sido infringidos a un anciano alcoholizado y a otro por la espalda. Pero ahora presentía que se iba a enfrentar a alguien al que la vida y la muerte le resultaban indiferentes. Y no se equivocaba.

Los primeros choques de metales tañeron fugaces para acoplarse al silencio de los campos, quebrado por mugidos lejanos, gritos de teros, planeos de bandadas y los quejidos de Carranza cada vez más espaciados y menos audibles, con las vértebras en desorden alocado.

Aprovechando el estatismo del malevo Carrasco, que en un par de minutos pareció recuperar el sentido de superioridad evidenciado al sonreír quizá por la osadía de ver a este atrevido mendigo plantado frente a él, Damián intuyó una forma de acelerar el trámite. Primero recordó a Susana Clark, *¿Cómo era el nombre?* Y como fotones direccionados, los recuerdos desde la memoria, *¿Maxwell?*, partieron hacia un fascinante tomo de física que la maestra le había prestado: *Teoría de campos* y sintió *¡Sí, ese mismo!* el brazo más firme y movimientos sueltos, dúctiles, autónomos.

Le amagó arriba y dio un paso atrás. Una estocada del rival quedó corta por poco. Este anticipo de ir moldeando una victoria hizo que Carrasco exhalara una sonora carcajada que se prolongó en alarido. Damián volvió a amagar arriba y dio el paso atrás. Y otro amague y retroceso como un hábito mecánico. Volvió arriba y el oponente amagó a atajarse.

Y esta vez sin retroceso, el cuchillo de Damián formó un inesperado círculo en el aire descendiendo hasta la zona abdominal para detenerse y proyectarse hacia el frente. Brazo y cuchillo aunados como lanza hasta que el tope del mango mostró el único arresto de piedad, deteniendo la feroz arremetida.

Carrasco, estático, miró la pampa como quien la descubre o se despide y abrió la boca como para decir algo. Pero lo único que surgió fue una bocanada de sangre como un vómito corto y repentino; y después, unas babas rojas desde las comisuras quedaron oscilando como dudando dar el salto inevitable hacia el vacío.

Damián limpió el cuchillo con pasto y, montando, salió a tratar de rescatar los caballos espantados por los tiros. Una vez recogidos, los fue apaciguando con el método indio de hablarles en voz baja, acariciándoles las

orejas y el cogote.

Después cargó los cadáveres en cada uno de ellos y, atando las riendas de los frenos entre sí, los condujo al tranco unas cinco cuadras hasta el salto de agua, lugar donde depositara a los anteriores ultimados. Avanzó por un sendero pegado al río, en precaución por evitar algún casual encuentro con posibles transeúntes.

Arrojó el primer cuerpo junto a los ya depositados, que estaban semisumergidos, carcomidas las manos y los rostros por efecto de los gusanos de la descomposición y aves de rapiña. El olor que desprendían no se expandía demasiado gracias al torrente que a algunas horas lunares subiría su nivel. De todas maneras, en no mucho tiempo se convertirían en auténticos esqueletos.

Completada la descarga, fue meando sobre la cara de cada uno que por coincidencia tenían los ojos y las bocas abiertas, como si cantaran.

—¡Otros para engordar caranchos! —murmuró y escupió.

Se lavó las manos con agua de la cantimplora, la cara y se alisó el cabello con las palmas mojadas. Montó y llevó de tiro los caballos hasta el puesto de una estancia cercana, distante media hora de galope lento.

El puestero era un mulato enorme que lo recibió con una amplia sonrisa. Le explicó que en nombre del ejército y por causas de fuerza mayor, recibiera en custodia tres caballos que en pocos días pasaría personalmente a retirarlos. Como no podía ser de otra manera, en apariencias el hombre aceptó de buen grado.

—¿Gusta bajar por unos mates? —invitó y antes que Damián respondiera, agregó:

—O un vinito si le place.

—No por el momento, pero gracias. No faltará oportunidad.

Después de hacer la venia picó espuelas. Cuando desembocó en el camino real, se sorprendió cantando.

*“Cuidado aquel que no asista
a un chico necesitado,
no es perdonable el pecado
de ese que no es solidario,
y encima cometa agravio
si se burla de la infancia,*

*Dios no tendrá tolerancia
lari, lari, laralaila.”*

Como un milagro la memoria le había regalado parte de otra estrofa, oída una única vez, de aquella improvisación del payador Monterroso. Solo había fallado en el último verso.

El hecho le produjo una inesperada euforia. Reconfortado, pensó si hasta daba para considerarse feliz. Pero al recordar que poco rato antes había ultimado a tres individuos por hechos del pasado, volvió a situarse en la formalidad de su presente. Responsabilidad, determinación, justicia, principios, equidistancia, ejecución. La vida le ofrecía potestad y él la tomaba. Y solo una voluntad férrea es la única herramienta útil para administrar esta virtud omnisciente.

Una vez arribado a La Cascada, en el destacamento procedió, como era habitual, a entregar la documentación que portaba. El comisario apartó los tres sobres de pésame y después de verificar los destinatarios, extendió dos a Damián y retuvo uno para sí.

—¿Y ese otro para quién es, mi comisario? —preguntó Damián con displicencia, pero a mitad de la frase sintió una repentina conmoción que lo hizo arrepentir de su averiguación. Pero ya estaba hecha.

—Para mí —respondió Zamorano con un hilo de voz y bajó la vista.

El silencio que siguió fue incómodo y largo. Damián, sin decir nada, salió para volver tres minutos después. Lencina hijo a su izquierda portaba la bandera. A una voz de orden, Demetrio Bravo desde la derecha hizo surgir desde el clarín las cuatro notas del marcial Silencio Fúnebre. Una vez finalizado, en posición de firme y voz solemne y elevada, Damián empezó a declamar de memoria los párrafos de esa carta tantas veces leída que el comandante en jefe dirigía a los deudos de los muertos por la patria.

Acabadas las palabras, concluyó la ceremonia con un segundo toque de clarín. Después de cuadrarse, los asistentes se retiraron. Damián siguió firme delante de su superior, que permanecía de pie, lívido y silente. Después de una extendida venia, rompió la posición y dando un rodeo al escritorio que los separaba fue a situarse frente al comisario. Ambos se miraron un momento y terminaron estrechándose en un abrazo.

XII (Bis)

“Si yo aprendí a sonreír, voy a lograr que él también lo haga”

—¿Cómo anda eso, muchacho?

—Bien, nomás —contestó Damián y se detuvo.

Venía desde su casa, pero era demasiado temprano para entrar a su turno de guardia. Por eso se detuvo en la herrería. Antón Van der Becker era nacido en Flandes. Opositores a la conformación del reino de Bélgica, sus padres decidieron viajar a Sudamérica, aprovechando la ventaja que hablaban castellano.

—Nunca supe dónde ni porqué lo habían aprendido —confesó Antón.

—¿Alguna vez les preguntó?

—Muchas.

—¿Y?

—Nada, pretextos “después te lo cuento”, “es una larga historia”, “¿para qué quieres saberlo?”, “¿alguien te preguntó algo?” y cosas así. Hasta que uno se cansa, ¿viste?

—¿Y usted qué piensa?

—Muchas cosas. Pero la idea que más me convence es que en algún tiempo habrían sido bandoleros en España o piratas y aprendieron por el Caribe. No sé; algo así —contestó Van der Becker mientras forcejeaba y daba martillazos a una llanta de metal para encajarla en una rueda de madera.

—No lo puedo creer. ¿En serio piensa que pudo haber sido así?

—Claro, lo pensaba. Y lo pienso, ¿sinó?

La mañana era fresca y clara. Damián reía por dentro con la ocurrencia del herrero. ¿Bandoleros? ¿Piratas? Pero existían. Entonces, ¿por qué no? No todo eran novelas en la vida. Ni todos los acontecimientos ocurrían siempre lejos.

Antón había llegado con doce años a Buenos Aires. Tiempo después la familia se mudó a San Nicolás y ahí había aprendido el oficio de herrero con Pololo Rodríguez, el primo de Insaurralde. La nutrida competencia y la sugerencia de su maestro lo habían convencido para venir a La Cascada, donde era único y le sobraba trabajo.

—Encima todos me vienen con apuro y ya no doy abasto. Como con esto; tuve que dejar otras cosas para hacerle esto a Artigas.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué la urgencia si tiene varios carruajes?

—Ya lo sé. Pero este es de los hijos y como mañana se van de compras al Salto...

Se fue al destacamento porque la hora se acercaba. Antes de llegar se encontró con El Guincho. Días atrás le había llevado dos bolsas con comestibles a su madre. Le preguntó por ella y el niño respondió que estaba bien. Tenía algunos magullones en la cara.

—Al que no veo muy bien es a vos... ¿Qué te pasó?

—Nada.

—¿Te golpearon?

—Un poco —respondió El Guincho.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Otro gurí. Pero él quedó igual.

—Bueno, Guincho, tratá de no meterte en problemas.

—Está bien, seó.

—Pero eso sí, hacete respetar. Cualquiera cosa me venís a ver, ¡es una orden! —Damián rio y se despidió.

El mandadero levantó la mano y quedó mirándolo serio. “Si yo voy aprendiendo a sonreír, haré que él también pueda”, pensó Damián y siguió porque ya era la hora. Al día siguiente era su franco. La tarde anterior le había comentado a Balmoral que su día de fiesta lo pasaría en cama, en previsión de un estado gripal que se avecinaba. Enterado de esto, Insaurralde bromeaba con otros compañeros sugiriéndoles que no se acercaran a Damián por temor a contagiarse con su peste.

Pero esa mañana se había despertado sin pizca de fiebre. De todas formas, seguiría fingiendo su inestabilidad a los efectos que le sirviera como coartada en un plan que iba elaborando.

El día transcurrió sin novedades sobresalientes. Durante algunas horas estuvo releendo la carpeta del caso del doble crimen de Hilario y El Mencho. Seguían a la espera de un juez que destinaran para la causa o algún funcionario que enviaran, pero el tiempo seguía pasando y nadie aparecía.

Además, pensándolo bien, ¿Para qué? ¿Por protocolo? ¿Formalidad? ¿Qué pruebas se hallarían? ¿Testigos? La investigación había llegado a un punto muerto. Era un caso para archivar; solo abierto para guardar tiempo y

forma. A Damián le bastaba la secreta confidencia de Susana Clark. Y como ni por asomo iba a comprometerla faltando a la palabra empeñada, la justicia debía llegar por otro lado; informal y tácita.

Llegó a su casa a las diez de la noche. Los malvones de la entrada estaban florecidos. Recordó a su madre. Una mujer casi niña que cuidaba el jardín cantando canciones infantiles. El silencio incitaba a plantear una miscelánea de sucesos, pero él debía centrarse en un plan inmediato y llevarlo a cabo en las próximas horas. Después de limpiar las armas, que estaban relucientes, decidió acostarse.

Se durmió pensando que esa tarde había visitado a Mercedes. Seguía desconsolada por la muerte de Fernando en el frente de combate. Y no era para menos. Y con seguridad así seguiría por el resto de sus días.

Cuando se despidió, ella lo abrazó fuerte y lo besó repetidas veces. Y él se halló feliz porque ninguna idea lasciva asaltó su pensamiento. La sintió como una mujer cercana, madre, abuela, tía o hermana mayor, que lo amaba, lo protegía y proyectaba en él su energía de amor acumulada para alguien que ya no estaba. “Espero que esto continúe así”, pensó. “Pero nunca se sabe”.

Desde las seis de la mañana estuvo apostado en la desembocadura del acceso con el camino a Salto, guarecido de la vista de carromatos, jinetes o viandantes, tras unos fachinales y arbustos que le permitían otear el panorama desde el anonimato. Estaba vestido de paisano, cubierto totalmente con un poncho calamaco rojo morado y un sombrero negro de copa baja y ala ancha estilo correntino, con retranca para calzar en la nuca.

Recién a las nueve vio acercarse desde el pueblo una lujosa calesa de capota azul tirada por dos caballos. Con poco tiempo de observación no le cupieron dudas que era el mismo carruaje visto el día anterior, cuando le reparaba una rueda Van der Becker.

Entonces picó espuelas a galope tendido y a campo traviesa, hasta empalmar el camino real. Y siguió a ese ritmo sostenido durante media hora hasta cruzar el río por una parte playa, donde habitualmente lo hacía toda la gente de la zona, a no ser que hubiera inundación y fuera necesario desplazarse hasta un puente cerca del Pergamino, duplicando la distancia. En ese momento la profundidad no llegaba ni a un metro.

Media cuadra después del río se puso a la sombra de un caldén. Repartió la parte delantera del poncho sobre los hombros dejándolo como una capa y, de esta manera, tener los brazos en total libertad de movimientos.

Cuando el coche cruzó el río, su caballo estaba con el aliento recuperado después de la veloz carrera. Superado el vado y recorridos treinta metros, Javier Artigas, que venía conduciendo, se vio obligado a sofrenar los caballos desde el pescante. Un jinete obstruía la senda, angostada de un lado por unas lomadas y del otro por un árbol frondoso.

—¡Quitate del camino! ¿No ves que tengo que pasar?

Estaba claro que no lo había reconocido. Hizo avanzar a los caballos unos metros y estiró el cuello hacia adelante entrecerrando los ojos para agudizar la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó José desde el interior.

—Va a ser mejor que te apartes, idiota. ¿O estás buscando que...? —y dejó de hablar para estallar en una risotada—. ¡Pero miren quién es! ¡No lo puedo creer! —y repitió la risa.

—¿Quién es? —repitió José.

—¡El mariquita de Damián! ¡No lo reconocí porque hoy no está vestido de payaso!

—¡Damián! —la voz de Estelita surgió desde la calesa dejando entrever asombro y júbilo.

—¿Y qué mierda quiere este pordiosero? —preguntó José como si su hermano ya lo supiera.

—No me importan los insultos porque son argumentos de impotentes —fue el comentario de Damián.

—¡Pero mirenló a este roñoso! —el tono de Javier era colérico—. ¡Apartate ya mismo o te rompemos la cabeza!

—Estoy acá para interrogarlos hasta que confiesen la verdad de un hecho delictivo —Damián hablaba con total aplomo—. No olviden que soy representante de la ley.

—¿Pero qué te pasa, miserable? —José había bajado del carruaje y caminaba hacia Damián empuñando una larga cuchilla de carnicero—. ¿Qué carajo estás buscando? ¿Que te mate? ¿Eso estás buscando?

—Quiero que confiesen cómo y porqué asesinaron a Hilario y a El Mencho.

—¿Pero qué estás diciendo, hijo de puta? ¡Bajá del caballo que te coso a puñaladas, indio maldito!

—Les estoy dando la oportunidad que se confiesen autores de esos homicidios y se entreguen —explicó Damián y bajó de la montura.

—Y si es verdad que matamos a esos dos viejos putos, ¿a vos qué mierda te importa? —gritó Javier.

—Lo que me importa es que se entreguen detenidos para ser juzgados... y después detendré a tu padre.

—¿A mi padre? —gritó José fuera de sí—. ¡Voy a matarte como a un perro! —y corrió blandiendo la cuchilla.

—¡Alto ahí! —gritó Damián, pero el atacante no se detuvo.

El disparo le dio pleno en el pecho y cayó de espalda sobre la huella polvorienta. Javier saltó a tierra desde la calesa y amagó extraer algo desde la cintura. Estelita también había bajado y temblaba.

—¡Manos arriba o disparo! —advirtió Damián, pero Javier ya tenía un trabuco en la mano.

Damián disparó. En el momento en que Estelita gritaba “¡Nooo!” y se interponía delante de su hermano. El disparo le dio en el estómago y cayó entre una expansión de sangre por el aire. Javier disparó un trabucazo y el perdigón rozó un brazo de Damián y este gatilló por tercera vez, incrustándole una bala entre los ojos.

La calesa con los caballos espantados siguió rumbo a Salto, levantando una espesa polvareda. El caballo de Damián, algo asustado, se había alejado unos treinta metros. Estaba un poco acostumbrado a estar en las proximidades cuando hacían alguna práctica de tiro. Por eso, cuando escuchó el silbido de su amo, vino al galope y relinchando hasta la sombra del caldén.

Damián arrastró los tres cuerpos hasta el árbol. José y Javier ya estaban muertos. Estelita todavía respiraba.

—Yo no quería esto —le susurró Damián—. Tus hermanos y tu padre son unos asesinos. Mataron estas dos personas y quién sabe cuántos más. Lo siento mucho, mi amor... porque vos sabés bien que yo te amo desde siempre.

Estelita abrió los ojos. Había paz y ternura en su mirada; serenidad, sosiego. Él la besó en la boca y ella correspondió con la pasión que pudo; con labios y lengua. Él sintió que su pene estaba erecto.

—Mi amor, querías que nos casáramos, pero ya ves, la fatalidad me persigue —la voz de Damián estaba quebrada—, pero por lo menos quiero que te vayas al cielo con una prueba de nuestro amor... si es que lo quieres.

Estelita agonizaba, pero tuvo fuerzas para dar su consentimiento parpadeando y asintiendo, con una sonrisa a punto de evadirse. Damián la penetró. El fuerte gemido que provoca toda primera vez se trastocó en un

tierno clamor de parte de una delicia de mujer, angelical hasta en sus últimos instantes.

Entregados al frenesí extremo de lo que por certeza sería irrepetible, en una lidia final de vida y muerte, la bella niña exteriorizó en un quebradizo suspiro la llegada a un orgasmo que la estremeció, y esto provocó que Damián la honrara entregándole su vida en una prolongada eyaculación. Finalizada la descarga, retornando del mágico embeleso, comprobó que Estelita ya no respiraba.

Poniéndose de pie caminó hasta donde estaban los cuerpos de Javier y José. “¿Por qué será que todos estos malditos que líquido quedan con la boca abierta?”, pensó. Extrajo el miembro para mearlos, pero no salió ni una gota de orina, por más esfuerzos que hizo. Entonces fue hasta el cadáver de Estelita y con el dedo índice y mayor extrajo semen de la vagina y puso un poco en la boca de cada uno de los hermanos.

—Para ella esto es un líquido sublime, pero para ustedes este es el signo de mi revancha —dijo en voz alta donde ya nadie oía—. ¿No eran ustedes los que me desgarraron la ropa y me quisieron violar?

Cuando llegó a su casa el sol todavía estaba alto. Desensilló el caballo y, cuando se disponía a calentar agua para llenar la tina y darse un baño de inmersión, vio que desde el lado del pueblo un jinete se acercaba al galope lento. Era Insaurralde. Apresurado se metió en la cama.

—¿Se puede? —preguntó el sargento cuando ya estaba adentro.

—Adelante, mi sargento —contestó Damián con voz adormilada.

—¿Era lo que me imaginaba! —afirmó Insaurralde—. ¿No te levantaste en lo que va del día?

—Para nada —dijo Damián—, ni para mear porque tengo escupidera.

—¿Cómo te sentís?

—Bastante mal —y no mentía.

—Lo suponía. Mirá, Clorinda te preparó esta sopita —y extrayendo de un bolso marinero una olla pequeña con la tapa amarrada con piolines, la depositó sobre la mesa—. Cuando quieras te la calentás; te va a hacer muy bien.

—Gracias, mi sargento. Y dígame a la doña que no tenía que haberse puesto en molestias.

—¿Qué molestias ni ocho cuartos! Quedate en cama, descansá, comé y si mañana estás bien tomás la guardia a las ocho de la noche; y si no, seguí

reponiéndote, ¿estamos?

—Estamos, mi sargento. Adiós y gracias.

Cuando Damián vio por la ventana que Insaurrealde se perdía de vista al galope fuerte, liberado de sopa que se pudiera derramar, calentó más agua y se introdujo en la tina.

—Estaba necesitando esto —dijo en voz alta mientras sumergía la cabeza hacia atrás y salía peinado.

Relajado por la inmersión, se quedó dormido. Al despertar, supo que había soñado con Hilario Vélez cabalgando a toda la furia al lado de Lavalle, el más grande de todos, arremetiendo contra el enemigo.

“¿Ves esa casa pintada de rosado, con altillo?”

Entrando a San Nicolás, con el caballo cansado, pero sin agotar, gracias a los consejos de uso que inculcaban los viejos troperos, arrieros de ganado, pensó en el revuelo que había causado en el pueblo el hallazgo de los cuerpos sin vida de los hijos de Rubén Artigas.

La ausencia de pistas o móviles claros no permitieron prosperar ninguna investigación. La única conjetura era que habían sido objeto de un atraco. Y al resistirse los habían liquidado. Por unanimidad opinaron que la banda de ladrones sería numerosa, porque los hermanos Artigas eran sujetos pendencieros capaces de enfrentarse a varios. Otros creían que era un ajuste de cuentas por negocios turbios.

Si bien la conmoción fue por el suceso en su totalidad, la consternación era el deceso de Estelita. Llantos en tiendas y viviendas por una chica que calificaban como “ángel”, “hada”, “princesa”, “amorosa” e innumerables adjetivos más.

—Me preocupa —razonó Zamorano— que en este pueblo desde su fundación nunca hubo crímenes y en muy poco tiempo aparecieron cinco muertos.

—Será el progreso —opinó Insaurralde.

Y cuando Damián esperaba que el sargento recibiera un soberano reto por la impertinencia, el comisario, después de mirarlo unos instantes a los ojos, dijo:

—Con pesar, debo reconocer que tiene usted mucha razón.

Entraba a San Nicolás trayendo de tiro los tres caballos recuperados del puesto del mulato para devolverlos al cuartel. Por la calle principal del centro urbano, ¡oh casualidad!, se encontró con Anita. Hubiera estado de más dudar que preguntaría lo que al instante preguntó: por Valentín Connolly.

Negó haberlo visto por La Cascada. Y no mentía. La muchacha, con vivas intenciones de seguir la charla, fue cambiando de temas para finalmente sugerir que se encontraran esa misma tarde en la plaza principal, frente a la iglesia, al costado del municipio.

A las cinco en punto, Damián llegó a una de las esquinas. Se apeó y ató el malacara a unos pequeños palenques con argollas, dispuestos para tales

efectos en la vereda del salón de té y confitería La Gaditana. Caminó hacia el centro de la plaza.

A la vera de donde comenzaba el cerco que circundaba la rotonda, donde domingos y festivos hacía su retreta la banda militar, Anita estaba sentada en un banco de piedra. Vestido blanco apuntillado y capelina también blanca con un moño lila resaltaban la belleza de esta emancipada pueblerina.

De entrada conversaron de nuevo sobre Valentín. De su imprevista partida, casi desaparición, de “¡Cómo son los hombres!”, porque Damián, enemigo de la mentira salvo en riesgos en que peligrara su integridad, aseguraba que a La Cascada no había vuelto.

Después ella habló un poco de sí misma y su familia. Tenía tíos y primos en Córdoba de parte de su madre y parientes de igual grado en Buenos Aires por el lado del padre. Dicho esto, se interesó por conocer detalles de la vida de Damián.

Él la interiorizó con algunos reparos y omisiones en lo que explicó como una simple y corta existencia. Sus detalles fueron lineales, a grandes rasgos, sin profundizaciones. A ella pareció quedarle la imagen de un muchacho serio y responsable; que en verdad lo era. Aunque también era real que poseía, y a su pesar, un profuso anecdotario de acciones secretas.

Desde que había debutado dando muerte hasta el momento, jamás se había considerado un asesino. Se autocalificaba como un guerrero, un soldado con el deber de reparar derechos que la justicia convencional jamás lo haría, aunque oficialmente los casos fueran presentados.

¿O acaso a Germán Somersen, que contó que una noche había incendiado una choza en la selva, muriendo quemados siete paraguayos, alguien lo iba a acusar de asesino? Entre los muertos solo había un combatiente y los demás eran la mujer y sus hijos, pero él dijo no saberlo. Eran desgraciadas consecuencias de su cumplimiento del deber como soldado. Y Damián también estaba convencido de estar librando su propia guerra.

Después de escucharlo con mucha atención, la muchacha, animada en confianza, le preguntó si tenía novia. Damián bajó la vista y quedó en silencio solo un momento; y volviéndose para mirarla, contestó que no.

—No puedo irme sin decírtelo... tenés unos ojos hermosos —dijo Anita por sorpresa, mientras se ponía de pie—. Se está haciendo tarde, tengo que volver a casa.

—¿Querés que te acompañe?

—No es necesario. Gracias, vivo cerca.

Se despidieron con la promesa de verse en la semana siguiente. La cita sería en la casa de una amiga.

—¿Ves esa casa pintada de rosado, con altillo? —Anita estiró el brazo con el índice de un mano desplegado y el resto de los dedos contraídos, señalando una casa efectivamente pintada de rosado y con altillo.

—Sí, la veo —contestó Damián mirando la casa que estaba a cincuenta metros de ellos, sobre una calle lateral a la plaza.

—Ahí vive Carmen, mi mejor amiga. Es prima de mi padre; también mi madrina de bautismo, pero sobre todo es mi confidente. Cuando decidas venir, llámás a la puerta, te asegurás que sea ella preguntándole si así se llama. Aunque no puede ser nadie más porque está viviendo sola, pero por las dudas —sonrió—. ¿Me vas entendiendo?

—Perfectamente —aseguró sin saber qué era lo que había que entender.

—Bien, entonces ella te hará pasar y te dirá que te pongas cómodo. Vos te empezás a sacar toda la ropa y... ¡nooo! ¡Es una broma! ¡Por Dios, no me hagás caso!

—¡Ah, como quieras!

—No, hablando en serio, ella irá a mi casa a avisarme que llegaste. ¿De acuerdo?

Siguió diciendo que en un futuro no lejano sería bueno que él pudiera visitarla en su propia casa. Que lo presentaría a sus padres y en un tiempo más quería darse el gusto de conocer La Cascada.

“¡Gran cosa!”, dijo Damián para sus adentros mientras desataba el caballo. “Esto se puede poner un poco complicado”. Mientras ponía un pie en el estribo, volvió a decirse sin palabras “¿Y cuándo mi vida no fue complicada? ¿A ver?”, y quitó el pie del estribo y volvió a atar al malacara al pequeño palenque.

Cruzó la plaza a paso lento, cantando muy bajo y por momentos silbando, en tiempo de milonga.

*“Cuidado aquel que no asista
a un chico necesitado,
no es perdonable el pecado
de aquel que no es solidario...”*

Como no quiso usar la aldaba por precaución para no llamar la atención de vecinos o peatones, prefirió dar unos golpes con el puño cerrado sobre la dura madera barnizada de la puerta de calle. Desde adentro una voz de mujer gritó: “Ya va”.

Al abrirse la puerta y aparecer la mujer, Damián enmudeció un instante impactado por su figura.

—¿Carmen? —preguntó.

—¿Damián? —preguntó ella.

Una vez dentro le ofreció café. Dijo que Anita había pasado hacía poco rato para advertirle de su presencia en el pueblo y su visita en días venideros.

—No esperaba que fuera hoy mismo —dijo.

—Ni yo —confesó Damián—. La verdad ni sé por qué vine.

—A lo mejor por mí —Carmen sonrió.

“¿A quién me hace acordar?”, se preguntó Damián, “¿A quién?”, y sintió un temblor en el cuerpo.

—Podría ser —dijo y el temblor se agudizó.

Es que finalmente había resuelto su dilema. Carmen era un calco de Mercedes. Incluida la voz y la sonrisa. Esa había sido la causa de la conmoción con solo verla. “Bien podrían pasar por gemelas”. De verla en La Cascada, la hubiera saludado convencido que era la mujer de Zamorano.

—Y yo encantada de recibirte —el tono de Carmen sonó picaresco e intimista.

Damián tomó el último sorbo de café y se puso de pie. Con el quepi en la mano dio unos pasos hacia la salida.

—Voy a ir a avisarle a Anita.

—No, no hace falta.

—Qué... ¿Te vas?

—Sí. Eso prefiero.

—¿Pero por qué? —Carmen se acercó y le tomó las manos—. Bueno, si no querés que llame a Anita por lo menos quedate un rato conmigo.

Después de mirarse fijo, intenso y sostenido, los dos al mismo tiempo se buscaron las bocas. En pocos minutos ya estaban jadeando, desnudos en la cama. Los pómulos sonrosados, los labios rojísimos, los ojos verdosos, la misma mata de pelo lacio y renegrido. La piel de una blancura inverosímil y la

voluptuosidad de sus formas planteaban dudas sobre la veracidad de la dimensión real y el plano en que ocurría este fortuito hecho de ensueño.

No estaba borracho, no, ni loco ni soñaba, pero era como si estuviera con Mercedes. Su sensación era que estaba fornicando a un ser que lo convencional situaba en lo prohibido. Y eso puede llegar a excitar hasta la muerte o la demencia. Estaba gozando como un demonio cuya meta y culto se cimentaba en la transgresión moral sin códigos ni fundamentos. Cuando se había decidido a matar seres infames, lo hacía en nombre de una justicia tácita. Pero ahora sentía que estaba cogiendo a su madre.

Eyaculó llamándola Mercedes con sílabas entrecortadas. Y descendió de la diosa como de una pirámide que la honraba y se tumbó a su lado. Esto pareció darle a Carmen renovadas cargas de furia sexual, que ansiosa y desaforada trepó sobre él. Y con su cráter despidiendo parte de la lava nívea que había recibido, aprisionó lo que quedaba enhiesto de su miembro y reanudó su danza lujuriosa como si recién comenzara.

En dos o tres minutos Damián recuperó la erección plena y el vigor. Y esta lucha animal y despiadada de alocado frenesí se prolongó media hora más hasta volver a eyacular.

—Bueno, bueno —dijo Carmen mientras se aplicaba para normalizar la respiración—. ¿Querés que ahora vaya a llamar a Anita?

—¡Qué hija de puta! —dijo Damián como quien dice “No te burles” y ambos rieron.

Cuando salió la calle estaba desierta y ya era de noche. Cruzó la plaza y vio al malacara aguardándolo como el más fiel de los amigos. Sintió pena por su noble equino. Apenas llegara al cuartel lo bañaría con unos cuantos cubos frescos y le pondría un morral repleto de cereal.

Mientras galopaba pensó en cómo se habían ido desencadenando los sucesos de esa tarde. La vida de estos últimos tiempos estaba sembrada diariamente de nuevas de toda índole. “¡Mirá, vos!”, se dijo con asombro. “¡Le tiré al convento y le pegué a la monja!”.

“¿Ustedes se acuerdan de la madre de Damián?”

—Y sí, en este parte me están reclamando la restitución de dos caballos pertenecientes a la remonta del ejército.

—¿Dos pingos? —preguntó Insaurrealde.

—¡Sí! ¿Qué fue lo que dije? ¿Dos dromedarios?

—No, no, dijo clarito... me asombré, nomás, mi comisario.

Zamorano se impacientaba rápido con el sargento. Pero era más bien una muletilla, un juego recíproco que cuando uno no lo iniciaba el otro buscaba la forma de reclamarlo y volver a entablarlo.

—¡Oh, oh, oh! ¡Mire lo que dice acá, sargento!

—¿Y cómo quiere que mire si al papel lo tiene usted, mi comisario?

—¡Tranquilo, Venancio! —lo frenó el comisario—. Que esto de joda no tiene nada. Esto dice que fueron cedidos con resguardos firmados y sellados a los reclutas Aldo Solmi y Constantino Solmi para trasladarse a La Cascada. Y una vez llegados debían entregarlos al destacamento, es decir, a este lugar. ¿Me está entendiendo?

—Perfectamente, señor comisario.

—Mejor “mi”.

—¿Qué “mi”?

—Mejor diga “mi” que “señor”.

—¡Ah, sí! Perdón, señor... digo mi señor ¡Nooo! Mi señor; no señor, mi... mi, perdón.

—Bueno, bueno, ¡tranquilo, sargento! La cosa es que los hermanos Solmi no volvieron; acá no, que yo sepa.

—No, claro que no.

—Así que no entiendo cómo nos está reclamando caballos la remonta.

—Y... ¿Cuándo llegó ese comunicado, si se puede saber?

—Tiene que hacer como un mes. ¡Nooo... más! —pareció recordar algo que podría precisarle la fecha—. Por lo visto se traspapeló... lo encontré ayer. Seguro que Damiancito me lo entregó el día... —cortó la frase y llevó una mano a la frente—. Ese día... cuando me comunicaron la muerte de mi hijo —el comisario hablaba con la dificultad que le provocaba el recordar esa pérdida irreparable —se me traspapeló...

—No era para menos —comentó Insaurralde en voz muy baja.

—A propósito, ¿dónde anda Damiancito? —preguntó el comisario algo recompuesto.

—Hoy es su día franco. Mejor dicho, me lo pidió. Y como hace dos semanas que venía sin descanso, le concedí la fiesta. Perdona si no lo consulté, pero no quise molestarlo... de todas maneras está asentado en el libro de guardia. Pensé que usted también necesita un descanso, por eso... no quise importunarlo, ¿vio?

—Está bien hombre, no se preocupe... hizo bien. El muchacho necesita descanso después de tanto trajín.

—Y alguna chinita también, pues.

—Para mí que ya la tiene —sonrió Zamorano. Y por el lado de San Nicolás, me lo olfateo.

—Y, ¡si usted lo dice! “*Zorro viejo olfatea desde lejos*”.

—Entonces hágame acordar del asunto de esos caballos que reclaman cuando vuelva Damián, a ver si sabe algo.

—No se aflija, así lo haré, mi comisario.

Insaurralde salió a la calle. Caminó a paso lento la cuadra hasta la posada y pudo apreciar el cielo, techado por amenazantes nubarrones oscuros. Pintaba feo el tiempo. “Pero no va a llover”, pensó. El viento soplaba suave, casi como una brisa, desde el sur. Faltaban dos días para el cambio de luna. “¡Pucha que se ha ido poniendo lindo el pueblo”!

—Todavía no se sabe nada —fue la contestación que le dio a Solmi cuando la indagó sobre los comentarios que, desde hacía tiempo, venían haciendo forasteros que pasaban y pasajeros de las diligencias sobre la inminente finalización de la guerra.

—Y ese pariente del doctor Peñalba, el que vino diciendo que había viajado con mis hijos; la noche anterior a que se fuera vino acá y se agarró una borrachera de aquellas. A tal punto que cuando le pregunté sobre ese asunto ya no podía ni hablar de la mamúa que tenía. Al día siguiente le volví a preguntar y me contestó: “No sé de qué me habla”. “¿Cómo que no sabés?”, le digo. “¿Acaso no venís de la guerra?”. “¿Qué guerra?”, me preguntó y subió a la diligencia.

—Todavía no se sabe nada —repitió Insaurralde. Y con el último trago hasta agotar el vaso se hizo un buche lento que recorrió toda la cavidad bucal para finalmente descender por el esófago.

—Servime otra, gringo —pidió mientras pensaba que esta caña de durazno venía cada vez mejor.

También en ese momento, pero a varias leguas de distancia, Damián bebía, por compromiso y a desgano, un vasito de ginebra holandesa con marcado aroma a chinche verde.

Estaba en compañía de cuatro reclutados de La Cascada, recién llegados al puerto desde Paraguay en una barcaza que siguió rumbo a Ramallo. Los hombres en cuestión eran Salustiano Roviralta, Pedro Nogueira, Antoñito Santa Ana y un gigantón que pasaba los dos metros, muy rubio, con cara y mente de niño, conocido como el Armario Mindelberger, si bien su nombre era Armando.

Cuando acabaron con la limeta decidieron por unanimidad no repetir y partir de inmediato. Eran varias las leguas por recorrer. Si bien era temprano, poco más de las dos de la tarde, según la opinión generalizada la lluvia llegaría antes de la noche. Damián pensó que era mejor así, largarse enseguida, aunque su pálpito meteorológico descartara totalmente que sobrevinieran chaparrones. “El viento sopla suave, casi como una brisa desde el sur”. Iniciando el galope, pensó: “Faltan dos días para el cambio de luna.”

—¡Pero miren qué sorpresa, muchachos! —repetía Roviralta una y otra vez desde hacía dos horas—. ¡El Damián de milico!

—Por lo menos ahora cobrará una mensualidad y anda limpio —acotó Nogueira y remató la frase con una carcajada.

—Hay que ver cómo tendrá los calzoncillos, pero más limpio que nosotros; seguro —remató Antoñito Santa Ana.

—Che, cautivo —sin dejar de reír, Roviralta atrasó su caballo hasta quedar a la par con Damián—, decime una cosita: al final, ¿sabés quien es tu padre? ¿Llegaste a conocerlo?

—No —fue la respuesta de Damián.

—Pero, ¿qué le estás preguntando al pibe, abombado? —el tono de Nogueira pareció ser de indignación por el atrevimiento en el que incurría su amigo—. ¿Acaso nunca notaste que todos los indios se parecen? Yo hasta diría que son todos iguales. ¡Andá a distinguirlos!

—Además... además —Antoñito quería acaparar la atención—, y perdón por lo que voy a decir —dijo con tono apesadumbrado, mirando de reojo a Damián—, a las cautivas se las comen todos... ¡pobrecitas! —y se notaba que estaba conteniendo la risa—. Dicen que los que mojan primero son

los jefes, como es lógico, después se la entregan a la manada... y calculen, en una noche de joda a una cautiva se la cogen como mínimo veinte... y a la noche siguiente lo mismo y así, meta rosca —y estalló en una risotada a la que se sumaron Roviralta y Nogueira.

Damián no dijo nada. ¿Para qué? Le llamó la atención que el Armario Mindelberger no hubiera pronunciado más palabras que las del saludo inicial, apenas lo vio. “Hola, señor” había dicho, para agregar después como reconociéndolo “¡Ah, sí! Damián”. Ahora iba mirando fijo la huella del camino, sin prestar atención a nada más.

—¡Ojo! —alertó Antoñito—. Me estoy riendo porque me acordé de un chiste que me contaron una vez... sobre los indios... ¡qué hijos de puta!

—¡Bueno, che! —gritó Nogueira—. Más respeto con la autoridad. No se olviden que vamos en compañía del cabo Sataneski —y mirando a Damián preguntó:

—¿Así te llamás vos, no? ¿Eh, indio? —y arrancó una carcajada larga que remató con un alarido—. ¡Ay, Dios! ¡Cómo extrañaba estas cosas!

—Pero ahora sí, muchachos, fuera de joda —Roviralta dio señal de querer hablar con seriedad—. ¿Ustedes se acuerdan de la madre de Damián?

—¡Claro! Una rubia... venía a la botica —recordó Nogueira—. ¡Estaba buenísima! Yo me daba cuenta que mi padre la desnudaba con la mirada. ¡Y yo ni te cuento!

—¿Vos te acordás, Armario? —preguntó Roviralta.

Mindelberger no respondió; siguió mirando la huella. Después un poco el cielo y volvió a la huella.

—Yo era bastante chico —reflexionó Antoñito—, pero estaba obsesionado con esa tipa. ¡Las pajas que me habré hecho pensando en ella!

—¡Y yo! —dijo uno.

—¡Yo también! —dijo el otro.

—El culo y las tetas de esa yegua alazana eran un poema —dijo el uno.

—¡Yo le hubiera echado un polvo hasta después de muerta! —dijo el otro.

—Creo que no había uno en el pueblo que no quería partirla como a un queso —dijo alguno.

Damián no hizo comentarios. Siguió en silencio como el Armario. La variante era que en vez de mirar la huella tenía la vista puesta en la línea del horizonte.

En el cruce del Pergamino pararon, como casi todos, para abreviar a las cabalgaduras y darles alivio a los resuellos agitados. También para rellenar las caramañolas y desentumecer un poco el cuerpo. Pasados veinte minutos reiniciaron los galopes.

Damián había visto en la puerta de la posta a Remigio Zamorano, el supuesto tío del comisario. Al reconocerlo, el anciano lo saludó desde la distancia. Él había respondido con la mano en alto, evitando acercarse para cursarle la invitación a La Cascada como había sido el encargo hecho por el comisario. En sus planes siempre había tenido presente el evitar posibles testigos. Y verlo en compañía de cuatro soldados, peor aún.

Pedro Nogueira era el único varón entre tres mujeres, hijos del boticario del pueblo. En apariencias eran una familia normal, pero trascendían las desavenencias del matrimonio porque él era un mujeriego irremediable y su mujer lo había pescado en más de una ocasión.

Antonio Santa Ana ayudaba a su padre y su tío materno en la confección de indumentaria, en un galpón de chapa que en lo alto ostentaba un cartel enorme con el nombre de la sociedad: “Santa Ana y Álzaga — Confecciones”.

Salustiano Roviralta era el hijo único de un apropiador ilegal de tierras que había explotado al máximo las estafas en la época de Rosas, amparado por su parentesco con la familia Mansilla, ligada a ese poder del pasado.

El padre de Armando Mindelberger era un médico alemán que, en aras de mantener como fuere a su numerosa familia, además de atender en su consultorio hacía visitas domiciliarias, colaboraba en las cirugías con el doctor Figuera, sacaba muelas y hacía de veterinario. Su sueño era poder construir una iglesia luterana para atender los requerimientos de esa fe, de una creciente colectividad germana asentada por la zona.

A excepción del Armario, los tres restantes de esta cabalgata habían participado en aquel “camino del calvario” hecho a Damián, invitados por los hermanos Artigas.

A medida que avanzaban por la senda ocre y polvorienta, que hería como un tajo la perfección monótona de la llanura verde, las nubes empezaron a huir dando paso a los rayos del sol, que en poco rato se hizo patrón absoluto del espacio azul.

Al irse aproximando al salto del río, Damián empezó a hablarles a sus

acompañantes. Contó que viniendo desde La Cascada le llamó la atención un olor fuerte proveniente de la orilla. Cuando se acercó, creyó ver esqueletos humanos apilados en una parte playa del cauce. Pero no pudo seguir investigando más porque estaba ya bastante oscuro y decidió volver cuando hubiera claridad.

Los cinco se apartaron del camino y al llegar a la orilla fueron desmontando con cierto sigilo, dominados por el misterio de la expectativa. Todos menos Damián, claro está.

Antoñito, que fue el primero en advertir la pila del horror, exclamó interjecciones mientras retrocedía.

—¡Dios mío! —dijo —¡Son personas!

—Claro, fueron personas. Pero fíjense qué curioso: reconocen como personas a unos cuerpos carcomidos, a unos esqueletos. Y a mí, que soy una persona, nunca me tuvieron como tal. Para ustedes nunca lo fui y entonces me trataron como un objeto o como un animal —dijo Damián y agregó algo más, pero no se entendió porque el estruendo tapó sus palabras.

El fusil había dado comienzo a su canto de muerte. Con un humeante boquete negro en el flanco izquierdo de la espalda, Antoñito caminó con pasos inseguros en línea recta hacia el agua y, tropezando con los huesos, cayó de bruces sobre la pila putrefacta.

Manejando ya como un experto el factor sorpresa, Damián decidió que el próximo disparo, esta vez de revólver, fuera para Nogueira. El primero le rozó la oreja, pero el segundo se alojó en el cráneo.

—¡Mi madre también era una persona! —gritó Damián—. ¿Me escucha, niño Pedrito? ¿Puede escucharme, niño pajarito?

Pero Nogueira ya estaba tirado entre unos pajonales. Soltando sangre a borbotones por un reciente orificio abierto en su sien derecha.

Roviralta había emprendido una inútil huida hacia el centro del río. De improviso se detuvo, giró y caminó hacia Damián, con el agua hasta las rodillas y las manos juntas en el pecho como si rezara.

—Perdoname, Damiancito, perdoname —su voz era implorante—, perdoname... yo no...

Pero no pudo continuar porque el fusil nuevamente cargado le envió un proyectil que de inmediato le hizo un buraco en el estómago y cayó tumbado de espalda a la correntada. La inmersión fue rápida y no volvió a aparecer, quedando solo una mancha roja que al mismo tiempo que se expandía, el curso

acuoso la iba diluyendo.

Quedaba solo el Armario Mindelberger. Todo el tiempo había sido un imperturbable espectador. Primero del hallazgo macabro, luego de la violencia posterior. Tieso e impávido, viendo los pormenores de las vertiginosas escenas recientes. Lógicamente, estaba desarmado.

Es posible que su mente no hubiera procesado aún los hechos con la celeridad requerida. También puede que estuviera un tanto saturado de ver cuadros similares en el marco de la cruenta guerra de donde llegaba. Batallas donde abundaban los embates cuerpo a cuerpo, verdaderas carnicerías que lo habían tenido como protagonista más de cuatro años. Posiblemente también creyera que por ser persona de pocas palabras, enemigo de las burlas, respetuoso hasta el aislamiento, Damián no tenía motivos para volverse contra él.

Pero, y siguiendo en la senda de las conjeturas, el detalle del que no se percataba era su condición de ser testigo presencial de la masacre, sumado al de saber la existencia del osario que, de descubrirse, llevarían las investigaciones a una ampliación inusitada. Y todo este pormenorizado cálculo de lógica lo había hecho Damián desde mucho antes de comenzar a ejecutar este plan inexorable.

El disparo de fusil impactó en el sereno Armario, entre el hombro derecho y la garganta, pulverizando la clavícula. Pero sin explicación alguna, Damián creyó haberle dado en el corazón, situado en el otro costado. ¡Con todo lo que había estudiado de anatomía! Mucho más al verlo caer a tierra como un saco de cereal desde la altura.

Por un momento pensó en ir y chequear el cuerpo como lo hacía habitualmente, para irse con la certeza de la defunción, pero al verlo inmóvil y ya sin hemorragia, sumado a una lejana polvareda que se avecinaba desde el lado de La Cascada, hizo que desechara estos recaudos y se aprestara a montar, dejando atrás el comprometido lugar de los hechos.

Los caballos de las víctimas se habían espantado con los estruendos. Cruzando el río a la carrera se habían introducido en un tupido monte de árboles añosos, próximo a la otra orilla. Incluida la monta del Armario, una yegua tordilla que, acabado el chapaleo, se internó despavorida en la fronda.

El de la polvareda resultó ser Esteban Tallarico, dueño del negocio de ramos generales. Conduciendo su enorme carro que tiraban dos caballos veloces, dada la hora tardía, Damián dedujo que no iría hasta el puerto.

“Seguro va hasta el Pergamino”.

Cien metros antes de enfrentarlo, Damián picó espuelas para aumentar la velocidad del galope y al cruzarlo lo saludó a la carrera, dejando desairado al comerciante que, al reconocerlo desde lejos, venía frenando el carruaje con la intención de detenerse un momento que era una usanza habitual.

Próximo a La Cascada, calculó que aún quedaba una hora de claridad. Ingresando a la calle principal, por pura cortesía, se detuvo a saludar a Matías Hegaburo. Desde pequeño había recibido buenas propinas por mandados hechos a su madre, ya fallecida.

Diestro bailarín, profesor de danzas, fino y educado, se rumoreaba en el vecindario que este hombre mantenía en secreto censurables apetencias por jovencitos agraciados. Su estrecha amistad con Marcelo Castiñeira, el dueño del Súbdito, contribuían para delatarlo.

Una vez que se hubo despedido del puto avanzó al tranco. El caballo estaba agotado. Ya en el corralón, le disparó unos cuantos baldes de agua sacada de la bebida estanque. “Recién bombeada puede resultar demasiado fría y causante de un espasmo al animal sudado y con temperatura alta”, aconsejaban los gauchos troperos.

Con el lomo del sable lo fue frotando para quitarle el agua del pelaje y entonces sí, se ocupó de refrescarse con el torso desnudo y algo de jabón. Lo hizo para quitarse el polvo y estar más o menos presentable.

El placer vendría más tarde cuando llegara a su casa y disfrutara un baño de inmersión en agua previamente muy caliente y dejada a entibiar, aderezada con un puñadito de sal marina y una pequeña bolsa de arpillera para facilitar la filtración, conteniendo un ramito de manzanilla, otro de romero, de melisa, caléndula y ramas, solo ramitas de eucalipto, albahaca, hinojo y lavanda.

Entró a los despachos por la parte trasera. Saludó a Miño que, en el mostrador de la guardia, agachado y concentrado, escribía o dibujaba sobre la hoja de un papel blanco.

—Damiancito —dijo desganado, sin alzar la vista y continuó con lo suyo.

Los despachos estaban vacíos y ni se ocupó de preguntar por los ausentes. Ya irían apareciendo.

De pronto sintió ganas de ir a saludar a Mercedes. La imaginó todavía acongojada por la muerte de su hijo. “Esto le va a durar por todo el resto de su

vida”, pensó. También pensó en Fernando. Casi no lo había tratado, pero tenía claro que era un muchacho muy callado. Serio, taciturno, de esas personas que solo sonríen para evitar hablar.

Podían haber sido amigos, hermanados por el silencio. Pero había dos inconvenientes: Fernando era unos pocos años mayor, puede que cuatro, y a cierta edad eso es una barrera generacional casi infranqueable. Además, poseía una sólida base educativa en su época de analfabeto. Además, era el hijo de un comisario y él un guacho paria de las calles.

Salió al patio del fondo de la repartición y después de caminar unos pocos pasos se detuvo. No tendría necesidad de llamar. Mercedes, regadera en mano, estaba ocupada atendiendo con total concentración a las flores de su jardín.

—¡Damiancito! —exclamó jubilosa apenas advirtió su presencia.

—Muy buenas tardes.

La mujer dejó presurosa la regadera sobre una laja del caminito de acceso a su casa, fue hasta él y lo abrazó.

—¡Hijo, qué alegría! Hace bastante que no te veo.

—Sí, es verdad.

—Rosendo me dice que hay bastante ajetreo y que vos vas de un lado a otro. Y en tus días de fiesta es lógico que te quedes descansando en tu casa.

—Y sí, aprovecho para dormir y también para hacer algo en casa.

—¿Tenés jardín? ¿Algo de huerto?

—¡No, qué va! Ya me gustaría hacer una quinta, aunque fuese pequeña, pero no me da el tiempo. Y en cuanto a jardín, bueno, conservo algo de lo que dejó mi madre. Unos malvones de varios tonos que florecen cada año. Tres rosales: dos de rosas rojas y uno de blancas... ¡Ah! y un jazminero que cuando florece perfuma toda la casa y, aunque no lo crea, desde la puerta de calle se siente el aroma.

—¡Claro que te creo! Yo tenía dos acá... ¡una belleza! Los cuidaba como si fueran mis hijos. Uno se secó, no me explico porqué... y hace poco tiempo, unos meses. Y el otro, justo esta mañana descubrí que está seco. ¡Es de no creer, Damiancito! Me puso muy triste esto.

Conversó con ella un cuarto de hora, le aceptó un té de hierbas con miel y se despidió prometiendo volver en no muchos días para cenar un guiso carrero como aquel memorable en que, invitado por el comisario, había comenzado un cambio total y provechoso en su vida.

Vuelto al destacamento, vio que Zamorano e Insaurrealde ingresaban desde la calle. Le comentaron el reclamo de los caballos que el documento aseguraba que habían sido cedidos en préstamo a los hermanos Solmi.

—En tu próximo viaje a San Nicolás, te voy a preparar una respuesta solicitando en que me sea aclarado en forma más específica todo lo concerniente a este asunto, que hasta el momento para mí es un misterio.

Damián asintió en silencio. La guerra había finalizado y hasta ese momento, de las treinta y siete personas reclutadas en La Cascada, veintisiete habían sido reportadas oficialmente como muertas en las cartas de pésame, recibidas y entregadas. De no producirse ninguna novedad adversa, eran diez los hombres que debían arribar con vida al pueblo.

Diez supervivientes. Y tendría que ser de un momento a otro. Esperados con ansias por cada familia. Después de varios años desde la impetuosa y obligada partida. Por noticias de la prensa, mensajeros, viajeros, familiares y carreteros se tenían noticias del regreso de veteranos combatientes, principalmente a los pueblos adyacentes de Salto, Rojas y campos más al sur, hasta los mismos límites fronterizos del desierto.

No quedó claro quién hizo la propuesta o si fueron al unísono los tres. El caso es que salieron con intenciones de ir a la posada para echarse unos tragos. Después de todo, a pesar del luto de varias familias del pueblo, incluida la del propio comisario, la larga y cruenta guerra había terminado.

Fue en ese momento en que Damián se enteró de lo de Artigas. Había tenido un ataque de presión alta y la mitad del cuerpo le había quedado paralizada. El día anterior por la mañana habían iniciado un viaje para trasladarlo a Buenos Aires. Lo acompañaba su esposa. Una mujer francesa que rara vez salía de su casa, aplastada por la vergüenza de haber sido golpeada en público por su marido en repetidas veces. Iba también el doctor Figuera para presentar el caso en el Hospital General.

—Vi cuando lo cargaban —comentó Insaurrealde—. ¡Hasta la boca tenía torcida!

—Mire, yo no le deseo el mal a nadie —dijo el comisario—, pero ese hombre siempre fue dañino. Y si es como dicen que hay un Dios...

—Se comenta que estaba tomando demasiado —prosiguió Insaurrealde mientras se desplazaban a paso lento—. Desde que asesinaron a los hijos, dicen que a Ruperto le compraba todas las semanas caña y ginebra por cajas. ¡Y con ese tren no hay cuerpo que aguante!

—Sé lo que es el dolor de perder un hijo. Pero bueno, ya van a ver que en un tiempito vuelve. Bastante achacado va a quedar, eso seguro, pero como se dijo siempre “Hierba mala nunca muere.”

Siguieron caminando un corto trecho y en total silencio. Hasta que de pronto se empezó a oír un estruendo creciente que se avecinaba, proveniente desde el norte. Primero se inmovilizaron unos instantes, para volver sobre sus pasos hasta detenerse en la puerta del destacamento.

El batifondo en cuestión se fue materializando en forma paulatina hasta convertirse en un gran carruaje que avanzaba con los caballos desbocados. Corrían azuzados a una gran velocidad, desacostumbrada para transitar por una planta urbana.

El bólido frenó bruscamente al llegar hasta los uniformados. Su conductor era Esteban Tallarico. A su lado, como una mole pálida, desencajado, con mirada y gesto de asombro más infantil que de ordinario, sobredimensionado por el contraste que producía la sangre por doquier; sangre seca, sangre fresca chorreando desde una chalina empapada, puesta a guisa de tapón contenedor, pero insuficiente para frenar un torrente proveniente del lado derecho, ubicado entre el pecho y el cuello; así estaba Armando Mindelberger, el Armario.

—¡Asesino, asesino! —gritó desde el pescante Tallarico al tiempo que señalaba con el índice a Damián.

El herido permanecía silencioso, recostado contra las guías de hierro que sostenían el toldo del carruaje. Lo asaltaban por momentos temblores repentinos y trataba como podía de apretar con ambos brazos la compresa contra el lugar desde donde se originaba la hemorragia. El doctor Figuera ya debía haber llegado a Buenos Aires. Por lo tanto, quien debía asistirlo era su propio padre.

*“Este muchacho no se salva del paredón así sea hijo de
Mitre”*

Lo que siguió fue para Damián como en esas pesadillas en las que cuando el soñador despierta recuerda solo una amalgama de sucesos confusos. Y si desea intentar darles algo de orden y sentido, no sabe ni por dónde empezar. Y puede que hasta monte sin proponérselo una confusión mayor.

El horror fue ganando a toda la gente del pueblo a medida que se iban conociendo los detalles de los hechos. Y posterior al horror, en seguidilla concatenada, llegaba para algunos el odio, para otros la ira y para todos la tristeza; desde variados ángulos y matices.

Las posteriores estadísticas jurídicas y los cálculos verbales en corrillos callejeros ventilaban unas sencillas cifras pavorosas. De treinta y siete hombres reclutados solo uno había regresado con vida. Encima herido de gravedad y con pronóstico reservado. Malherido, sangrando como el sol sobre las nubes que se acercaban a su puesta.

El mismo sol que a poco de elevarse en la mañana siguiente sirvió como referencia para señalar el fallecimiento del Armario. Su padre había luchado toda la noche aplicando sus conocimientos, pero todo había resultado insuficiente. La extracción de la clavícula triturada y la insuficiencia para cauterizar tanto tejido muscular dañado hizo que la hemorragia no pudiera ser contenida.

Y el deceso de Armando Mindelberger arrojó cifras definitivas. Eran 10 las personas asesinadas por Damián Zarebski.

El comisario solicitó para el destacamento urgentes refuerzos, enviando a Lencina padre a la comisaría del Pergamino. Volvió con 4 veteranos de guerra, ahora matones de caudillos, que en el transcurso de la guerra se habían enganchado como suboficiales. 3 de ellos eran fieros chinos de temer, de aspecto y modales rudos. Silenciosos y de mirar siniestro como los reptiles. Tipos que no iban a titubear a la hora de reprimir, de ser necesario, a los muchos familiares y amigos de las víctimas; exaltados que querían colgar al asesino después de arrebatárselo a los militares y así hacer justicia por mano propia.

Incluso amenazaron con incendiar el destacamento si el reo no les era entregado. Los hasta ayer vecinos y amigos de cada uno de los integrantes de la fuerza de seguridad del pueblo, en estos momentos eran enconados opositores de los legales uniformados.

El restante milico de los 4 de refuerzo era rubio, de baja estatura, ojos azules y acento cordobés. Su aspecto manso y delicado contrastaba con sus pergaminos forjados en la guerra que lo sindicaban como un carnicero de enemigos, frío e impiadoso.

Parapetados tras unas improvisadas barricadas, los guardias recién llegados junto a los locales se turnaban día y noche con las armas prestas. A toda hora evitaban entrar en altercados y soportaban insultos y amenazas de los civiles que habían acampado en derredor, con enormes fogatas encendidas, tomando mates, bebiendo licores y hasta churrasqueando.

Después de rechazar una embestida a golpes de garrote de parte del mayor de los Connolly, con un fortísimo golpe de sable para terminar encañonándolo en el pecho con el fusil, Dani, el pequeño cordobés, hizo una advertencia dirigida a todos.

—Al próximo que se haga el loco como este lo voy a tomar por un paraguayo.

A los 4 días de conocerse la verdad sobre los crímenes, cuando ya estaban rescatados los restos del lugar donde se encontraban los occisos apilados como si fuera un osario a cielo abierto, cerca del salto del río, y ya se habían oficiado las misas y las múltiples exequias, justo ahí arribaron los juristas a La Cascada.

Desde San Nicolás llegó el juez de instrucción y doctor en leyes, Belisario Espronceda Newton, el secretario de juzgado Romano Lynch, el fiscal general Juan José Puigmartí y el defensor de pobres y ausentes, abogado y procurador, Martín Miguel Basilicato.

La galera que los transportaba venía custodiada por 1 escolta con fusil en mano, sentado al lado del conductor y 4 húsares montados: 2 adelantados abriendo la senda y 2 retrasados cerrando la marcha.

La audiencia dio comienzo apenas pasado el mediodía. Para tal efecto se había acondicionado con escritorios y sillas un amplio espacio que servía para estacionar hasta 3 carruajes, pertenecientes a la fuerza, que lógicamente habían sido trasladados al patio interno. Porque, ¿quién puede imaginarse que los magistrados se desenvolvesen subidos a los carros o desde el suelo

comunicarse a gritos asomándose entre los pescantes y las ruedas?

Durante el interrogatorio, el detenido fue confesando por decisión propia y en forma detallada y minuciosa haber dado muerte también y en defensa propia a los hermanos José y Javier Artigas, asesinos confesos de 2 vecinos del pueblo en complicidad con el padre de ambos y autor intelectual, Rubén Gerardo Artigas.

—Uno era el retirado sargento de granaderos, Hilario Vélez y el otro, el ciudadano Juan Romero. También en ese incidente provoqué en forma accidental la muerte de la hermana de los homicidas, María Estela de las Nieves Artigas.

—Explique porqué afirma que esa muerte fue de manera accidental — pidió el fiscal Puigmarti.

—Porque uno de ellos, creo que Javier, tenía un trabuco en la mano a punto de dispararme. A pesar de darle la voz de alto él hizo ademán de tomar puntería, obligándome a apretar el gatillo. En ese momento su hermana se interpuso, creo que con el fin de protegerlo y hacer que yo no efectuara el disparo, pero fue tarde: ya lo había hecho.

—¿Usted fue con la determinación de asesinarlos?

—Negativo. No, mi intención era que confesaran y se entregaran detenidos.

—¿Y qué atribución tenía usted para proceder así?

—¿Atribución? Bueno, la de integrar la comisión investigadora que se formó en torno a este caso.

—¿Y por qué no los citó al destacamento para interrogarlos en forma oficial?

—Porque nada hubiera logrado.

—¿Y por qué ahí, según usted, confesaron?

—Por el hecho de ser una conversación informal. No es nuevo que existen personas que extraoficialmente admiten cosas que jamás lo harían de manera oficial.

—¡Correcto! —se le escapó la afirmación, aunque dicha en voz baja, al secretario Lynch.

—Perdón, fiscal —intervino el juez y Puigmarti asintió—. ¿Usted hubiera matado a la señorita Artigas para evitar que quedara como testigo? — preguntó a Damián.

—No, de ninguna manera; era mi prometida y en algún momento, a

corto plazo, pensábamos casarnos.

—¿Cómo? —preguntó el juez tirando la cabeza hacia adelante y acomodándose el monóculo—. ¿Dijo su prometida? Acláreme esto, por favor.

—Sí, estábamos de acuerdo entre nosotros, no oficialmente porque tanto su padre como sus hermanos me despreciaron desde niño, desde siempre, pero nuestro plan consistía en que como ella iba a residir en Buenos Aires para seguir una carrera universitaria, yo iba a tramitar un traslado y en cuanto pudiéramos nos casaríamos.

—¡Ahá! Bien, prosiga con su turno, fiscal —indicó el juez a Puigmarti—. Gracias.

—A ver, Zarebski —arrancó el fiscal—, usted acaba de decir que tanto padre como hijos lo despreciaban desde niño. ¿Nos puede decir cómo lo manifestaban y por qué?

—Sí, claro, pero no eran solo ellos, sino la mayoría de la gente del pueblo. Los niños lo manifiestan abiertamente porque no tienen desarrollado el factor de las inhibiciones, entonces no hacen más que reflejar lo que oyen e intuyen en sus propios hogares.

—Bien —interrumpió el fiscal—, pero redondee: ¿Qué les molestaba o les molesta de usted?

—Concretamente, que sea diferente.

—¿Diferente en qué?

—Soy mestizo. Hijo de una cautiva. Hubo una irrupción india que según ellos contaminó a mi madre y yo soy la impureza. Represento temores ocultos en cada uno de los que tienen inseguridad de su linaje. Además soy huérfano, soy pobre y mi aspecto europeo es un contraste que irrita.

—¿Qué grado de instrucción tiene usted?

—Tengo diploma de bachiller.

—¿Cuánto tiempo estudió?

—Tres meses.

El interrogatorio en su totalidad duró cuatro horas. El juez finalizó ordenando el traslado del acusado hacia San Nicolás para el día siguiente. Recomendó que este operativo fuera hecho con absoluta discreción dada la tensión que reinaba en el pueblo. Antes de partir, el fiscal le hizo una confesión al comisario.

—Este muchacho no se salva del paredón así sea hijo de Mitre —afirmó con un dicho que se fue popularizando con el tiempo.

Esa noche, después de la cena y mientras terminaba su acostumbrado té de hierbas, Zamorano comentó algo a su esposa como para distraerla, viendo que ella permanecía todo el tiempo con la mirada perdida y en silencio.

Desde la cocina, donde limpiaba y ordenaba enseres, Mercedes asomó la cabeza y con los ojos brillantes habló con voz quebrada.

—¡Qué pena Rosendo! ¡Hemos perdido a otro hijo!

El comisario se durmió rápido, pero lo fue haciendo por tramos. El sueño parejo de toda la vida ahora era interrumpido por mínimos ruidos, pesadillas cortas y algunos picores.

Antes de las cuatro de esa fresca madrugada decidió levantarse. Prefirió ir a tomar mate a su despacho. Al llegar a su despacho vio que los tres fieros guardias forasteros estaban listos para salir a relevar al sampedrino Bravo, a Miño, Balmoral y Monges, que se encontraban apostados en las barricadas desde las diez.

Dentro del destacamento, Dani, el cordobés, dormitaba en una silla con el fusil cruzado como si tuviera un niño entre sus brazos, en la puerta de la celda que ocupaba Damián. Su consigna era de salvaguardar la integridad del detenido hasta con su propia vida.

La llegada del juez y sus colaboradores parecía haber logrado enfriar un poco los ánimos exaltados. En algunos se habían aplacado las ganas de hacer justicia con mano propia, que era el deseo de la inmensa mayoría de los habitantes del pueblo.

El comisario ansiaba que pasara rápido el tiempo que restaba para sacar en secreto a Damián en una galera que lo conduciría rumbo a los tribunales. La indagación de primera instancia con la confesión total y absoluta del reo, facilitaría el trámite faltante y final que era dictar sentencia y aplicar la pena.

Buscando hallar algo para entretenerse, comenzó a hojear algunos libros. Pasando tomos abrió *Eusebio*, de Pedro Montegón. Leyó cinco páginas y cerró el libro, tratando de recordar quién le había recomendado esta excelente novela, a pesar de su título tan poco atractivo. Prefirió postergar la relectura para momentos más relajados. Quedaban tres más para finalizar la recorrida de su aceptable biblioteca. El último era *El Corsario*, de Lord Byron.

Lo abrió y al musitar los primeros versos le vino a la memoria la imagen de su madre, fallecida hacía ya una década. Helen era una de esas

personas fáciles de recordar. Simple, de modales dulces, con la sonrisa permanente en su rostro, solícita, siempre presente.

Con el libro en las manos cerró los ojos y la memoria visual la presentó preparando el tradicional *roast beef* de los domingos. Después cortando el *pudding* en simétricas rebanadas para el té de la merienda. Se vio prendido de su mano entrando y saliendo de la misa, oyendo su voz suave saludando a sus paisanos en su lengua de origen. Después la vio al atardecer, entrando ya la noche, enseñándole su idioma en la forma más original y sublime en que puede concebirse un aprendizaje: leyendo y recitando poesía.

La misma manera que él había utilizado con Damián, que por esos días se desenvolvía con total fluidez, tanto en conversaciones como en la lectura y declamación de páginas inmortales de la literatura anglosajona.

Dejó el libro y se halló sumamente triste. Los últimos días habían sido un aluvión de hechos y noticias dramáticas y graves. Puede que por ese motivo percibió un inesperado raptó de alegría cuando vio entrar al sargento Insaurralde anunciándole que la galera ya estaba atracada sobre el portón lateral del destacamento que comunicaba al patio interior.

No hubo necesidad de despertar a Damián. Tenía cara de no haber pegado un ojo en toda la noche. Despojado del uniforme solo conservaba las botas relucientes, contrastando con un pantalón raído y una camisa descolorida que guardaba en el destacamento para cuando le tocaba limpiar la caballeriza o asear las dependencias interiores.

Parecía el de antes. El mandadero, el humillado, el guacho cerril que deambulaba desde la aurora hasta el ocaso por la calle mayor en busca del sustento diario, presentado siempre en forma de explotación o de limosna.

Cuando salió de la celda al pasillo para ser esposado por el cordobés, miró a Insaurralde que estaba plantado a pocos pasos. Elevando apenas las cejas como un intento de saludo, hizo un amago de sonrisa que no pasó de eso. Y enseguida bajó la mirada, triste y cohibida, como antaño.

Introducido en la galera, Monges abrió el portón y asomándose a la calle todavía en la semipenumbra no vio “ni un alma”, como dijo al volver a entrar. Los cuatro caballos se mostraban briosos, excitados, notándose las energías acumuladas por el buen descanso del establo, la cebada, la alfalfa en fardo y como consecuencia, las ganas de devorar con un trote frenético las sendas de la llanura.

Ni un alma en el callejón. Sin embargo, mientras salían con lentitud

para evitar ruidos que pudieran llegar hasta la horda acampada en el frente, vieron a un costado a una figura humana. Era alguien agazapado o bien pequeño. El cordobés apuntó desde el pescante, pero el comisario ordenó “¡Alto!” al reconocer esa sombra.

Era el Guincho. ¿Qué lo había llevado a estar ahí? La partida a esta hora era un secreto que solo conocían el comisario, el sargento y los dos guardias, acuartelados desde el día anterior.

El pequeño mandadero alzó la mano como quien jura y habló con tono bajo y solemne.

—*Boa sorte, cavalheiro Damián* —dijo a modo de despedida.

El conductor era Lencina hijo y como acompañante iba el cordobés, siempre fusil en mano, escudriñándolo todo. Dentro del habitáculo y en el asiento delantero, de espaldas al avance, iba Damián flanqueado por Insaurralde. Y en el trasero y mirando hacia el frente se había ubicado Zamorano con una alforja puesta a su costado.

En el destacamento, Lencina padre había quedado a cargo de la fuerza y Bravo como ayudante de guardia. Como la tarde anterior, en una salida para hacer una compra, Monges había podido evitar de milagro el intento de varios asediadores para tomarlo de rehén e intentar canjearlo por el preso, decidieron acantonarse.

Tuvo que forcejear con tres forasteros alcoholizados, que lo tomaron por la ropa hasta rasgarse porque no lo soltaban, efectuar dos disparos al aire y correr hasta las barricadas. “¡Esta vez te escapaste con el culo enjabonado, pero en la próxima caerás, vos y cualquiera de tus compinches!”, le gritaron. Lencina los reconoció como parientes de Roviralta, unos matones venidos del Rosario.

Acordaron que permanecerían en la sede policial hasta que pasara esta tensa situación o bien, de prolongarse, pedirían la venida de efectivos del ejército para sofocar lo que estaba a un paso de convertirse en una rebelión civil. Por suerte, contaban con alimentos para todo el personal que bien racionados durarían como mínimo tres días. “¡Mientras no falte yerba para el mate!”, dijo Bravo expresando sus temores; Miño se tranquilizó diciendo “Caña y ginebra sí que no va a faltar”.

Los centinelas de las barricadas debían de estar más alertas que nunca. Cuando amanecía, Balmoral había recibido una piedra de honda en el pecho, arrojada por los sitiadores. Esto llevó a que uno de los guardias de refuerzo

hiciera un disparo disuasorio y diera una advertencia a los asediadores.

—Si quieren más muertos, ¡más muertos van a tener!

A la salida del sol llevaban recorrido un tercio del camino que debían hacer hasta llegar a destino. El comisario rompió el silencio cuando, después de extraer un libro de la alforja, se lo extendió a Damián.

—¿Querés leer? —preguntó.

Damián lo miró algo sorprendido y el comisario gesticuló como pidiéndole que aceptara.

—Bueno —contestó y estiró las dos manos aprisionadas.

—Pero así no vas a poder —dijo y mirando a Insaurrealde, que estaba bastante adormilado, le ordenó:

—Quítele las esposas.

—A la orden, mi comisario —reaccionó el sargento, no del todo recuperado de esa incitación relajante que brindan los primeros destellos del sol matutino.

Rato después, con el astro de fuego trepando sin pausa sobre esas llanuras portentosas y entre el contundente concierto de los cascos de las bestias rebotando en la dureza de las toscas, el comisario formuló una pregunta. La hizo como si conversara con alguna de esas múltiples partes individuales que conforman un uniforme estado de razón emocional.

—¿Tan hijos de puta fueron todos ellos con vos?

Damián asintió con la cabeza sin quitar la vista del libro.

—Sé que lo de Estelita fue un accidente desgraciado y con el Armario no te quedaba otra salida. Lo sé. ¿Es así?

Damián volvió a afirmar sin decir una palabra. Sus ojos estaban brillantes.

—Pero con los otros, ¿daba para tanto?

—Sí... sí —respondió Damián, alargando la vocal, ahogando el grito, como los chicos cuando estallan mortificados por la impotencia. O los hombres cuando se quiebran por el peso de tantas desdichas que se vienen acumulando desde la cuna.

Y comenzó a llorar. Con un llanto apagado, hacia adentro, con un sollozo que rehúye hacerse sonoro porque quien lo emite no se siente digno de ser consolado. No se siente apto para merecer perdón o expiación.

Entonces y ante esto, el ciudadano Rosendo Elías Zamorano, no el comisario general de La Cascada, sino el padre del soldado Fernando muerto

por la patria, no el funcionario del estado, sino simplemente el marido de Mercedes, el vecino gaucho que ante una injusticia exclamaba: “¡Esto no es de criollos, carajo!”, el buen hijo del castellano y la irlandesa, todos esos en uno, le hizo un gesto enérgico a Damián meneando la cabeza hacia fuera, señalando el exterior.

Viendo que Damián cerró el libro y permaneció quieto y callado en el asiento, el comisario repitió el gesto con rostro severo.

—¡Le estoy ordenando que se baje! —dijo por lo bajo, pero con énfasis de furia contenida—. ¡Váyase ya mismo, carajo! ¡Adiós! —y abrió la portezuela.

Ante esto, Damián se arrojó sin miramientos. La galera volaba, impulsada por la fuerza enloquecida de los caballos frescos todavía, aprovechando un tramo de planicie pareja. Zamorano cerró despacio y se reclinó en su asiento cerrando los ojos. Insaurralde intentó varias veces una sonrisa sin poder concretarla. A pesar de la palidez, suspiró varias veces dando muestras de haberse liberado de una carga que ya le era imposible seguir soportando y también cerró los ojos. Y así siguieron sin mediar diálogo hasta faltar un cuarto de recorrido para la llegada.

Las voces de alto del comisario hicieron que la galera se detuviera con brusquedad. Lencina hijo y Dani fueron informados que el detenido se acababa de fugar arrojándose del carruaje.

—Muy lejos no debe de estar —dijo el cordobés—, pero no tenemos caballo para salir a campearlo.

—Elegió bien el lugar el Damiancito —comentó Lencina chico mientras se rascaba la cabeza y sonreía.

Era una zona de altos pajonales. Escondrijo ideal para la fauna y ¿por qué no?, también para los fugitivos. “El comisario eligió el lugar perfecto”, pensó Insaurralde y esta vez sí pudo sonreír.

Un rato después y concordando que no había nada que hacer y que los estrados judiciales no habían previsto proveerles una escolta de húsares, al no contar ellos con personal suficiente para tal efecto dada la situación crítica de exaltación en La Cascada, reanudaron la marcha.

Una hora después arribaron a San Nicolás. El comisario reportó la fuga en el cuartel y estos, mientras se gestionaba el incidente a los representantes judiciales provisorios de los futuros tribunales a instalarse, organizarían una partida con el fin de recapturar al múltiple asesino.

Esa misma tarde, el comisario y su personal emprendieron el regreso a La Cascada.

En el pueblo lamentaron la fuga de muchas maneras. Los más exacerbados, por no haber tomado por asalto al destacamento a cualquier precio. Otros hablaban de negligencia y desaprensión por parte de los custodios. También de subestimación hacia el homicida que había demostrado sagacidad y astucia durante tanto tiempo, al punto de casi lograr una perfecta impunidad.

Pero la mayoría confiaba en que sería prontamente apresado si se orientaba la búsqueda hacia las tolдерías de los indios más allá de Junín, traspasando el Salado. *“El carro siempre porfía pal’ lao’ de la rueda floja”*, sentenciaban los veteranos.

Pero a medida que fueron pasando las semanas sin novedades sobre el tema, algunos exteriorizaron sospechas que habían tenido desde el primer momento. Y era que esto de la fuga sería una farsa de encubrimiento orquestada entre milicos. *“No muerde un perro a otro perro si está atacado de rabia”*, afirmaban con malicia.

Un año después de estos sucesos y cuando varias familias de los treinta y siete muertos habían abandonado La Cascada, Rubén Gerardo Artigas había muerto en Buenos Aires, Susana Clark se había suicidado ahorcándose en su salón de clase y el Guincho y su madre se habían hecho cargo de la propiedad de Damián explotando la huerta e instalando colmenas, el comisario Zamorano ante el rumor de ser destituido de su cargo había solicitado su retiro.

Abandonó el pueblo con Mercedes sin despedidas ni revelar ningún destino. Algunos afirmaron que estaba radicado en Paraná. Otros aseguraban que se habían marchado a Gran Bretaña, donde tenía muchos parientes maternos.

Por el 1875 el sargento Insaurrealde falleció de una repentina al corazón. Seis meses después su viuda cayó del techo mientras trataba de reparar unas goteras. Estuvo tres días en coma y murió por traumatismo de cráneo.

Llegado a 1880, harto de recibir amenazas de incipientes cuatros que empezaban a asolar la zona, Sebastián Miño, que había quedado como el único policía de un pueblo casi desierto, aprovechando una fogata de San Juan arrojó su uniforme a las llamas y se trasladó a Rojas.

Años después, primero a causa de una inundación que se prolongó por varios meses con aguas estancadas produciendo entre muchas calamidades una epidemia de cólera y después, ya arribando al siglo XX, por un incendio generalizado de campos y montes, La Cascada dejó de existir.

También por ese tiempo, el salto del río que le diera su nombre estaba tan disminuido a causa de la erosión que en pocos años más, indefectiblemente, también iba a desaparecer.